

Ministerio de las Culturas las Artes y las Saberes. Colombia

INFORMACIÓN

Etapas / Año 2 / Número 8 / Agosto de 2025 / ISSN 3028-306X

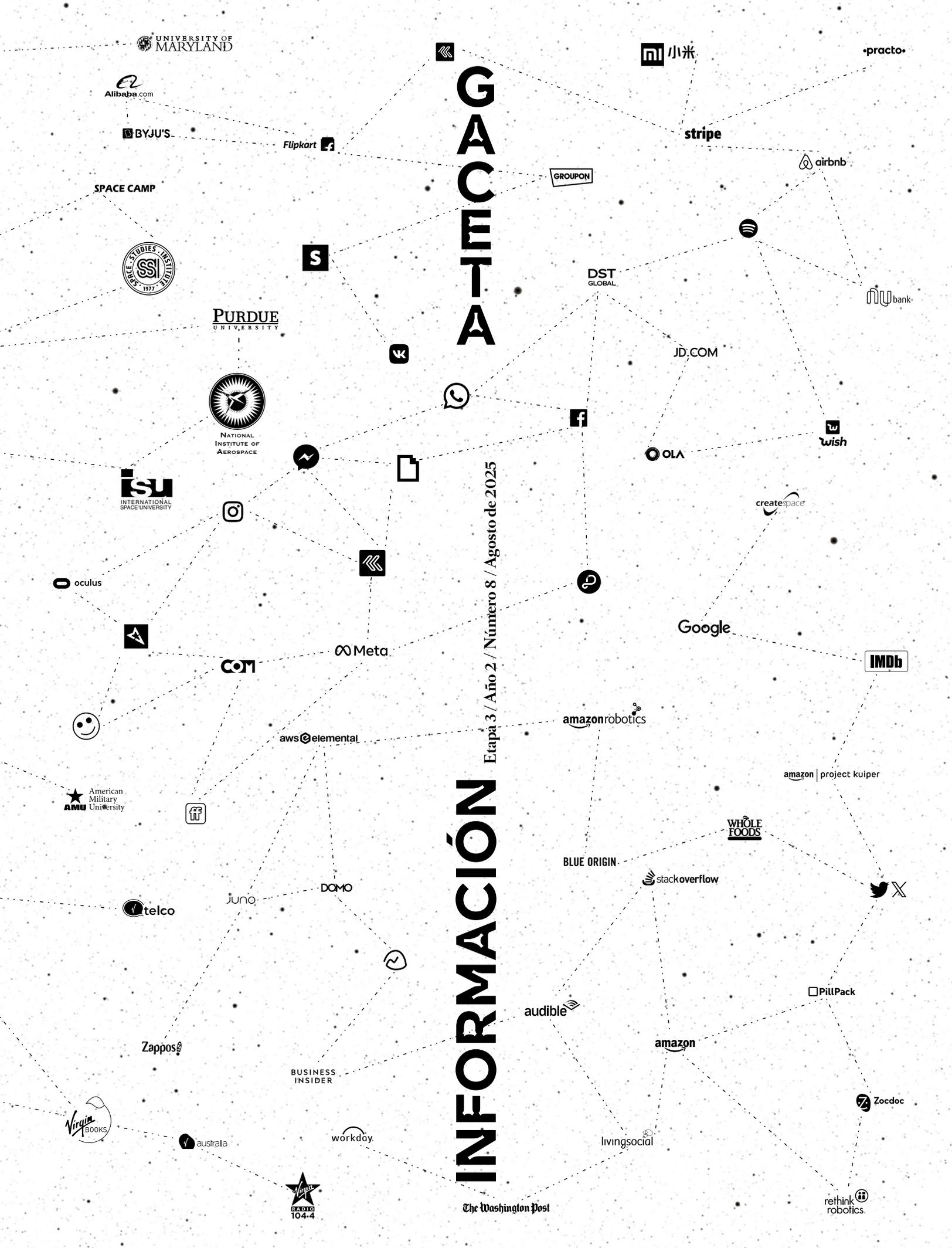
GAZETTE



TECNOLOGÍA

INFORMACIÓN

Etapa 3 / Año 2 / Número 8 / Agosto de 2025





Culturas

**Ministra de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Yannai Kadamoni Fonrodona

**Viceministra de los Patrimonios,
las Memorias y Gobernanza Cultural**
Saia Vergara Jaime

**Viceministro de las Artes
y la Economía Cultural y Creativa (e)**
Fabián Sánchez Molina

Secretaria general
Luisa Fernanda Trujillo Bernal

**Jefe de la Oficina asesora
de comunicaciones**
Óscar Javier Cuenca Medina

Coordinador del grupo GACETA
Daniel Montoya Aguillón

**Ministerio de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Calle 8 n.º 8-55, Bogotá
Teléfono: 601 342 4100
gaceta@mincultura.gov.co

CO-CREA
Directora general
María del Pilar Ordóñez

Subdirector corporativo
Óscar Medina Sánchez

Subdirector misional
Luis Armando Soto Boutin

GACETA
Etapa 3 / Año 2 / Número 8 / **INFORMACIÓN**
Edición: agosto de 2025

Director
Daniel Montoya Aguillón

Editor general
Sergio Zapata León

Editor web
Santiago Cembrano

Producción general
Heidy Correa Osorio

Producción y diseño sonoro
Gian Carlo Vega

Estrategia y comunicaciones
Melissa Gutiérrez Morales

Coordinadora administrativa
Vannessa Holguín M.

Corrección de estilo
Catalina Trujillo-Urrego

**Dirección de arte, montaje
y preparación digital**
postscript

Comité editorial
Mauricio Builes, Alma Guillermprieto,
Katia González Martínez, Adriana
Martínez-Villalba, Lucas Ospina, Marta
Ruiz, Daniella Sánchez, Pedro Adrián
Zuluaga.

Consejo asesor
Carol Ann Figueroa, Francisco Javier Flórez
Bolívar, Elizabeth Otálvaro, Andrés Páramo
Izquierdo, Omar Rincón.

Textos
© de todos los autores
Isabella Bernal, John Templanza Better,
Jorge Carrión, Paola Caballero Daza,
Estefanía Carvajal, Sara Castillejo Ditta,
Santiago Cembrano Escobar, Ramiro
Chimuris, Gustavo Gómez-Mejía, Melissa
Gutiérrez Morales, Vanessa Londoño,
Vivian Newman, Pere Ortín, Juan David
Ortiz Franco, Andrés Páramo Izquierdo,
Omar Rincón, Sara Tufano.

**Documentos fotográficos,
ilustraciones y obras de arte**
© de todos los autores
Felipe Arturo, Carolina Caycedo, María José
Castillo, Carlos Castro, Vladan Joler, Kevin
Mancera, Juan Obando, Pere Ortín, David
Peña Lopera, Juan Sebastián Rosillo, Edwin
Sánchez, Julián Santana Rodríguez, Fito
Segrera, Octavi Serra, Giovanni Vargas.

ISSN 3028-306X

Derechos reservados para los autores.
Prohibida su venta.



Atribución - No comercial - Sin derivar

Este número de **GACETA** se terminó de
imprimir en Bogotá en Panamericana
Formas e Impresos S. A. en septiembre
de 2025.

Se utilizaron tipografías Maax Micro y
Romain BP Headline.

portada (*Des*)información es un ensayo
collage orgullosamente hecho a mano por
Pere Ortín.

primera guarda y p. 1; p. 112 y **guarda final**
Cúmulo, *asuntos terrestres* es una serigrafía
de **Mónica Páez** y **Giovanni Vargas** adap-
tada para **GACETA**. Mirar al espacio exterior
obliga a mirar la tierra y lo que hacemos en
ella. Con la caída del muro de Berlín se cerró
una era y se abrió un tiempo nuevo que trajo
la creación de las *puntocom* y el estable-
cimiento de un Nuevo Espacio (o Espacio 4.0)
—se conoce como Espacio 1.0 al estudio de
la astronomía y astrología, Espacio 2.0 a
la carrera espacial, y Espacio 3.0 a la coope-
ración internacional y el extractivismo—. *Cúmulo*
surge de los intereses que propone
este Nuevo Espacio personificado por multimi-
llonarios como Jeffrey Bezos, Richard Branson,
Yuri Milner y Elon Musk, quienes exploran el
espacio interestelar con fines turísticos, colo-
nizadores y extractivistas. *Cúmulo* expone
una cartografía de las empresas privadas que
conforman el emporio de estos magnates,
visibilizando las relaciones que se tejen entre
ellas y las agencias de gobierno responsables
del programa espacial civil. También intenta
mostrar que, ineludiblemente, cada uno de
nosotros participa en este cruce cuando nos
servimos de la tecnología, y así fortalecemos
los intereses privados de estas figuras y sus
corporaciones. Ampliar nuestro conocimiento
sobre los actores de esta nueva fiebre espacial
y entender nuestro lugar e implicación en este
Nuevo Espacio es una necesidad.

→ *Al mal tiempo, mala cara*, 2009. En este tra-
bajo **Kevin Mancera** dibujó en tinta china una
edición de *El Tiempo* que destacaba solamente
las noticias negativas, centrando la atención
en el carácter amarillista tantas veces usado
por los medios masivos de comunicación para
vender más. La obra, compuesta por una mon-
taña de papel y un par de exhibidores de plás-
tico, mostraba al público tres mil ediciones de
El Tiempo que se vendieron como un periódico
normal, por 3.500 pesos cada uno en la feria
de arte ARTBO.



descargue aquí
GACETA / INFORMACIÓN

1-2 PRIMER PLANO

FRASE DEL DÍA. "Las mujeres candidatas del Partido de la Libertad para las elecciones europeas del próximo 7 de junio serán cultas, preparadas y al contrario de sus opositores, se visten bien y no huelen mal", dijo Silvio Berlusconi, primer ministro de Italia, quien protagonizó una nueva pelotilla política con su esposa, Verónica Ziletti, por estas declaraciones.



PASO DE 11,2 % EN MARZO DEL 2008 A 12,7 % EN EL MISMO PERIODO DEL 2009

Día del Trabajo, con más desempleo

En el último año se han creado 429.000 puestos de trabajo, pero el desempleo crece a mayor ritmo. Hay 229.000 desocupados más.

En la víspera de la conmemoración del Día del Trabajo los empleados y los cenirales obreros fueron recibidos por el Dine de que en Colombia hay 229.000 desocupados más. El número de desocupados pasó de 2'242.000 en marzo del 2008 a 2'471.000 un año después.

Aunque no es una sorpresa el aumento de la tasa de desempleo a 12 por ciento en marzo frente a un 11,2 por ciento en el mismo mes del 2008, porque ya el Gobierno y los analistas independientes esperaban ese comportamiento, es una muestra de la crisis en el país.

La caída persistente de la producción industrial (11,6 por ciento en el primer bimestre) y la menor actividad del comercio minorista (12 por ciento en enero-febrero), además de las reducciones en las ventas externas y en las importaciones respondieron por esa evolución del mercado laboral.

Junto con la variación absoluta del desempleo el Dine reportó ayer un incremento de 17.123.000 a 18.156.000 en el mismo periodo.

La aparente contradicción se explica porque al mismo tiempo que hay más gente trabajando, también hay más colombianos que entran a buscar trabajo, pero no lo encuentran. Esto se refleja en la Tasa Global de Participación (TGP), que aumentó un punto hasta llegar a 50,7 por ciento en marzo pasado, es decir, que subió el número de quienes trabajan o buscan trabajo dentro del total de personas que ya están en edad de trabajar.

Como ha venido sucediendo en los últimos meses, simultáneamente con el incremento de la desocupación y del empleo el subempleo registró un comportamiento contrario: bajó de 30,3 por ciento en marzo del 2008 a 29 por ciento en el mismo mes de este año. Los subempleados son aquellos personas que trabajan pero que creen que podrían trabajar más tiempo, o que ganan muy poco o que hacen un trabajo por debajo de sus capacidades.

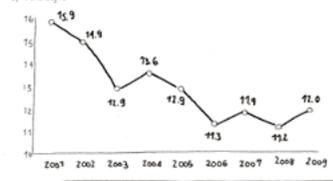
Resultados del trimestre. Al mirar no solo marzo sino un conjunto los tres primeros meses del año en todo el país se ve un aminorar del desempleo del mercado laboral, los ocupados aumentaron en 393.000 para llegar a 1'650.000 y los 104.000 desocupados más y 89.000 subempleados menos. Movimientos semejantes se observan en los 13 principales áreas metropolitanas del país.

La zona rural no obstante todos los problemas causados por la fuerte caída por la inversión tuvo un respiro en el trimestre, de acuerdo con la información del Dine además de que aumentó la TGP de ocupación creció en 77.000 y el desempleo se redujo en 5.000 personas, un caso en medio del deterioro laboral.

El desempleo trimestral de los jefes de hogar, una de las mayores preocupaciones del Gobierno y de los analistas, por efecto en el bienestar familiar y la muy alta probabilidad de que más miembros se vinculen al mercado de trabajo, subió de 5,9 a 6,6 por ciento entre un periodo y otro.

En las 13 áreas de desocupación fue de 14 por ciento, luego creció 1,9 por ciento seguida por Medellín con 13 por ciento, Bogotá Capital Antioqueña, es la más alta desde el primer trimestre del 2008, en el otro extremo se encuentran Bucaramanga y Barranquilla, con 10,6 y 11,6 por ciento, respectivamente. Bogotá registró un desempleo del 12,7 por ciento.

Desempleo nacional en marzo (porcentaje)



Primer de mayo, de protesta

Como es tradicional para hoy los cenirales obreros organizarán marchas en los principales ciudades del país y como siempre la protesta contra las políticas sociales. Para la economía como para el empleo, según la naturaleza del problema.

Algunamente tradicionalmente críticos con los líderes de la libre comercio acordados por más con el Estado Unidos (con su ratificación), con el acuerdo de pasas europeas y que se negocia en la actualidad con los 27 países de la Unión Europea. Además los dirigentes sindicales demandarán que el peso de la crisis recaiga no sobre los trabajadores, sino sobre el empresario y el Gobierno.



La creciente cifra de desempleo, que se ubica en 12 por ciento, es una muestra de la repercusión de la crisis mundial en el país.

Mercado laboral (Primer trimestre, miles)

	2008	2009	VAR absoluto
Ocupados	11.257	11.650	393
Desocupados	2.357	2.670	293
Subempleos subjetivo	6.170	5.850	-250
Subempleo objetivo	2.055	2.031	-24

Fuente: Dine

Los meses del año en todo el país se ve un aminorar del desempleo del mercado laboral, los ocupados aumentaron en 393.000 para llegar a 1'650.000 y los 104.000 desocupados más y 89.000 subempleados menos. Movimientos semejantes se observan en los 13 principales áreas metropolitanas del país.

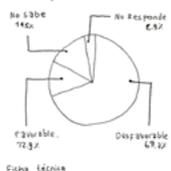
La zona rural no obstante todos los problemas causados por la fuerte caída por la inversión tuvo un respiro en el trimestre, de acuerdo con la información del Dine además de que aumentó la TGP de ocupación creció en 77.000 y el desempleo se redujo en 5.000 personas, un caso en medio del deterioro laboral.

El desempleo trimestral de los jefes de hogar, una de las mayores preocupaciones del Gobierno y de los analistas, por efecto en el bienestar familiar y la muy alta probabilidad de que más miembros se vinculen al mercado de trabajo, subió de 5,9 a 6,6 por ciento entre un periodo y otro.

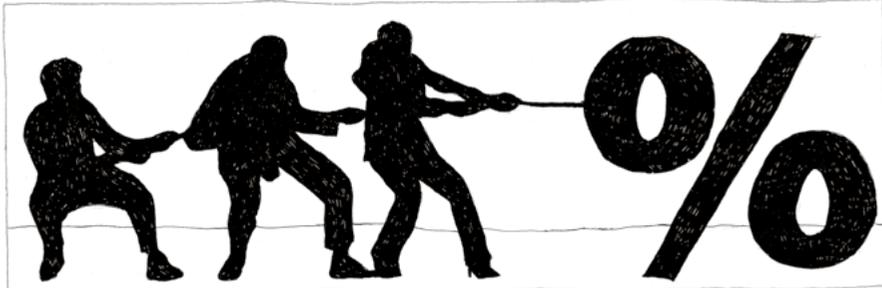
En las 13 áreas de desocupación fue de 14 por ciento, luego creció 1,9 por ciento seguida por Medellín con 13 por ciento, Bogotá Capital Antioqueña, es la más alta desde el primer trimestre del 2008, en el otro extremo se encuentran Bucaramanga y Barranquilla, con 10,6 y 11,6 por ciento, respectivamente. Bogotá registró un desempleo del 12,7 por ciento.

Opinómetro

¿usted tiene una imagen favorable o desfavorable del presidente Rafael Ángel?



EL TIEMPO



Decisiones judiciales en casos de sindicalistas

Juzgado	Severidad Penal	Servicio al Compañero	Coacción o Intimidación	Procesos contra la libertad de trabajo	Políticas de despidos	Requisitos de competencia	Contratación	Total peticiones gestionadas
Juzgado 55 Penal del Circuito de Bogotá	29	43	3	10	0	0	1	70
Juzgado Decimo Penales del Circuito Especializado de Bogotá	13	1	8	3	0	9	0	67
Juzgado once penales del Circuito Especializado de Bogotá	15	1	14	2	2	14	0	71

ALGUNOS DE LOS CASOS CON CONDENA

- Muerte de los dirigentes sindicales Alejandro Camargo Cabrita, Alma Renata Cabrita, René Alfredo Cabrita y un menor de dos años por estos crímenes fueron condenados por homicidio agravado Salvatore Mancuso Gómez, Carlos Castaño Gil y del castaño Gil.**
- Homicidio de Aury Ríos** por el líder de la UO y su esposa Enrique Arredondo Puello. Condena por homicidio agravado Comodoro para delincuencia en un ataque a la vida de salvadore Mancuso Gómez, Carlos Castaño Gil y del castaño Gil.
- Muerte de Julio Alfonso Muñoz, Víctor Antonio de la Cruz, la Universidad del Magdalena** ocurrida el 14 de mayo de 2007 en Santa Marta. Condena por homicidio agravado Carlos Ramalho de Jesús Torres Fueno.
- Homicidio de Luis Rodrigo Restrepo Gómez de la Asociación de Militantes de Antioquia (A-Mi), Condenado** Alcidio de Jesús Durango, Restrepo por homicidio en persona protegida.

Jueces de la OIT han resuelto 131 crímenes de sindicalistas

REDACCIÓN JUSTICIA. En dos años, la justicia colombiana ha logrado resolver 131 homicidios de sindicalistas (125 condenas y seis absoluciones), y seis absoluciones, que llevaban casi una década en la impunidad otros 32 casos deben ser resueltos próximamente.

Es el resultado del trabajo de tres jueces que fueron nombrados exclusivamente para esclarecer esos crímenes y poner el país al día en una materia que se sigue generando inconvenientes internacionales y que tienen embolado el TLC con E.U.

A pesar de las confesiones los fallos absuelven que los crímenes fueron cometidos por la delincuencia común y no por las actividades sindicales." Dignos argues, a recibio de la cur.

El programa de los jueces de la OIT, que arrancó en julio del 2007, es fruto de un convenio que suscribió el gobierno con la Organización Internacional del Trabajo y los cenirales obreros. Los tres juzgados han recibido un total de 206 procesos, cuatro de los cuales están en audiencia pública. La Fiscalía, hacia enero de este año, adelantaba 1.179 investigaciones por crímenes contra sindicalistas de ellas 645 estaban en etapa preliminar.

Entre los sentenciados están los ex jefes paramilitares Salvatore Mancuso, Rodrigo Torvar (Jorge 40), Edgar Ignacio Fierro (don Antonio), Ever Velozza (HH) y Oscar José Ospina (Tulceda) por los asesinatos de los dirigentes sindicales ocurridos entre los años 2000 y 2005.

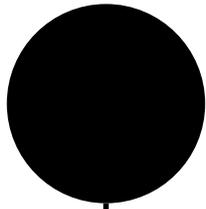
Un día como hoy...

Primeras víctimas del movimiento obrero en Chicago E.U., que dio origen a la conmemoración del día. Hoy como cada día para recordar los derechos de los trabajadores.

Entre jurásicos, zombies y excitados	Omar Rincón	11
Anatomía de una industria fantasma	Melissa Gutiérrez Morales	15
¿Por qué creemos en las noticias falsas?	Andrés Páramo Izquierdo	21
Burbujismo	Sara Castillejo Ditta	27
Manosfera	Sara Tufano	33
Datos infinitos, verdades escurridizas	Vivian Newman	38
<i>Homo economicus</i>	Ramiro Chimuris Sosa	43
Información privilegiada	Juan David Ortiz Franco	47
Digerir el trauma	Isabella Bernal – Mónica Echeverría Ana Hurtado – Fernanda Pineda	52
Las Confusas	Estefanía Carvajal	58
Periodismo DaDá	Pere Ortín	66
Una historia supuestamente verdadera	Santiago Cembrano Escobar	74
Parranda mutante	Gustavo Gómez-Mejía	79
¡Guasáááááááá!	Paola Caballero Daza	85
Humanos e imperfectos	John Templanza Better	89
El nuevo sentido de las librerías	Jorge Carrión	93
Escrituras del hallazgo	Vanessa Londoño	99
Don Guillermo	Varios autores	100

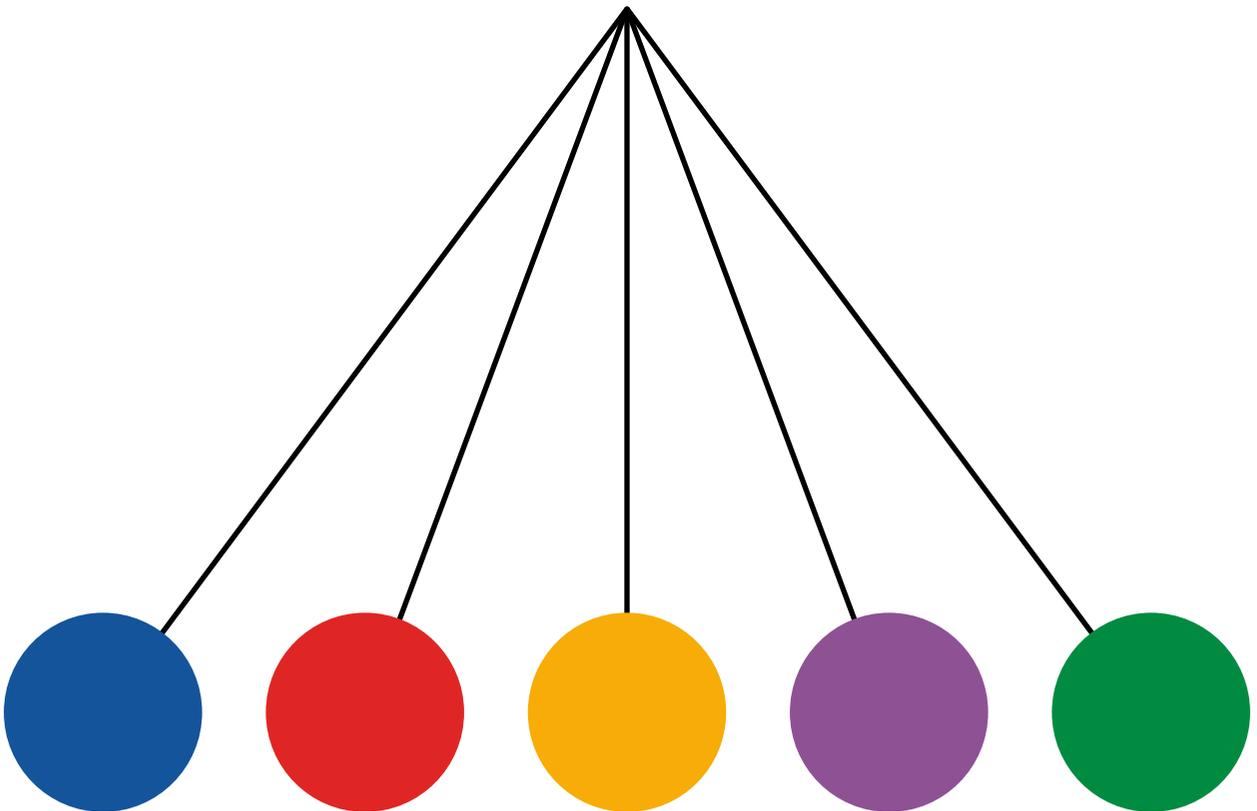
Editorial 7

Colaboradores 104



Ausentes

Presentes



Cultivar la duda

Primero estuvo la frustración. Reunimos un grupo de periodistas, intelectuales, artistas, escritores, creadores de contenido y les llevamos la pregunta que **GACETA** propuso para el centenario del natalicio del periodista Guillermo Cano, asesinado el 17 de diciembre de 1986: ¿cómo se enfrenta su legado ético a la manera en que circula la información hoy? Las respuestas ahondaban en la confusión sobre lo que significa o no ese concepto; y, más que ofrecer respuestas claras sobre la circulación o no de ideas, la conversación estaba guiada a partir de diferentes miedos a lo digital y las velocidades a través de las cuales se hace más patente una crisis en nuestra idea moderna de democracia. De esa frustración inicial surgió una paradoja sobre la producción de contenido que revierte por completo los principios que enfrentó Cano o el periodismo de finales del siglo XX: más que consumir información, buscamos generarla.

Muchos de los principios fundamentales que constituyeron al periodismo estaban en clave de democratizar la información. Ponerla al alcance de ciudadanos y hallar grietas en los mecanismos opacos que concentraban el conocimiento en círculos diminutos. La información hoy sigue siendo parte de pequeños grupos; sin embargo, su contención cada vez es más limitada. Como expone Juan David Ortiz en su reportaje *Información privilegiada*, «la información como privilegio se mantiene, aun cuando los desarrollos tecnológicos —la imprenta, la radio, la televisión o el internet— implican que mucha más gente se entera más rápido de muchas más cosas».

En su libro *Infocracia*, el filósofo surcoreano Byung Chul-Han desarrolla modelos políticos a través de los cuales la información se transforma en su propio régimen: «Transparencia e información son sinónimos. La sociedad de la información es la sociedad de la transparencia. El imperativo de la transparencia permite que la información circule con libertad. No son las personas realmente libres, sino la información.

La paradoja es que *las personas están atrapadas en la información*. Ellas mismas se colocan grilletas al comunicar y producir información. *La prisión digital es transparente*».

La sensación de libertad es la que asegura, de cierta manera, la dominación. Como dice en *Burbujismo* Sara Castillejo: «A menudo nos desinhibimos frente a las pantallas. Sentimos que el *feed* es algo íntimo y que, mientras escroleamos, estamos menos expuestos que cuando vamos por la calle. Estar en nuestra plataforma preferida se siente como un viaje al interior, una conversación genuinamente propia en la que aparecen los temas de nuestro interés sin importar lo incoherentes que pueden llegar a ser entre ellos». Pero esto no es así. O al menos no se construye de forma tan ingenua: «Tanta comodidad y fluidez casi enmascaran la invasión a la privacidad, el aislamiento social y la explotación de vulnerabilidades que sostienen los negocios digitales».

Todas estas vulnerabilidades se ven explotadas y manipuladas, tanto desde esferas públicas, como lo muestra Melissa Gutiérrez Morales en su reportaje *Anatomía de una industria fantasma*; o desde esferas íntimas, como se ve en *Manosfera*, el ensayo de Sara Tufano que explora la información que circula en foros que promueven ideas violentas sobre lo masculino y promueven acciones misóginas. Se trata de espacios que se construyen a partir de las fragilidades y los temores que componen individuos solitarios y desarticulados.

Cuando Andrés Páramo se pregunta en este número por qué nos gustan las noticias falsas, la respuesta está en el sesgo: «Estamos en la era en que internet permite y alienta que las personas le den importancia a un tema de manera sistemática, que el algoritmo de la atención nos lo envuelva y nos lo mande de manera despiadada en mensajes, videos y publicaciones de todo tipo».

Pero entonces, ¿qué papel puede cumplir un medio público como **GACETA** en la desarticulación de estas dinámicas?

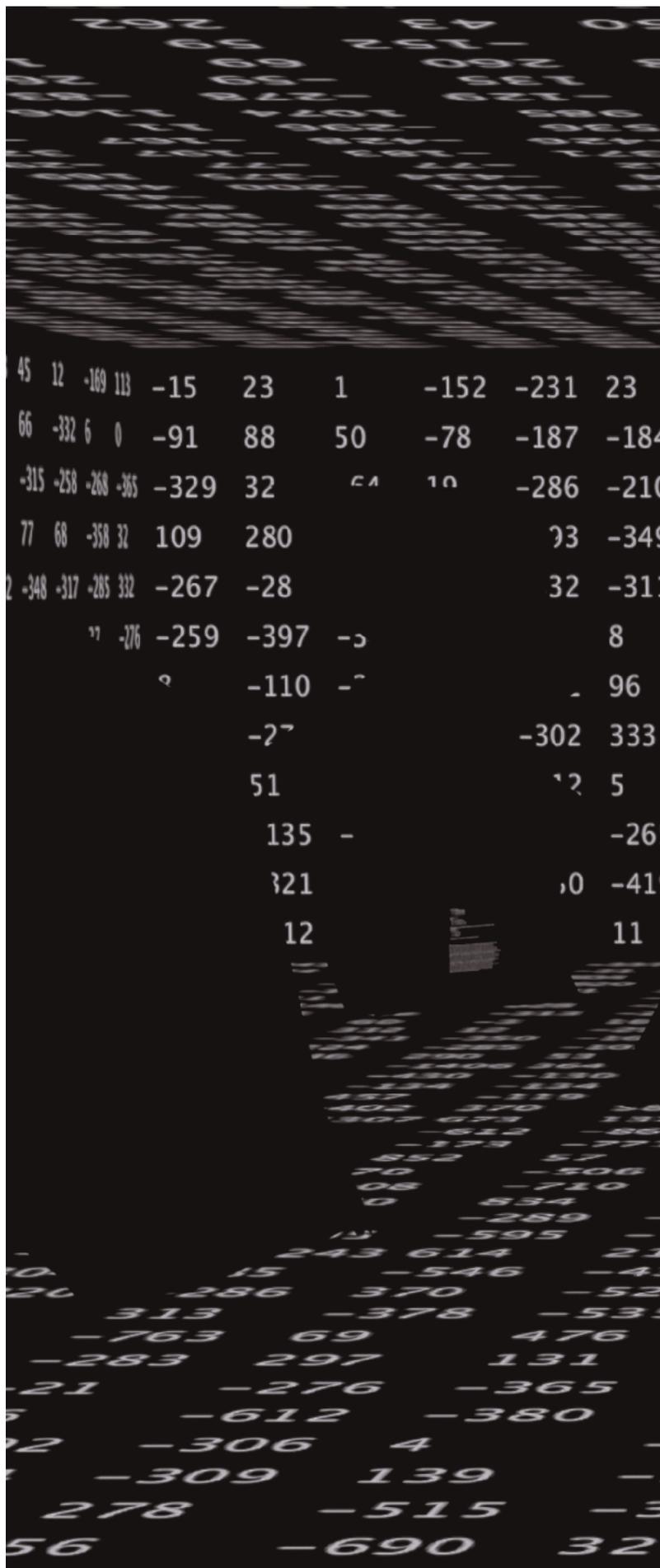
Sin información es muy difícil deliberar. Los Estados deben garantizar la pluralidad de información y su abierta circulación. Proponer ideas, reflexiones, debates, conversaciones que salgan del desarrollo hegemónico y establecido de lo que esas dinámicas que hemos dibujado nos proponen. Lo más importante de una revista, un medio, es su curaduría en la construcción de una agenda. **GACETA** es en sí misma un laboratorio público que propone encuentros desde el periodismo y la crítica cultural, intentando llenar un vacío en la conversación pública para una base común: un lugar donde la información nos sirva para proponer encuentros mínimos sobre los cuales debatir.

«Lo que nos ha faltado, y nos falta, es una cultura de oposición categórica sobre la base de principios intangibles que siempre deberían guiarnos. Los más importantes son la integridad y la dignidad, pero también la defensa de unas habilidades probadas», explica el escritor y filósofo Éric Sadin en *Hacer disidencia*. Y esto no es menor, porque aquí es donde recoger el legado ético de Cano cobra valor. ¿Cómo se enfrenta este a la manera en que circula la información? Puede ser desde lugares insospechados en nuestra noción de Estado hace apenas algunos años: la edición pública. Si bien no es el único camino, este número es la propuesta de un medio público por tener un Estado crítico, capaz de ser reflexivo sobre sus realidades para proponer futuros posibles. Y ellos pueden surgir, por ejemplo, de cultivar la duda.

p. 6 Detalle de la página 5 de *Vagabundos*, una publicación de **Giovanni Vargas** con el diseño de **Juan Sebastián Rosillo** que hace parte del proyecto *ROJO*, 2021, de Vargas. *Vagabundos* es un archivo de las diferentes misiones que se han realizado para investigar el planeta Marte. Contiene información detallada de cada nave y vehículo que se ha construido y enviado al planeta rojo. Este impreso se produjo con la intención de distribuir gratuitamente parte de la información que se encuentra en el libro homónimo.

→ *Agnois: memorias perdidas* de **Fito Segre**. Interfaz cerebro-ordenador, inteligencia artificial, esculturas digitales 3D, texto generativo y programación. Percibimos nuestra realidad de forma subjetiva: capas de información superpuestas sobre la conciencia. Aunque mucha de la información adquirida a través de nuestra experiencia es retenida para su uso posterior, una gran parte es descartada por el sistema y perdida. Esta obra propone un sistema que renderiza una capa tecnológica sobre la experiencia humana. Una composición que hibrida lo natural y lo artificial, aumentando la capacidad innata del aparato mente-cuerpo.

p. 10 *Insurrección Ecosistémica* de **Julián Santana Rodríguez**. En el contexto de la exposición «Imágenes de la Resistencia» realizada en la Universidad Nacional, el colectivo **Posmonumenta** activó el espacio público de la Plaza Che el 10 de junio de 2025 con una acción de *videomapping* tipográfico. Sobre la fachada de la Torre de Enfermería se proyectaron mensajes de resistencia medioambiental, testimonios y manifiestos de re-existencia ecosistémica y comunitaria, mientras un Círculo de Palabra y Escucha se desarrollaba en simultáneo, tejiendo un diálogo vivo entre la imagen proyectada y las voces presentes.





LA TIERRA Y LA ME
INSURRECCION
ECOSISTEMICA
LA TIERRA Y LA ME
pieza con espada
No hay descoloniz

@postmonumenta @movimentoliso

Ecosistema
INSURRECCION

PUNKY
AGAB
ALMA DEL PUEBLO
SANTA

Entre jurásicos, zombis y excitados

«La información es poder», decían. Y poder es definir lo que es real. Por eso, la información ha sido «la propiedad» de los reyes, las religiones, los poderosos. La revolución democrática dijo que la información era de todos, y que con ella los humanoides podíamos tomar mejores decisiones sobre nuestra vida en común. Pero ¿y si la información ya no importa?

En el siglo xx, la información se convirtió en propiedad de los periodistas, los medios, los académicos, las universidades, los *oenegeros*, los ilustrados, los civilizados, los burgueses modernos. Ellos, sobre todo ellos, decidían qué era LA información útil, necesaria, buenista, civilizada y la certificaban con sus métodos de bondad, ilustración, verificación, veracidad.

En el siglo xxi, la información se les esfumó como *bien* que les pertenecía a ellos. Esto pasó por al menos dos situaciones: una, los nuevos gobernantes sostuvieron *que información y verdad es lo que nosotros digamos*; y dos, las empresas digitales afirmaron *nosotros somos la información*.

Los gobernantes más populares del siglo xxi en América (digamos Chávez, Uribe, Correa, Evo Morales, Cristina Fernández, Bukele, Milei, Trump, Petro) asumen que la información es lo que dicen ellos porque tienen la verdad. No hay razón alguna para que los periodistas y las élites burguesas digan que «eso» es de ellos. Y desde derechas e izquierdas comenzaron sus batallas culturales por LA información y contra los periodistas y las élites académicas y *oenegeras*. No hay hechos. No hay verdad. No hay realidad. Hay *mis* hechos, *mis* verdades, *mis* realidades.

La aparición de internet, las redes, el algoritmo y la inteligencia artificial demostraron que LA información es su producto para hacer capital. Decidieron ser los garantes de la información: eso que, vía algoritmos, «curamos» como lo necesario para vivir divertidamente en el capitalismo. La información devino de lo que dijera Google («toda la información disponible en el mundo»), lo que decidieran las redes, lo que hubiera en internet, que es lo que alimenta a la inteligencia artificial. Los dueños de lo digital construyen una verdad hecha de sí mismos.

Así hemos llegado a que no hay información. O que hay la que cada uno quiera que haya. Cada uno vive en su *fake*, en su creencia, en sus emociones

y percepciones, en sus lugares comunes. Tal vez, lo único punible sean las imágenes de tetas y sexo, aunque lo porno sea la industria más vista y capitalista que tengamos. Se vale todo: clasismo, racismo, machismo, homofobia, xenofobia. Todo vale por «la libertad» de información. Políticos y empresarios tecnológicos dicen que ahora sí «la información es de todos», y la información es el capitalismo, y la felicidad es «capitalismo para todos», o mejor: «yopitalismo»: capitalismo pa yo.

Para asegurar su éxito, los políticos y los *new money* digitales decidieron «eliminar» o destruir a esa capa intelectual moderna que se interponía entre sus verdades y los sentidos comunes de la gente. Y esto se hace por dos caminos: los políticos compran, persiguen, expulsan, expatrian a los que piensen distinto; los *new money* digitales excluyen a los que tengan ideas que vayan contra el capitalismo y sus éticas de la muerte.

Todo esto significó el fin de los periodistas, los académicos, los ilustrados, los buenistas como garantes de la verdad y la calidad de la información. Esos «porteros y vigilantes» de «la verdadera» información perdieron su autoridad cognitiva, moral y argumentativa.

La batalla cultural por la información

La información es un *bien* que se ha convertido en el trofeo de la batalla cultural: esa lucha emocional por los sentidos que importan en la vida pública y ganan «la conciencia» de la sociedad.

La clave de esta batalla son las mujeres y los derechos, ya que se han convertido en el centro del debate público y son el factor que mueve y desestabiliza todo lo establecido, moviliza los sentidos en la sociedad y al establecimiento político y cultural.

Las derechas y el capitalismo financiero creen que «quienes dominan» son las feministas, los progres, los diversos, los defensores de derechos; entonces la batalla es contra estas nuevas formas de comunismo. Nuevo comunismo porque atentan contra Dios, la familia, la patria, la propiedad, el *statu quo*. Su propuesta es una sociedad libre de Estado e impuestos.

La información es, entonces, un bien propiedad de las élites, Dios, la patria, la tradición familiar y el capitalismo «libre». Y es un «arma» de lucha contra

lo llamado *woke* y contra ese fantasma feminista del comunismo. La batalla cultural es contra el capitalismo *woke* (o sea, lo progresista). Contra «esos» que en el estallido social chileno de 2019, Cecilia Morel, esposa del presidente Piñera, llamó los *alienígenas*: «Estamos absolutamente sobrepasados, es como una invasión extranjera, alienígena [...] Por favor, mantenemos nosotros la calma, llamemos a la gente de buena voluntad, aprovechen de racionar las comidas y vamos a tener que disminuir nuestros privilegios y compartir con los demás».

Las izquierdas y los movimientos sociales hacen la batalla cultural contra el neoliberalismo o capitalismo financiero que se expresa en prácticas colonialistas, extractivistas, imperialistas, heteropatriarcales de las aristocracias terratenientes, las élites empresariales, políticas y mediáticas. Denuncian que habitamos tiempos de creciente inequidad, injusticia, racismo y despojo de territorios que encubren discursos de «libertad», «Estado eficiente» y «combate a la corrupción», mientras se persigue a defensores de derechos y luchadores sociales. Una lucha confusa y lejana porque tiene poco que ver con los sentidos comunes de la gente.

La gran batalla cultural es, entonces, entre *yopitalismo* (libertad total para los negocios y el individuo) y democracia (bienestar social y trabajo por lo colectivo); entre un capitalismo que propone el individualismo, el tener dinero para consumir y exhibir, y una democracia que propone promover derechos para todos. El sentido común de las derechas liberales es luchar contra los derechos, ya que el bienestar social y colectivo atenta contra el éxito individual del yo.

La batalla cultural es por la información. Por eso, ya no habitamos LA información sino la desinformación como el modo que define nuestras realidades políticas, que es muy efectiva porque emocionaliza, indigna, fanatiza y contagia. Sabemos que la desinformación la crean políticos, periodistas e *influencers* promoviendo los odios y los miedos como activadores del comportamiento tribal. Sabemos, también, que la desinformación no es un asunto de contenido, sino una estrategia política y de *marketing*.

La batalla es con y contra los periodistas

La clave de esta batalla cultural por la información son los medios y los periodistas que viven excitados en X. Izquierdas y derechas luchan esa batalla en la misma cancha de los medios y redes digitales y contra los mismos enemigos: los medios, los periodistas y los líderes sociales.

El 29 de marzo de 2011, en la Universidad de La Plata, Chávez dijo: «La dictadura mediática hay que señalarla y luchar contra ella. Las clases dominantes siempre se preocuparon de hacerse de los medios de comunicación para manipular al pueblo». El enemigo son los medios.

La gran batalla cultural es, entonces, entre yopitalismo (libertad total para los negocios y el individuo) y democracia (bienestar social y trabajo por lo colectivo); entre un capitalismo que propone el individualismo, el tener dinero para consumir y exhibir, y una democracia que propone promover derechos para todos.

En 2023, Petro lo expuso cuando dijo a los periodistas que «el periodista y el político están en un mismo escenario [...] El oficio del periodista y del político profesional [...] nos va a enfrentar, nos va a encontrar, siempre estaremos juntos, siempre estaremos enfrentados». Políticos y periodistas hacen lo mismo: comunican «su» verdad.

También en 2023, en la otra orilla, Milei dijo: «El problema de muchos periodistas con los que integramos La Libertad Avanza es que no le debemos nada a nadie. No tenemos negocios con nadie. Y no nos vamos a quedar callados frente a las operaciones, la mentira, la calumnia, la injuria o la difamación. Vamos a contestar. Vamos a decir nuestra verdad». La verdad es de quien gobierne.

El genio de la desinformación es Trump. «La verdadera oposición son los medios», sentenció Steve Bannon mientras era jefe de estrategia de la Casa Blanca, en 2018, durante el primer mandato de Trump. «Y la forma de lidiar con ellos es inundar el terreno con mierda». Paul Waldman del *Washington Post* contó que «Trump comprendió que lo importante no era cuántas personas estaban en Twitter sino *quiénes* estaban allí: los periodistas [...] y es que en Twitter es el lugar donde los periodistas monitorean las noticias del día, promocionan sus historias y conversan entre ellos. Cada vez que Trump tuiteaba algo escandaloso, sabía que los periodistas lo verían y escribirían al respecto, lo que le permitió moldear la agenda noticiosa y lograr que todos hablaran de él. La estrategia fue notablemente efectiva. 65 % de los tuits de Trump durante su presidencia terminó en noticias». Lo mismo hacen Petro, Bukele, Milei.

La batalla cultural, entonces, tiene como público predilecto a los periodistas y se libra en los medios y las redes. Se hace con periodistas y para periodistas. Esto pasa porque se transmite información sin hacer periodismo (sin rigor, fuentes, datos, documentos, contexto, criterio); hacer periodismo hoy parece ser retuitear y republicar lo que los políticos tuitean o las redes digan. Y, además, los periodistas producen la desinformación porque pasaron de mediadores a actores políticos y militantes.

Esta batalla se lucha en X, que es la red mundial de la desinformación. Lo paradójico es que X desinforma basada en un principio democrático: la libertad de expresión. La configuración de X celebra «la libertad de expresión» en nombre de la democracia. Y en nombre de «la libertad de expresión» posibilita la existencia y propagación de discursos de odio, discriminación, miedo. Y, a través de los periodistas que «expanden» en sus medios estos mensajes falsos y de matoneo, X termina configurando principios de realidad, sentidos comunes, afectividades y subjetividades «tóxicas».

La información no es la verdad, es la diversidad

Todo se explica mejor si comprendemos que la libertad de información, el periodismo y la política tienen un nuevo campo de juego: el digital (internet, redes y plataformas), que es una experiencia de sentido y de lo sensible, nuevos modos de estar-juntos y una ilusión de yo-soy-el-que-decide. La información, entonces, habita un nuevo escenario, uno que no requiere ni exige autoridad intelectual, ética o cultural, ya que ese mar digital nos promete que podemos crear, enunciar, contar; que somos interactivos y participativos; que programamos nuestros consumos; que somos nuestro propio autocensurador de información y goces.

Cada usuario digital es su propio dios, nos ilusionan. Pero, el verdadero dios es el algoritmo y la IA que son los que guían los sentidos, los relatos, las emociones y nuestras maneras de pasar el tiempo. El capitalismo triunfó y la información la deciden los dueños y reyes de lo digital en el horizonte del videojuego de la bolsa de valores y del cielo capitalista. Otra vez, no importamos los humanos, solo el capital; no importa lo colectivo, lo común, solo el yo que exhibo en el consumo.

La información, entonces, encontró otros modelos de *nego\$io* según donde habitemos en lo digital. Y ahí nos han construido tres canchas en las que jugamos el partido de la información:

Los jurásicos, esos humanoides que tienen muchos años, apenas interactúan en lo digital y fanatizan mucho en sus creencias y opiniones, habitan Fakebook, *guasá*, sus religiones, sus odios, memes y *fakes*. Creen que la información la certifican primero sus creencias, luego los amigos, después los familiares y, finalmente, los periodistas. Hablan con la soez de la calle y la valentía del cobarde que no está frente a las personas. El matoneo, la humillación, la discriminación es su forma de retórica. En esta cancha habita la mayor cantidad de gente del mundo, cerca del 70 % vive por ahí. Su tono es la histeria, andan siempre en bronca e indignados, y votan con rabia en todas las elecciones. Los jurásicos consideran que la información es lo que ellos creen y se basa en amar a Dios, a la familia, a la patria y a la moral cristiana. Su moral es LA información.

Los zombis son esos humanoides jóvenes *cool and pop*, llenos de autoestima digital, gozosos habitantes de Instagram, TikTok y YouTube, que les encanta activar en sus causas desde el animalismo al feminismo y ser *fans* de los yoes que exhiben felices en sus consumos.

Consumen para crear la identidad del yo, su valor está en lo que consumen y en habitar muy festivamente su gueto.

Son progres que politizan en sus causas, pero son de derecha porque no cuestionan sus privilegios, ni sus *yopitalismos*, ni sus consumos, ni la injusticia social. Consumen para crear la identidad del yo, su valor está en lo que consumen y en habitar muy festivamente su gueto. Todo lo hacen para construir su estilo de vida progre irónico que va de la performatividad real de la fiesta y el evento a la performatividad digital de redes donde todo debe ser instagrameable o tiktokeable y generar controversia. Aquí habitan el 60 % de los humanos que politizan desde los feminismos, el medio ambiente, la diversidad sexual, poco votan y viven alejados de los jurásicos, aunque suelen replicar las creencias de ellos.

Estos son los habitantes de la cultura digital. Tienen un nuevo lenguaje que postea, viraliza, ironiza, memifica, escracha, funa, *stalkea*, *rostea*, *ghostea*, cancela, *pixelea*. Se creen auténticos, *aesthetics*, *iconics*. Crearon la civilización de la *coolture*, eso de producir sentido desde las pantallas, las superficies, la fiesta, el estilo de vida, la conversación. Eso de que más que saber importa la experiencia que se habite.

Zombis porque andan en modo libertario y feliz siguiendo sus celulares y redes creyéndose los reyes del mundo, pero sin alma crítica, parecen cuerpos tomados por lo digital. Los *zombis* consideran que la información es el centro de sus causas: las tendencias, lo *celebrity*, el amor, el chisme y los chistes. Esa información es certificada por la viralidad, su grupo de amigos y sus ídolos musicales como Taylor Swift y Karol G.

Los excitados son los que se creen dueños de la información: los políticos, los periodistas y los opinadores. Ellos habitan X con furia. El tuit es su modo de pensar. El insulto, la agresión, la mentira son su manera de argumentar. Este es un mundo pequeñito de menos del 10 %, pero periodistas y políticos creen que abarca todo el mundo. Lo cierto es que es el medio de la desinformación mundial. Aquí la verdad se certifica por quien más grite o tenga más seguidores-practicantes-*trolls*. Este es el reino de los más berracos y bravos como Trump-Milei-Petro-Bukele. La adrenalina es alta ya que se vive en la euforia del insulto y de la egoverdad.

Los excitados creen que la información es lo que ellos digan. Y, ahí, la información se parece mucho a lo que era en los medios del siglo XX: políticos, fútbol, farándula, inseguridad y algo de economía. No hay discusión, solo afirmación del yo (la exhibición de la baja autoestima), el *yornalismo* (periodismo del yo), el *yopitalismo* (capitalismo para yo).

La información es *ese bien* por el que luchan los jurásicos, los zombis y los excitados guiados por políticos-*old power* y algoritmos-*new money*.

Y si la información ya no importa

Entonces, el problema del siglo XXI es que no hay una información, que cada ciudadano o grupo humano define la información útil y necesaria de un modo distinto y propio. Eso significa que tendríamos que concluir que no existe LA información, sino que habitamos muchas y diversas formas de información y que eso de LA información fue un invento ilustrado, moderno y de élite que solo privilegió a los que ostentaban el poder interpretativo de la realidad.

Tal vez debamos dejar de creernos más sabios que los vecinos; tal vez debamos creer que la gente ante tanto *fake* ya no cree en nada, sigue sus intuiciones y sentires; tal vez debemos ir más allá de X, los medios y los periodistas y no tener redes; tal vez debemos dejar esa práctica periodística de la fuente/contrafuente, esa lógica mediática de polarizar, y pasar a enfatizar en lo que nos junta; tal vez deberíamos mejorar los editores de sentido (amigos, periodistas, familiares); tal vez, hacer laboratorios de producir información que formen en criterios de sentido; tal vez hay que quitarle la solemnidad a la información e intervenirla con humor desde narrativas y formatos irónicos con sabiduría crítica de lo popular; tal vez, los Estados deban crear normas que controlen a las plataformas y promuevan la autorregulación pública.

Lo urgente está en que los periodistas salgan del secuestro en el que han caído por seguir a los desinformadores, quienes, sean políticos, empresarios, estrellas pop y tecnológicas, existen y son famosos porque tienen como audiencia a los periodistas. Si pasamos por alto sus «informaciones» quedan en el limbo de sus egotecas. Si los periodistas hiciéramos autocrítica y pausáramos el deseo de «emitir» los *fake* tuits de los políticos, la realidad social sería mejor. Tal vez deberíamos reconocer que lo que está en las redes se queda en las redes si no lo «masificamos» vía medios. Debemos pausar nuestro ego arrogante y pretencioso, dejar de creernos actores políticos en lucha contra gobernantes para pasar a hacer periodismo de rigor y criterio y en agendas del sentido común, no las que los políticos proponen en X.

Las élites democráticas, progres, cosmopolitas y los activistas ganamos la batalla del sentido, pusimos en el centro el feminismo, el medioambiente, los derechos, pero perdimos el sentido común. Entonces, debemos hacer autocrítica, salir de nuestra soberbia intelectual, bajarnos de «enseñar» y comenzar a ganar humor, tono *coolture* y popular para convertir a la democracia y los derechos en asuntos gozosos, alegres y maravillosos. Producir una contracultura informativa festiva, gozosa y popular.

La información es ese bien por el que luchan los jurásicos, los zombis y los excitados guiados por políticos-*old power* y algoritmos-*new money*.

Anatomía de una industria fantasma

Granjas internacionales especializadas en inflar métricas de likes y seguidores, operaciones híbridas que combinan inteligencia artificial con trabajo humano, manipulación narrativa sofisticada y bodegas de élite que emplean algoritmos para adaptar la mentira a un perfil psicológico específico: así se construye información hoy.

A nadie que pasara frente a la bella casona de dos pisos ubicada en el parque de la Bailarina, en El Poblado, Medellín, se le habría ocurrido: adentro, veinte jóvenes asumían cincuenta identidades falsas cada día. No eran actores ni webcámers, eran soldados rasos en una bodega digital creada para influir en las elecciones presidenciales de México. Era junio de 2018 y, en esa casa adaptada para *coworking*, se gestaba una operación que cambiaría para siempre la comprensión de Sebastián Franco Galeano sobre el poder, la manipulación y la fragilidad de la verdad en los tiempos digitales. Franco tenía veintiséis años, un comunicador audiovisual que llegó a esa oficina buscando estabilidad laboral. Lo que encontró fue una maestría acelerada en ingeniería del consenso.

«Desde un principio me dijeron que el tipo de trabajo que había que hacer era crear contenido para un político y lograr que subiera la percepción en las encuestas en México», recuerda.

La empresa que los contrató era una consultora respetable registrada en actividades de gestión e investigación experimental. Aunque la compañía dejó de operar en 2022, en su perfil de Instagram aún se puede leer: «Creemos que el capital humano y de conocimiento es el principal insumo para conectar ideas y co-crear». Sebastián conserva impreso el contrato como *community manager* y los recuerdos de quien participó en una de las primeras operaciones de manipulación digital profesionalizadas en Colombia.

En la entrevista de trabajo las preguntas fueron directo al hueso ideológico: «¿Eres de derecha o de izquierda?». Su respuesta revela tanto sobre el pragmatismo de una generación precarizada como sobre la naturaleza transaccional de esta industria: «Trabajo es trabajo».

El salario, dos millones de pesos mensuales, representaba la entrada a un mundo en el que la verdad se había convertido en materia moldeable.



DE LA
CONCORDIA

Trabajaría en horarios tradicionales, con extensiones durante debates televisados. A cambio de manipular la realidad política de un país que no conocía, recibiría pizza los fines de semana.

Guionistas del engaño

Lo que Sebastián no supo entonces es que participaba en la evolución digital de técnicas centenarias. Edward Bernays ya había teorizado en 1928 sobre la «ingeniería del consenso»: la manipulación sistemática de la opinión pública. Las bodegas digitales son la evolución de esos principios, operando ahora en tiempo real y escala global.

Dentro de esas oficinas se desplegaba una operación para posicionar la imagen de Ricardo Anaya frente a Andrés Manuel López Obrador en las elecciones presidenciales mexicanas de 2018. Cuando Sebastián llegó, dos meses antes de las votaciones, parte del equipo llevaba seis meses construyendo una realidad paralela.

Al iniciar, Sebastián recibió un arsenal digital: cincuenta identidades falsas que debía habitar como un actor de método. «Eran 50 perfiles de Twitter para manejar, sus respectivas *sim cards* para recuperarlos si nos bloqueaban alguna cuenta. Con cada perfil nos entregaban un guion con su respectiva personificación. Cada cuenta posteaba dos veces al día, mínimo», explica.

Cada mañana, él y sus compañeros se convertían en una multitud artificial. Sus dedos daban vida «al muchacho que le gustaba el fútbol, la señora que escuchaba rancheras, el señor taxista». Esta diversidad demográfica no era accidental sino estratégica. «Manipulábamos a la gente a través de las emociones desde los mensajes, para que se identificaran con uno».

La profundidad de la desinformación revela la naturaleza industrial del engaño. Sebastián recuerda la orden de construir narrativas médicas falsas sobre la supuesta demencia senil de López Obrador, buscando evidencia científica inexistente para sustentar diagnósticos inventados.

Los días de debate televisado transformaban la oficina en una sala de guerra informática. «Entrábamos con una estrategia principal y, a medida que transcurría, el coordinador recibía llamadas y nos cambiaba

toda la línea». Una de las más reveladoras fue desacreditar a la periodista moderadora, «diciendo que era una aliada de AMLO. Sin argumentos, solo desacreditar, inventar».

Sebastián se atreve a hablar porque ya venció la cláusula de confidencialidad que lo ató durante cinco años, y porque ahora vive fuera del país.

Tentáculos invisibles

Lo que Sebastián vivía constituía apenas un eslabón en una cadena de manipulación que se extendía más allá de las fronteras colombianas. Su equipo no generaba contenidos, sino que ayudaba a sostener operaciones superiores cuya naturaleza permanecía en el misterio.

En Colombia, esta realidad se ha normalizado hasta volverse invisible. Camilo García, experto digital conocido como Hyperconectado, rechaza el término *bodegas* y prefiere *cibermilicias*. Un asesor político y digital que ha trabajado en campañas en Latinoamérica, que solicita anonimato —revelador en sí mismo de la naturaleza clandestina de esta industria— estima que operan «cientos de proveedores de bodegas en Colombia». Estas organizaciones generalmente se acercan a ofrecer servicios cuando aumenta la visibilidad pública y los ataques hacia sus potenciales clientes.

También habla de cifras que dimensionan la magnitud económica: «Un candidato a la presidencia en Colombia puede gastar hasta 15.000 millones de pesos en su campaña; y de eso, alrededor del 30 % se destina a operaciones digitales, incluyendo bodegas».

En el país operan tres modelos diferenciados de manipulación digital. Las granjas internacionales se especializan en inflado de métricas básicas: miles de *likes* y seguidores fantasma generados desde Bangladesh o Filipinas por centavos de dólar. Paralelamente, las operaciones híbridas locales combinan inteligencia artificial con trabajo humano especializado para ataques políticos dirigidos y manipulación narrativa sofisticada. Finalmente, las bodegas de élite emplean algoritmos avanzados para generar mensajes personalizados que se adaptan al perfil psicológico de cada audiencia objetivo. Cada modelo sirve propósitos distintos: el primero infla artificialmente la popularidad, el segundo destruye reputaciones específicas, el tercero moldea percepciones masivas.

La mayoría de agencias no cuenta con infraestructura propia; funcionan como intermediarios en una cadena que se extiende hasta granjas digitales dispersas por países con economías precarizadas. Esta tercerización revela una división internacional del trabajo digital profundamente desigual.

El investigador Rafael Grohmann, de la Universidad de Toronto, documentó una realidad devastadora: estas operaciones representan una nueva forma de colonialismo digital que conecta «trabajadores de baja tecnología de la periferia, considerados no

← *La bodeguita de La Concordia* de Juan Obando, 2021. Instalación de trescientos teléfonos móviles, dos computadores de escritorio, dos operarios, mesas y plataforma. «En años recientes, la actividad participativa en internet ha estado ligada a la operación fantasmagórica de redes masivas y automatizadas llamadas *granjas de clics*. Paralelamente, nuestra relación con la pantalla se ha tornado íntima, personal e incluso espiritual. A través de ella navegamos un cosmos plano, compuesto de imágenes, emojis e íconos, en el que encontramos los materiales necesarios para construir nuestras proyecciones. Aún así, la comprensión colectiva de las operaciones y los sistemas que sostienen esta superficie luminosa es cada vez más opaca. Estimulados por una promesa de viralización, nos desdoblamos como extras y protagonistas de una historia que cabe en nuestros bolsillos pero que poco a poco se está quedando sin batería», dice el artista. Foto de Nicolás Consuegra.

calificados o invisibles, con la infraestructura de las plataformas de redes sociales, generalmente del Norte».

La industria del engaño es eficiente: un cliente solicita 100 comentarios positivos y 10.000 *likes* para una publicación en Instagram. La agencia intermediaria compra los *likes* automáticos a un proveedor mayorista por 4 dólares y contrata los comentarios a *freelancers* en economías periféricas por 0,06 dólares cada uno. En menos de 48 horas, entrega un producto que el cliente percibe como actividad orgánica genuina, cuando en realidad es el resultado de una cadena de explotación global.

El volumen económico de esta industria permanece en las sombras, característica inherente a su naturaleza clandestina. Sin registros oficiales ni declaraciones tributarias transparentes, los especialistas solo pueden estimar su magnitud a través de indicadores indirectos. Esta opacidad financiera no es accidental, sino estratégica: mantiene la industria protegida de regulaciones fiscales y facilita el lavado de recursos de origen dudoso.

De artesanos y algoritmos

En 2023, el polémico consultor argentino Fernando Cerimedo le contó a Infobae una realidad que habría parecido ciencia ficción en aquellos días de la bodega paísa: oficinas donde «una docena de máquinas encendidas para la automatización» alimentan incansablemente cincuenta mil identidades artificiales, una infraestructura que se extiende desde Brasil hasta Argentina.

Su oficina en Buenos Aires funciona como central neurálgica que irradia influencia hacia múltiples países. Su trabajo para Jair Bolsonaro en Brasil y Mauricio Macri en Argentina convirtió la manipulación política en mercancía exportable, documentando cómo estas operaciones trascienden fronteras para operar como servicios transnacionales.

Los investigadores han llegado a una conclusión fracturante: la línea entre lo auténtico y lo artificial se ha vuelto imperceptible. El estudio *Dissecting a social bot powered by generative AI (2025)* revela que voluntarios humanos lograron menos del 24 % de precisión clasificando cuentas genuinas de falsas.

La mayoría de agencias no cuenta con infraestructura propia; funcionan como intermediarios en una cadena que se extiende hasta granjas digitales dispersas por países con economías precarizadas. Esta tercerización revela una división internacional del trabajo digital profundamente desigual.

Han emergido *cyborg accounts* que combinan comportamiento humano y automatizado, instalando la incertidumbre en cada interacción digital.

El consultor político que prefiere el anonimato confirma la sofisticación: «Entregar instrucciones a un robot de IA para generar cincuenta mensajes de ataque político me toma diez segundos».

En otro nivel está el uso de WhatsApp. En el submundo digital lo llaman «el guasón». «Dos días antes de unas elecciones, se puede generar una fotografía con inteligencia artificial de un político consumiendo drogas, crear un video borroso que parezca auténtico, y distribuirlo a miles de contactos». En municipios de veinte mil habitantes, esta artillería digital desestabiliza una elección en cuarenta y ocho horas.

Las bodegas más sofisticadas han comprendido que el futuro está en la viralización masiva a través de *fandoms*: «Tengo un video de un político y lo viralizo subiéndolo en mil cuentas diferentes de formas distintas, cambiando la edición». La clave está en fragmentar y redistribuir el mismo mensaje creando una sensación de viralidad orgánica.

García, que ha monitoreado estos fenómenos durante años, ha sido testigo directo de su evolución. Durante periodos electorales, los *feeds* de Facebook se saturan con «videos creados con inteligencia artificial y voces miedosísimas». Los mensajes apocalípticos ahora llegan acompañados de bandas sonoras cinematográficas y voces sintéticas que el oído humano no puede distinguir de las reales.

Mientras el debate público se concentra en las bodegas tradicionales, una realidad mucho más siniestra opera en las sombras digitales. «Los alcances de la comunicación paga pueden ser diez, veinte, treinta veces más grandes que la comunicación orgánica», afirma García. La diferencia es abismal: mientras una bodega tradicional genera mil interacciones, un político que comprenda las herramientas de segmentación puede impactar a cientos de miles de ciudadanos con mensajes personalizados según sus vulnerabilidades específicas. No estamos ante trincheras digitales, sino ante bombardeos quirúrgicos que llegan directamente a la psicología individual.

Territorio sin ley

En aquella oficina de El Poblado, las órdenes que recibía Sebastián revelaban la naturaleza destructiva de estas operaciones más allá de la manipulación electoral. Cuando el periodismo incomoda, se activa la maquinaria de destrucción digital: así les indicaban atacar periodistas en los debates.

En 2023, la periodista Laura Ardila experimentó en carne propia la evolución de esas técnicas primitivas hacia operaciones de violencia digital de precisión quirúrgica. Cuando reveló que la editorial Planeta había decidido no publicar su libro sobre la

casa política Char, la respuesta fue inmediata: en seis días, ColombiaCheck documentó al menos 242 ataques digitales dirigidos contra su trabajo y su persona.

Las heridas de la violencia digital trascienden las pantallas. Ardila reveló cómo los ataques coordinados colonizaron su cuerpo: insomnio, ansiedad, culpa que la obligaron a cuestionar dos décadas de trabajo periodístico hasta forzarla a salir del país. El de Laura solo es un ejemplo de las decenas de casos que suceden cada día.

Las pocas operaciones descubiertas revelan la dificultad para combatir este fenómeno. En Brasil, la Policía Federal identificó a Cerimedo como parte del «núcleo» golpista de Bolsonaro. En Colombia, investigaciones periodísticas han expuesto algunas granjas, pero las consecuencias legales son mínimas debido a vacíos normativos.

El Estado que debería combatir estas operaciones se convierte, paradójicamente, en su cliente. Como explica el consultor político, desde las instituciones siempre «se encuentra la forma» de contratar estos servicios de manipulación digital. La metodología para blindar estas operaciones revela una sofisticación que supera la simple corrupción: «Si tienes la bodega en Nicaragua, Ecuador u otro país, una fuga de la información va a ser relativamente muy difícil». El círculo se cierra con una ironía devastadora: el dinero de los ciudadanos financia la manipulación de su propia percepción política.

Las plataformas como X, Facebook e Instagram afirman combatir las granjas digitales con inteligencia artificial, revisiones humanas y eliminación masiva de cuentas inauténticas cada trimestre, pero aclaran que no asumen responsabilidad legal por la información o los ataques que se difundan desde esas cuentas, salvo cuando una orden judicial les exige retirarlas.

Mario Riorda, politólogo argentino especializado en comunicación política, reflexiona sobre la dificultad de «imaginar instancias de regulación», considerando la «dificultad operativa» y el «lobby internacional de las propias empresas». Cuando las tendencias se generan desde fuera del país, la regulación doméstica resulta «bastante ineficaz».

Espejo roto de la democracia

La reflexión de Sebastián sobre su experiencia revela las dimensiones existenciales de participar en la construcción industrial de la posverdad. «Uno tiene que leer las cosas dos veces antes de dar una opinión sobre algo, dudar, tener claro que en este momento todo lo que uno ve, no es necesariamente cierto».

Y también cuestiona a los medios por la ampliación. «Las personas del común no usan realmente esa red social [Twitter, ahora X], pero lo que se hace tendencia ahí se replica en los medios de comunicación grandes. Y mucha gente cree todavía en los medios».

Riorda advierte sobre las consecuencias sistémicas: «Un aumento de la negatividad discursiva, ubicada ya ni siquiera en discursos de odio, sino en los discursos de incivilidad, que significa la negación de la otredad, del otro, de su identidad y de diferentes formas de pensamiento». Estudios recientes en Chile revelaron que más del 40 % de la discusión digital durante las elecciones estaba «inflada artificialmente». En este nuevo paisaje mediático, cada *trending topic*, cada ola de indignación viral, debe examinarse con la sospecha de que puede ser producto de operaciones fantasma.

Cada día, en miles de hogares latinoamericanos, se repite una escena que Camilo García conoce dolorosamente: «Mi mamá todo el tiempo me dice cosas que ve en internet —y que son falsas—, y cuando le digo que son falsas, se pone bravísima por eso». Esta fractura familiar, multiplicada por millones, es otro de los daños que causa el consenso artificial.

En esta nueva geografía digital, en la que proliferan los fabricantes de mentiras, donde las historias se vuelven de cartón y las vidas se construyen como fábulas de lata, cada ciudadano debe convertirse en arqueólogo de su propia realidad. Las luces de neón que parpadean en nuestras pantallas pueden ser espejismos manufacturados.

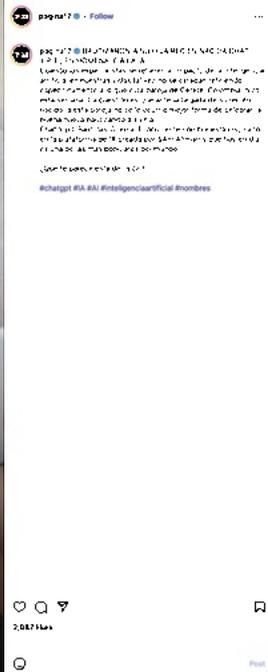
La madre de García, como millones de personas, se vuelve, sin saberlo, víctima y propagadora de una industria que ha convertido la credulidad en mercancía. La supervivencia democrática ya no depende solo de nuestro derecho al voto, sino de nuestra capacidad para dudar, para cuestionar, para nunca tener fe ciega en lo que los algoritmos nos susurran al oído. Porque en un mundo en el que la verdad se ha vuelto materia prima industrial, la sospecha puede ser la última trinchera de la autenticidad.

El Estado que debería combatir estas operaciones se convierte, paradójicamente, en su cliente. Como explica el consultor político, desde las instituciones siempre «se encuentra la forma» de contratar estos servicios de manipulación digital.



Una pareja bautizó a su hija *Chat Yipiti*, inspirados por el nombre de la plataforma de inteligencia artificial

Página 12



Viral y Tendencia > Nota

Padres nombran "Chat Yipiti" a su hija en Colombia y desatan debate en redes

Una bebé fue registrada como "Chat Yipiti" en Cereté, Colombia, en honor a la IA. El hecho dividió opiniones y generó polémica legal y social. Esto se sabe



LA NACION



SUSCRIBITE

LA NACION > Lifestyle

Insólito: padres en Colombia habrían nombrado a una niña Chat Yipiti, inspirados en la inteligencia artificial

Ocurrió en una sede de la Registraduría Nacional del Estado Civil, en Cereté, Córdoba

20 de agosto de 2025 • 02:41



elCOLOMBIANO

Entre la originalidad y la polémica: registran a niña

EXPLICATIVO

Insólito: padres en Colombia habrían nombrado a una niña Chat Yipiti, inspirados en la inteligencia artificial

El hecho ocurrió en una sede de la Registraduría Nacional del Estado Civil, en Cereté, Córdoba.



Bebé fue registrada con el nombre Chat Yipiti Foto: iStock

pulzo.com



VIRALES

Registraduría desmiente que exista un bebé llamado Chat Yipiti, como se especuló

En Cereté, Córdoba, se habría dado el inusual registro que deja ver hasta dónde llega la inteligencia artificial y la

¿Por qué creemos en las noticias falsas?

Durante el 21 y el 22 de noviembre de 2019, en plena pandemia, cundió el pánico: «¡Se están metiendo en el conjunto de al lado...!», circularon los mensajes en grupos de WhatsApp. Las noticias resultaron falsas: una mirada a la arquitectura de la desinformación.

Piense en la última vez que usted creyó en una noticia falsa. Ese momento que, según el dicho de los tiempos que corren, *lo mantiene humilde*. ¿Cuál era el gancho desinformativo? ¿De qué forma le llegó? ¿En dónde la vio? Y, sobre todo, ¿por qué la creyó? Si usted es capaz de hacer ese ejercicio es porque en alguna etapa posterior a consumirla y darle credibilidad tuvo una chispa de lucidez con la que se dio cuenta del error. La tarea de rememorar un evento singular como ese, sin embargo, no es fácil, porque la cantidad de información que recibimos a diario es abrumadora.

Anduve haciendo esas preguntas a grupos de WhatsApp de amigos y me encontré al principio con categorías generales. G. me respondió: «En mi caso, más que una noticia, caí en el voz a voz: que alguien dijo algo y yo le puse peso, pero sin validar la fuente». Luego, Ch. complementó: «Yo creo que en lo que más caí fue en repostear noticias y opiniones que luego me di cuenta de que no eran verdad». Y así siguieron, armando a paso rápido una conversación que se fue complejizando de una manera no deseada por mí. Mi pseudoencuesta investigativa estaba fracasando hasta que de repente apareció J. en otro grupo, quien me recordó un episodio famoso y dio en la diana de lo que yo buscaba. Dijo al rompe: «La de que se estaban metiendo en los apartamentos».

Hablé con J., quien vive en Cali.

–¿Cómo caíste en esa noticia falsa?

–No recuerdo bien. Creo que todo comenzó en redes (Facebook, Instagram, X) y cadenas de WhatsApp.

–¿Con videos?

–Sí, con videos. Estoy tratando de recordar y a uno le llegaban videos terribles. Supuestamente había gente metiéndose en los apartamentos.

–¿Había textos?

–Sí, claro, mensajes de gente avisando que eso estaba pasando.

—¿Viste la noticia en algún lado? No hablo de que te llegara al celular, sino de verla publicada.

—Yo en Instagram sigo cuentas de noticias sobre Cali. No son medios grandes, como Caracol o RCN, sino perfiles de periodistas que montan su medio ahí. Uno les da cierta credibilidad. Una de esas cuentas publicó lo mismo.

—¿Qué cosa?

—Que se estaban metiendo a los apartamentos.

—¿Y qué piensas hoy?

—Yo siento que siempre ha habido *fake news*, pero creo que esa fue la primera vez en que sentí que tuvieron un efecto real. No estábamos vacunados en el tema: fue fácil caer y tener miedo.

Desmenecemos esa, entonces.

El hecho falso, o al menos sin verificación hasta el día de hoy, quedó para la posteridad con la frase: «Se están metiendo al conjunto de al lado», un capítulo de historia colectiva que Colombia vivió en los tiempos de las primeras protestas masivas contra el Gobierno del entonces presidente Iván Duque.

A través de sus cuentas en redes sociales, durante las jornadas nocturnas del 21 y 22 de noviembre de 2019, muchos usuarios publicaron videos de personas corriendo en desbandada dentro de conjuntos residenciales. Así empezó este teatro del terror. Primero en Cali, durante el toque de queda declarado por su administración municipal el día 21. Y luego en Bogotá, que corrió con la misma suerte por decisión de la Alcaldía Distrital el 22. En dos ciudades ocurrió casualmente lo mismo.

Una de las respuestas que hubo en la vida real frente a estos anuncios de personas penetrando la seguridad privada de los grupos de viviendas fue ver a vecinos armados de escobas y bates para gestionar su seguridad propia y la de sus familiares. ¿Por qué?

El autor británico Tom Chatfield, un pensador de la tecnología que ha escrito decenas de libros en la materia, publicó en la BBC un artículo sobre noticias falsas en el que hablaba de un concepto que me parece importante para entender una parte del caso: la información social. Esto es, en sus palabras: «lo que pensamos que otra gente está pensando».

Para explicarlo, propone una suposición: uno está en un teatro y ve que la gente empieza a correr de

forma frenética hacia la salida. ¿Por qué uno correría también, si no hay una amenaza verificable, como un incendio o un terremoto? Por la interpretación social que le damos a que la gente salga despavorida de un lugar. Algo pudo desencadenar esto: una alarma, por ejemplo. O una falsa alarma.

Volviendo a lo nuestro: ¿por qué los vecinos salieron a su operativo de defensa? Porque leyeron en otros el estado de alerta al verlos fuera. ¿Qué lo desencadenó? Nuestra convención informativa: una noticia. Más bien, una falsa noticia. Insisto: hasta hoy, lo único que se sabe de este episodio es que lo que temía la gente que sucediera no se concretó nunca. A las afueras de los edificios, en fin, lo más probable es que hubiera bastado un solo grupo haciendo esto para que la fotografía se multiplicara en varias residencias.

Y hasta aquí podríamos quedarnos con una anécdota curiosa sobre el funcionamiento de la mente humana en colectivo. De hecho, algunos usuarios de X siguen usando el término en forma de meme: «Los aprendices del Sena se están metiendo en los conjuntos». «Los *coffee parties* se están metiendo en los conjuntos».

Pero en todo esto hubo algo más. Algo que es delicado en el entramado de las noticias falsas: su estrategia planificada y su incidencia negativa para la sociedad, que muchas veces tiene consecuencias terribles.

El flujo de *contenido* fue difundido por parte de cuentas desconocidas, pero pronto llegó a una esfera pública mucho mayor. Hija de esta era de redes sociales, la conversación pasó en minutos de ser barrial a convertirse en local, departamental y luego nacional.

Y eso no fue gratuito. Para nada.

En los días previos a las marchas hubo la implantación de una narrativa que apelaba a un viejo miedo de este país: que la insurgencia estaba presente e iba a infiltrar las marchas. Y otra que llamaba a la acción: responder a esa amenaza.

Hubo mensajes que llegaron a las pantallas de los celulares, tipo:

«Recomendaciones contrainsurgentes frente a infiltrados en el paro del 21 de septiembre [de] 2019. En Ecuador y Chile no estaban preparados. En Colombia lo estaremos».

El flujo de contenido fue difundido por parte de cuentas desconocidas, pero pronto llegó a una esfera pública mucho mayor. Hija de esta era de redes sociales, la conversación pasó en minutos de ser barrial a convertirse en local, departamental y luego nacional. Y eso no fue gratuito. Para nada.

p. 20 El medio de comunicación *Pulzo* fabricó el 16 de agosto de 2025 una noticia totalmente falsa: que en Cereté, Córdoba, una familia había registrado a su bebé con el nombre de Chat Yipití. ¿Por qué? Fue una estrategia del medio para generar tráfico en su página web. Como se puede ver en la noticia de *El Tiempo* y *La Nación*, la redacción es la misma. Según la cuenta de X de Camilo Andrés García (@hyperconectado): «No existe forma alguna o un app que pueda determinar si un texto es hecho con IA. Sin embargo, sí se pueden observar patrones». Patrones que, en algunos casos, no son más que la reproducción sistemática de una mentira, elaboradas de forma artificial, firmadas, aparentemente, por personas de la redacción cuyo único trabajo de investigación ha sido solicitar a la IA la reproducción de una historia fabricada.

Por su parte, Jaime Arturo Restrepo, conocido en redes como el Patriota, difundió la idea de armar grupos «antidisturbios» durante el paro.

También voces visibles de la política anunciaron que las marchas estaban financiadas por el Foro de São Paulo.

En la serie documental *Se metieron a los conjuntos*, del medio digital Rutas del Conflicto, que encontré luego de mi conversación con J., quedó evidenciado cómo abundaron estrategias visibles: audios en los que se daban consejos de defensa, testimonios de que ya estaba pasando algo catastrófico en las cercanías y el dominio de unas tendencias en redes sociales: #Vándalos#Venezolanos#Conjuntos#Defendernos#LaPurga. En su cuenta de Facebook, el expresidente Álvaro Uribe Vélez publicó el 23 de noviembre de ese año: «Comunidad de Duitama informa: “Grupo de venezolanos y cubanos promueven el delito en nuestra Duitama”».

En la pieza documental, Rutas nos muestra que el tipo de «sesgo de confirmación», es decir, la interpretación sistemática basada en prejuicios que todos llevamos en la mente, sirvió en este caso para darle credibilidad a algo que no estaba pasando y a su vez para discriminar a una población específica. También, de paso, para deslegitimar las protestas.

Tiempo después, y allí vamos con el tema de las consecuencias terribles, el alcalde de Cali, Jorge Iván Ospina, pidió que los migrantes venezolanos fueran deportados. La noticia fue registrada por varios medios de comunicación en abril de 2021, cuando las protestas retornaron a las calles y se llamaron Paro Nacional o Estallido Social.

Bailen, marionetas

La desinformación política no es un pecadillo ni una inocentada. Casi siempre hay una arquitectura detrás: unos equipos que mapean las redes, las invaden y las manipulan.

Para escribir esto, me senté a leer *El libro negro del contraste digital*, de Andrés Elías, un ecuatoriano especialista en *marketing* político. Cuando él habla del término «contraste digital» se refiere en realidad a «guerra sucia». Su texto es una especie de manual en el que va reseñando técnicas para desarrollar campañas políticas: de lo éticamente válido (que él dice que defiende) a estrategias espurias (que dice que rechaza, pero que documenta).

Un párrafo llamó mi atención: «El tener un equipo multidisciplinario es fundamental para los propósitos. Desde un *trafficker* que se encargue de pautar en las plataformas más importantes, hasta un diseñador muy creativo y ocurrente que ayuda a crear animaciones, *gifs*, diseños, memes; también un periodista que ayuda a elaborar las notas falsas».

Hablé con él.

Elías voltea las costuras: reseña fórmulas y estrategias con unas maneras pausadas y elocuentes de buen profesor.

Para fabricar una narrativa, me dice, debe haber un grupo que se mueva con coordinación de reloj suizo. Hay que instalar los temas, profundizarlos, acentuar un estado de crisis y generar opinión. Si X es fuerte en ese sentido, continúa, pues se usa X. Lo más importante es que esta narrativa llegue al círculo rojo.

—¿El círculo rojo? ¿Qué es eso?

—Es toda la clase informada de un país: periodistas, políticos, escritores. El círculo rojo está leyendo estas noticias en X y sienten que ese es el ritmo de la opinión pública, entonces empiezan a escribir de eso, empiezan a instalar, sin darse cuenta, la narrativa que los *troll farms*, las bodegas, tratan de instalar.

Piense en esto ahora: ¿usted ha seguido el *ritmo de la opinión pública* alguna vez? ¿De dónde vino el tema? ¿De un político, de un medio de comunicación o de un pulso o una batalla que parece *orgánica*?

En la conversación con Elías salió el término de bodegas, tan de moda por estos días. Como sé que no puede tratarse de cualquier opinión más o menos generalizada que haya en contra de alguien, sino de una operación mucho más sofisticada, impuesta adrede, quise saber un elemento diferencial, más allá de las tecnologías que se usan para, qué sé yo, abrir muchas sesiones en un mismo computador o crear varios perfiles sin que la red social lo note.

—Esto no tiene sentido si no hay una cabeza que lo dirija. Es una persona que define el mensaje y la narrativa.

No somos ajenos a esto, ha sido documentado. En septiembre de 2019, por ejemplo, Claudia Bustamante, cónsul del Gobierno de Iván Duque, creó un grupo de WhatsApp con ochenta y ocho integrantes. Uno de ellos, el segundo administrador, era Víctor Muñoz, alto consejero presidencial. De moderador estaba Juan Pablo Bieri, exgerente de RTVC, quien había salido del cargo luego de que La Liga Contra el Silencio, el mismo medio que descubrió en un artículo a esta «bodeguita», lo denunciara por censura.

¿Qué resultados tuvo el grupo de WhatsApp? La Liga afirma que, por ejemplo, para septiembre de ese año hicieron tendencia en Bogotá y Colombia la frase sugerida por Muñoz #LosTestaferrosDeSantos, que provenía de una columna de la entonces periodista Vicky Dávila. «Sin crecerla a ella [a Dávila]

La desinformación política no es un pecadillo ni una inocentada. Casi siempre hay una arquitectura detrás: unos equipos que mapean las redes, las invaden y las manipulan.

—advertía Muñoz—, debemos mover el tema de esta grabación». El contexto es una transcripción entre Andrés Sanmiguel, dueño de una empresa llamada Gistic, y Esteban Moreno, quien supuestamente cobró un dinero de la multinacional Odebrecht para la campaña en 2014 de Juan Manuel Santos. «Ya estamos entre las 10 tendencias», dijo al otro día Muñoz en el chat.

Pero bueno. Hasta aquí queda ejemplificada una estrategia para impulsar una narrativa, pero no para hacer pasar por verdadera una noticia falsa. A pesar de que el método pueda ser similar, la intención y el contenido son distintos.

Así que me pregunto: ¿cuáles noticias han sido falsas en la historia de Colombia? ¿Qué mentiras se han instalado en la conciencia del país? La Silla Vacía, en uno de sus especiales de celebración de quince años, reseñó siete mitos. Entre ellos, la ideología de género supuestamente presente en los Acuerdos de La Habana que firmaron el Gobierno de Juan Manuel Santos y la exguerrilla de las FARC.

¿Lo recuerdan? ¿Cayeron en él?

Me fui a las entrañas de X, entonces Twitter, para recoger algunos tuits de cuentas curiosas. @Luzesperanzay publicó en septiembre 9 de 2016 (las votaciones para el plebiscito referendatorio fueron en octubre de ese año): «La pequeña María volverá a ser abusada. Por culpa de la ideología de género de Santos-FARC». Otro. @Kkarinnna77, 30 de septiembre de 2016: «RT: (Alerta) ideología de género en los acuerdos con las FARC». Esta última cuenta puso al menos veinte veces lo mismo. El enunciado es complementado por un video, pero no está disponible hoy.

Sin embargo, hay otros videos que sí pude encontrar. Como el de la cuenta CitizenGO, publicado el 21 de septiembre de 2016, en la que un hombre de gafas oscuras dice esto: «¿Qué tiene que ver la ideología de género con los Acuerdos de Paz de La Habana? Si leíste las 297 páginas sabrás que ahí te hablan de promoción del enfoque de género. No solamente del socialismo del siglo XXI. Pero es que una cosa es una cosa y otra cosa es que a través de ese discurso nos metan la ideología de género y expongan a nuestros hijos y a nuestras hijas a esto:».

Ahí muestra una frase sin contexto de Humberto de la Calle, por entonces líder de la Delegación del Gobierno en las negociaciones, en la que se le ve leyendo: «No se nace mujer, se llega a serlo». Sin embargo, el discurso de De la Calle apuntaba, en sus propias palabras, a «la vinculación del enfoque de género con la paz en Colombia», algo que nada tenía que ver con menores de edad.

No solo fue esta cuenta. El 23 de septiembre de 2016, el exprocurador Alejandro Ordóñez dijo: «El Gobierno y las FARC quieren que la ideología de género quede como norma constitucional». El 15 de septiembre, Marco Fidel Ramírez, exconcejal de Bogotá, dijo: «Nos llevan de narices en Colombia hacia una peligrosa dictadura homosexual».

¿Cómo olvidar, a estas alturas, la entrevista reveladora que le dio Juan Carlos Vélez Uribe, por esa época gerente de la Campaña del No, al diario *La República*, días después de que se hubiera votado negativamente a los acuerdos? La frase que caló fue: «Buscábamos que la gente saliera a votar berraca». Sin embargo, hay una más reveladora, de unos asesores que le dijeron: «Ellos van a apelar a la esperanza, ustedes tienen que apelar a la indignación».

Vuelvo al estratega Andrés Elías. Las bodegas, bajo una guía, saben leer muy bien el momento: lo hacen a través de un término comunicacional que es el del «encuadre». Es decir, decodifican la realidad según los prejuicios de la gente. Volvemos, entonces, al sesgo de confirmación, que en este caso, como en el de los conjuntos residenciales, también fue discriminatorio: «Si se ajusta a lo que la persona siente, la persona va a darle credibilidad a la desinformación. Lo que hacen las bodegas es acentuar el prejuicio de las personas».

El caso es que el relato de la ideología, así como el de los conjuntos, o el que recuerde usted, se multiplicó. Pilar Sáenz, coordinadora de la línea de Participación Cívica en Fundación Karisma, me dijo que la campaña del plebiscito fue la primera en que se notó un volumen diciente de este tipo de noticias. Y también, que «fue la primera vez que nos enfrentamos públicamente a un tema que ahora es paisaje y es la facilidad con la que se diseminan mensajes a través de WhatsApp. En ese momento no estaba muy bien rastreado y era difícil ver cómo funcionaba. Y sigue siendo difícil de entender».

Que muchas personas vean algo muchas veces incide en la veracidad que le puedan otorgar. Se llama «sesgo de la verdad ilusoria». No es nuevo: desde 1970 hay estudios científicos que la demuestran. En ellos, piden a los participantes que digan si una afirmación trivial es verdad o mentira. Los dejan ir unas semanas y luego los vuelven a llevar, cambiando solo algunas de esas afirmaciones: la tendencia sugiere que las repetidas suelen entenderse como verdaderas. Gord Pennycook, un psicólogo de Yale que estudia la desinformación, lo prueba en su estudio *La exposición previa a las noticias falsas aumenta la precisión percibida de ellas*. El experimento lo hizo con titulares de Facebook, tipo: «El matrimonio de Mike Pence se salvó gracias a la terapia de conversión gay». Lo creyeron.

No siempre es algo ridículo. A veces la apuesta es meter la noticia en el debate con un contenido más elaborado. En abril de 2018 circuló por mensajes de

WhatsApp y publicaciones en redes sociales que el entonces candidato Iván Duque había propuesto eliminar la «sustitución pensional», un derecho de las parejas o los hijos menores de veinticinco años a heredar la mesada de los pensionados.

En el informe *La política en WhatsApp es dinámica*, escrito por Carlos Cortés y José Luis Peñarredonda para la organización Linterna Verde, hacen la radiografía de esa noticia: una campaña rival a la de Duque se enteró de que ese chisme, que no era verdad, estaba circulando por ahí y lo convirtieron en una burda imagen mal escrita y escandalosa. Una testigo de la conversación, les comentó: «Alguien dijo que había revisado esa “cadena” y que era falsa. Pero algunos dijeron que igual había que capitalizar el rumor. Entonces le pusimos contexto, le metimos declaraciones de Uribe, la mejoramos y le dimos un hilo narrativo».

No sé si lo sepa esa persona o no, o hayan mezclado una maraña de mentiras con otra, o crea que juntó verdad con falsedad, pero las «declaraciones de Uribe» a las que se refiere son falsas también: por esa época circuló que el entonces senador del Centro Democrático había dicho que debía aumentarse la edad de pensión de las mujeres. No era cierto.

Para el efecto deseado, no importa. Las noticias falsas son, también, como les confiesa una fuente del informe a los autores, un distractor que descoloca al afectado y lo pone a hacer una pausa en su campaña para desmentir de lo que se le acusa.

Una de las piezas tiene fondo naranja y la imagen de la campaña «Duque Presidente» con un letrero en mayúsculas al lado que dice «propuesta de gobierno: eliminar sustitución pensional». Una estética propia de esa época.

¿Cuándo fue la última vez que usted creyó en una noticia falsa?

T., de mi grupo de WhatsApp, cuando ya había escrito todo esto hasta acá, me dijo oportunamente: «Que Miguel Uribe estaba muerto».

La presentación de la noticia vino a través de una copia exacta de los comunicados de la Clínica

Santa Fe, lugar al que fue llevado el precandidato Miguel Uribe Turbay después del atentado contra su vida. No es esta vez un titular escandaloso o unas imágenes mal hechas en una presentación de PowerPoint, sino una foto membreada que dice: «Ha fallecido en horas recientes pese a la implementación de todas las medidas terapéuticas disponibles».

Aunque desmentido en poco tiempo, luce también como un calentamiento previo a una campaña que tendrá, aparte, como juguete nuevo, el desarrollo tecnológico de la inteligencia artificial, que corregirá estéticas y reducirá tiempos de trabajo.

Apenas comenzamos.

Se han desarrollado tres términos en inglés para clasificar la desinformación. La que no es creada con intención de hacer daño se llama *misinformation*. La que se fabrica con la intención de engañar, hacer daño o manipular, *disinformation*. Y la que está basada en hechos reales, pero usada fuera de contexto para las mismas tres razones, *malinformation*. Es posible que en nuestro recorrido vital hayamos caído en alguna de ellas. O en todas.

¿Por qué? Vuelvo a J., quien me dijo acertadamente que las noticias falsas siempre han existido. Y sí: mitos más viejos de este siglo, como que Michael Jackson asistió a su propio funeral, o que la tierra es plana y la NASA nos miente, nos han acompañado a lo largo de los años. Estamos en la era en que internet permite y alienta que las personas le den importancia a un tema de manera sistemática, que el algoritmo de la atención nos lo envuelva y nos lo mande de manera despiadada en mensajes, videos y publicaciones de todo tipo. También existen foros de conversaciones, privadas o públicas, en los que un hecho se repite y repite hasta la saciedad, adornado con discursos que coinciden con los prejuicios que llevamos en la cabeza. Todo en un tono conspiranoico que pretende ir en contra de un poder que, establecido o no, quisiéramos que no exista más.

Nos gusta. Y, por eso mismo, nos manipula.

Nota de GACETA: cuando se escribió este texto, el congresista Miguel Uribe Turbay permanecía en estado de coma en la Fundación Santa Fe tras el atentado en su contra. Sin embargo, antes del cierre de este número, murió, a pesar de los esfuerzos médicos, el 11 de agosto de 2025.



Burbujismo

La historia de las burbujas y el clímax de la personalización que representan ciertas aplicaciones de la IA nos interpelan sobre cómo producimos conocimiento en nuestra era, y revelan la ingenuidad del «tecnosolucionismo» que las grandes compañías pregonan. Los avances técnicos por sí solos no resuelven todos los problemas.

A menudo nos desinhibimos frente a las pantallas. Sentimos que el *feed* es algo íntimo y que, mientras *escroleamos*, estamos menos expuestos que cuando vamos por la calle. Estar en nuestra plataforma preferida se siente como un viaje al interior, una conversación genuinamente propia en la que aparecen los temas de nuestro interés sin importar lo incoherentes que pueden llegar a ser entre ellos.

Nuestro *feed* se siente auténtico, libre de presiones, en él es fácil reaccionar y nos lleva a donde queremos ir antes de que nosotros mismos lo sepamos. Formamos con nuestros algoritmos de recomendación un vínculo emocional y les enseñamos lo que necesitan para devolvernos una gratificación rápida. Casi olvidamos que el rastro que vamos dejando es almacenado y procesado según los intereses de corporaciones transnacionales.

Tanta comodidad y fluidez casi enmascaran la invasión a la privacidad, el aislamiento social y la explotación de vulnerabilidades que sostienen los negocios digitales. «Ahora los procesos automatizados llevados a cabo por máquinas no solo conocen nuestra conducta, sino que también moldean nuestros comportamientos en igual medida», sentenció Shoshana Zuboff en su libro *La era del capitalismo de vigilancia*.

El término *burbuja* ha crecido en popularidad en los últimos años. En las conversaciones más cotidianas solemos usarlo para señalar el peligro de manipulación que alguien corre en internet. Por ejemplo, la serie británica *Adolescencia* que se lanzó en Netflix en marzo pasado nos puso a hablar sobre la «manosfera»: una burbuja de contenido en línea en la que hombres heterosexuales promueven un tipo de masculinidad hostil hacia las mujeres, supuestamente como respuesta al feminismo. La serie representó cómo la exposición sostenida a este tipo de contenido puede radicalizar a los usuarios, especialmente jóvenes, al punto de identificarse como *íncels* (*involuntary celibates* o célibes

involuntarios), desarrollar misoginia e, incluso, cometer feminicidio.

A pesar de que *Adolescencia* es una serie de ficción, la manófera sí existe y su impacto resonó en la cabeza de los cuidadores de menores de edad en buena parte del mundo, quienes empezaron a averiguar más sobre las burbujas de filtro en prensa y redes sociales. Sin embargo, las burbujas no solo están presentes en contextos sórdidos como este, de hecho, desde 2009 son inherentes a nuestras búsquedas en internet.

Personalizar el conocimiento universal

Ed Finn, en *La búsqueda del algoritmo*, detalla cómo Google, en su aspiración por organizar todo el conocimiento universal, desarrolló PageRank, un algoritmo que podía localizar toda la información en línea y jerarquizarla en sus resultados atendiendo a criterios propios de la compañía. Entre las variables para que una publicación apareciera más arriba o más abajo del índice de Google se incluyó, desde muy temprano, la popularidad del contenido.

El buscador era la enciclopedia definitiva, ahora con fuentes de distintos países e idiomas, información de la prensa y contenidos que los mismos usuarios empezaron a publicar a través de blogs, Wikipedia o las primeras redes sociales. Pero la empresa de Silicon Valley hizo un cambio drástico en 2009: los resultados de las búsquedas ya no se listarían en el mismo orden según el tema, sino que se generarían de manera personalizada para cada usuario.

Esto fue posible gracias a los avances del *machine learning* (aprendizaje automático): algoritmos capaces de analizar en segundos nuestra vida digital, hallar patrones y predecir lo que queremos encontrar con los términos de búsqueda que les entregamos. Así, deciden probabilísticamente el orden de los resultados de cualquier consulta según nuestros datos históricos y perfil, haciendo que cuando dos personas buscamos las mismas palabras obtengamos respuestas diferentes.

Fue ahí cuando Eli Pariser acuñó el concepto «burbujas de filtro», que aún causa controversia entre los estudiosos de la comunicación. Sobre ellas escribió: «Las máquinas pronosticadoras crean y refinan

continuamente una teoría sobre su personalidad y predicen lo siguiente que usted querrá hacer. Juntas, estas máquinas crean un universo único de información para cada uno de nosotros».

Cristina Vélez Vieira es investigadora de ecosistemas digitales, becaria 2024-2025 del Laboratorio de Sociedad Civil Digital (DCSL) del Centro de Filantropía y Sociedad Civil de Stanford (Stanford PACS) y ha liderado varias investigaciones en Colombia. Para ella, el libro de Pariser fue muy interesante porque puso sobre la mesa que «existen unas nuevas tecnologías que de acuerdo con lo que tú consumes, con tu dieta informativa, te dan más de eso y te muestran menos de algunas otras cosas».

Si antes había preocupación porque el acceso a la información no estuviera mediado por sus cualidades inherentes sino en función de su popularidad, ahora el peligro eran los sesgos de la propia personalidad individual y se extendían tanto al buscador como a las plataformas de redes sociales o, incluso, a las noticias.

El *machine learning* aceleró la entonces creciente industria de la minería de datos. Esta consiste en aplicar principios de estadística avanzada para clasificar y predecir comportamientos a partir de una enorme cantidad de datos históricos. Así, los rastros que dejamos en sitios web y aplicaciones se convirtieron en materia prima para producir conocimiento y riqueza: permiten a los anunciantes individualizar clientes potenciales y alcanzarlos con anuncios personalizados y mucho más eficaces. El filtro burbuja desarrolla la lógica del *marketing* digital.

Víctor García Perdomo, director del Doctorado en Comunicación de la Universidad de la Sabana, destaca la utilidad de estos algoritmos a la hora, por ejemplo, de recomendarnos libros, productos y servicios que de otra manera nos tardaríamos mucho tiempo en encontrar o, siquiera, en saber que existen. «La dificultad radica», ahonda el docente, «cuando las compañías toman información y la utilizan para enviar mensajes que atacan vulnerabilidades o miedos de las personas en aspectos relacionados con la salud, la economía, la política».

Esto es así porque no solo la publicidad triunfa en el flujo de información personalizada: usando el aprendizaje automatizado, basado en nuestra forma de consumo, casi cualquier mensaje puede ser «optimizado» para conseguir una audiencia considerable.

Si bien muchos de los casos más famosos sobre los impactos negativos de los filtros burbuja se suscriben al mundo de la política, como la manipulación psicológica de Cambridge Analítica a votantes indecisos para la primera campaña presidencial de Donald Trump, o las operaciones coordinadas para promover el «no» al plebiscito por la paz de Colombia en 2016, la cotidianidad nos señala que ese no es para nada el único caso en el que exponerse sostenidamente a un

Si antes había preocupación porque el acceso a la información no estuviera mediado por sus cualidades inherentes sino en función de su popularidad, ahora el peligro eran los sesgos de la propia personalidad individual y se extendían tanto al buscador como a las plataformas de redes sociales o, incluso, a las noticias.

entorno de contenido homogéneo tiene consecuencias graves.

«Hay una burbuja de la gente que se cree *fit* —explica la investigadora Vélez Vieira—, y en esa burbuja se meten muchísimas teorías de conspiración frente a dietas, cómo combatir la diabetes y un montón de opiniones que empiezan a juntarse si tú básicamente no dejas entrar aire a ese cuarto». Las repercusiones de quedarse en ese espacio por un tiempo pueden ser que «empiezas a generar problemas graves de alimentación [...] te lleva a la anorexia, a la bulimia, a creencias que no están vinculadas a mecanismos de certificación científica», detalla la investigadora.

Las «cámaras de eco» surgieron también como una forma de nombrar cierto ámbito digital filtrado alrededor de una opinión, gusto o posición ideológicamente cómoda para un usuario. En ellas no hay espacio para cuestionar la información recibida porque la comunicación sucede solamente entre personas que piensan de manera similar.

Sobre este tipo de filtros más extremos, el profesor García Perdomo explica: «Dependiendo de la extensión de la red [la plataforma], las personas pueden estar expuestas a ideas que no necesariamente comparten». Sin embargo, en ambientes más cerrados, como chats o grupos privados, «las personas se sienten más cómodas corroborando sus valores, creencias y opiniones».

La investigadora Vélez Vieira, por su lado, agrega que «el diseño y la arquitectura [de las plataformas] tienen un rol en las burbujas de filtro, pero también las personas buscamos ciertas dietas de información voluntariamente para seguir creyendo lo que creemos».

Conectarse para aislarse

A principios de 2025, Colombia tenía 41,1 millones de usuarios de internet (77 % de la población) y 36.8 millones de cuentas activas en redes sociales, según el Digital 2025: Global Overview Report de We Are Social y Meltwater. Es decir que tres cuartos de la población colombiana estábamos en línea y un poco menos de esa cantidad *escroleábamos* con cierta frecuencia el *feed* de nuestra aplicación de redes sociales favorita.

Para que dimensionemos estos números, solo las cuentas de redes sociales triplican la cantidad de votos que eligieron al actual presidente de la república, en los comicios de mayor participación en los últimos veinticuatro años, según la Registraduría General de la Nación. ¿Qué tan filtradas estarán las dietas informativas de esta cantidad de personas? y ¿por qué es importante hablar de eso?

El Digital News Report de la Thomson Reuters Foundation investiga el consumo de información en cuarenta y ocho países. Sus resultados de 2025 para Colombia indican que la confianza en las noticias cayó al 32 %, el punto más bajo desde que inició la

medición. Al preguntar qué plataformas usamos específicamente para informarnos, Facebook conserva la delantera (47 %), seguida de WhatsApp (35 %), YouTube (34 %) e Instagram (28 %). Al final de la lista están, sin embargo, las únicas que crecieron en esta materia con respecto a 2024: TikTok (27 %, creció un 5 %) y X (13 %, creció un 1 %).

Además, en la presentación de los hallazgos de este reporte que hizo la investigadora Amy Ross Arguedas en la última edición del Festival Gabo de periodismo Iberoamericano, describió que hay un «ecosistema emergente alternativo» que algunas audiencias prefieren cada vez más para informarse. No se trata, sin embargo, de medios de comunicación independientes o alternativos. Este nuevo ecosistema se compone de *youtubers* e *influencers*.

El profesor García Perdomo expresa su preocupación por un aspecto que este y otros estudios en los que participa evidencian: que cada vez más personas estamos escapando activamente de la información noticiosa porque nos sentimos saturadas, no confiamos en la veracidad de las historias o nos provocan un estado de ánimo negativo.

«Hay un gran reto para evitar que las personas sigan evadiendo la información y escondiéndose de lo que ocurre dentro de sus contextos —dice el profesor—, porque nada peor que cuando las personas no están correctamente informadas, porque no toman decisiones correctas desde el punto de vista político, desde el punto de vista social».

¿Por qué estamos evadiendo las noticias de fuentes informativas y, a la vez, nos informamos cada vez más por opinadores y creadores de contenido?, ¿esto tiene que ver con los filtros en línea? La investigadora Vélez Vieira sentencia: «Yo creo que el tema de las burbujas no se puede ver sin entender también lo que se llama la crisis epistémica».

Se refiere a que, en la actualidad, cuando la información es técnicamente accesible para cualquier persona con un *smartphone*, hemos olvidado que esta siempre llega a nosotros mediada. Alguien la interpretó primero y, por eso, requiere una validación de parte de una fuente confiable. Estas fuentes confiables eran autoridades epistémicas, allí entraban por ejemplo los científicos, la prensa, las agremiaciones médicas, líderes religiosos y demás.

Para muchas personas, sin embargo, la facilidad del acceso a la información que trajo internet significó un cambio en esa cultura de la verificación por una del «hazlo tú mismo». Si yo puedo acceder a la

¿Por qué estamos evadiendo las noticias de fuentes informativas y, a la vez, nos informamos cada vez más por opinadores y creadores de contenido?, ¿esto tiene que ver con los filtros en línea?

información directamente en mi celular, no hace falta consultar a una fuente de confianza para validarla. Sentimos que eliminamos un intermediario, pero, en realidad, siempre hay un intermediario. Lo que perdimos fue la necesidad de verificar.

Los reportes indican que cada vez buscamos menos información en línea, que nos enteramos de algunas cosas, no por las fuentes oficiales sino por *youtubers* o *influencers* que aparecen en nuestros *feeds* personalizados. Si son ellos las nuevas autoridades epistémicas, lo que perdimos fue el consenso alrededor de ciertas ideas que antes nos aglutinaban, lo público, por ejemplo. Esto porque, aunque los creadores puedan ser más o menos rigurosos, tienen en común que se especializan en un tema: fragmentan la conversación.

Esta cualidad de dirigirse a un «nicho» con un interés específico es lo que permite que podamos pasar un largo tiempo viendo contenidos distintos sin variar sustancialmente el mensaje o, por lo menos, sin toparnos con algo que nos resulte incómodo. Y no necesariamente es porque el creador intente manipularnos, es la forma en la que la lógica algorítmica modificó la producción de información, como lo explica Ed Finn: «Nuestra cada vez mayor dependencia itinerante de las cajas negras de Facebook, Google, Apple y de otras corporaciones tecnológicas está abocando a un enorme espectro del dominio cultural a producir un trabajo optimizado para esos sistemas, creando el equivalente estético de los monocultivos».

Zygmunt Bauman, reconocido sociólogo y filósofo, dedicó una parte importante de su pensamiento a analizar las transformaciones humanas y sociales que trajo la tecnología. En el libro *Generación líquida: transformaciones en la era 3.0* se recoge una conversación con un periodista en la que Bauman afirma que internet «se ha empleado muchísimo más para construirse un refugio que para derribar muros y abrir ventanas; para reservarse una zona de confort exclusiva, lejos de la confusión del mundo caótico y desordenado de la vida, y de los retos que este plantea al intelecto y a la tranquilidad del espíritu».

«En vez de servir a la causa de aumentar la cantidad y mejorar la calidad de la integración humana, de la comprensión mutua, la cooperación y la solidaridad, la red ha facilitado prácticas de aislamiento (*enclosure*), separación, exclusión, enemistad y conflictividad», remata.

Refugio, confort, tranquilidad del espíritu, aislamiento. Quizás es hora de asumir que la burbuja nos seduce más de lo que nos escandaliza. Hay algo en seguir

una recomendación automatizada que nos exime de la responsabilidad inherente a la libertad. Somos omnívoros con una dieta voluntariamente especializada y nuestro estado mental, vulnerable ante la manipulación, es reflejo de esa malnutrición.

No solo es el caso de Colombia. En el último informe de riesgos globales del Foro Económico Mundial se alerta que «la desinformación y la información falsa siguen siendo los principales riesgos a corto plazo por segundo año consecutivo, lo que subraya su persistente amenaza para la cohesión social y la gobernanza, al erosionar la confianza y exacerbar las divisiones dentro y entre las naciones».

Del *feed* al bot

El desarrollo tecnológico no se detuvo en los algoritmos de *machine learning*. Actualmente interactuamos con modelos de *deep learning* (aprendizaje profundo), que conocemos como inteligencia artificial (IA).

Algunas aplicaciones de este tipo han llegado a nosotros en forma de chatbots como Chat-GPT, Gemini, Meta AI, Claude y demás. Estos modelos son extremadamente complejos y no son explicables, es decir, no podemos trazar el camino paso por paso para entender por qué dieron una respuesta específica. Aun así, por ahora, se pueden entender como una evolución de la búsqueda, del acceso al conocimiento.

De manera muy general, cada interacción con un chatbot desencadena un proceso de asociación que no retorna una lista de fuentes ni un contenido recomendado, sino un resumen en lenguaje coloquial. ¿Cómo lo hace? Es complicado, pero sabemos que analiza cada premisa que le damos teniendo en cuenta aspectos como su contenido, tono y contexto y las asocia con patrones que construyó durante su entrenamiento viendo millones de conversaciones entre personas. De esa manera, infiere que para una premisa escueta como «hola» lo que espera el usuario es un saludo de vuelta.

No comprende para responder, crea asociaciones con nuestra premisa y predice lo que debería responder en cada caso. El objetivo siempre es el mismo: generar una respuesta coherente.

Qué tan correctas son sus respuestas es otra cosa y depende de diversos factores como la cantidad y calidad de datos con los que se entrenó, si tiene una indicación invisible (de la compañía o la plataforma, por ejemplo), la premisa que nosotros le demos, entre otros.

A pesar de que estos grandes modelos de lenguaje son generalistas, un estudio de Marc Zao-Sanders, publicado en *Harvard Business Review*, encontró que el principal uso que les estamos dando es como «terapia/acompañamiento», seguido de «organizar mi vida» y «encontrar un propósito».

Estas son las más recientes autoridades epistémicas para una gran cantidad de personas. El riesgo

Las burbujas, al igual que la mediación de la información, no desaparecen con los chatbots de IA. Lo que sí podemos perder aún más es la capacidad de identificarlas.

está en lo que señalaba el académico García Perdomo: en los espacios cerrados nos sentimos en confianza de expresar posiciones extremas y somos más vulnerables a radicalizar nuestras posturas cuando otros las validan ahí.

Estas IA no están hechas para contradecir, sino para predecir lo que queremos saber y mantenernos en la conversación.

«Por lo menos las burbujas, cuando estaban en el debate público, eran visibles –alerta la investigadora Véz Véz–, pero ahora estamos en un punto en el que básicamente nadie ve lo que hacemos con el chatbot».

Las burbujas, al igual que la mediación de la información, no desaparecen con los chatbots de IA. Lo que sí podemos perder aún más es la capacidad de identificarlas.

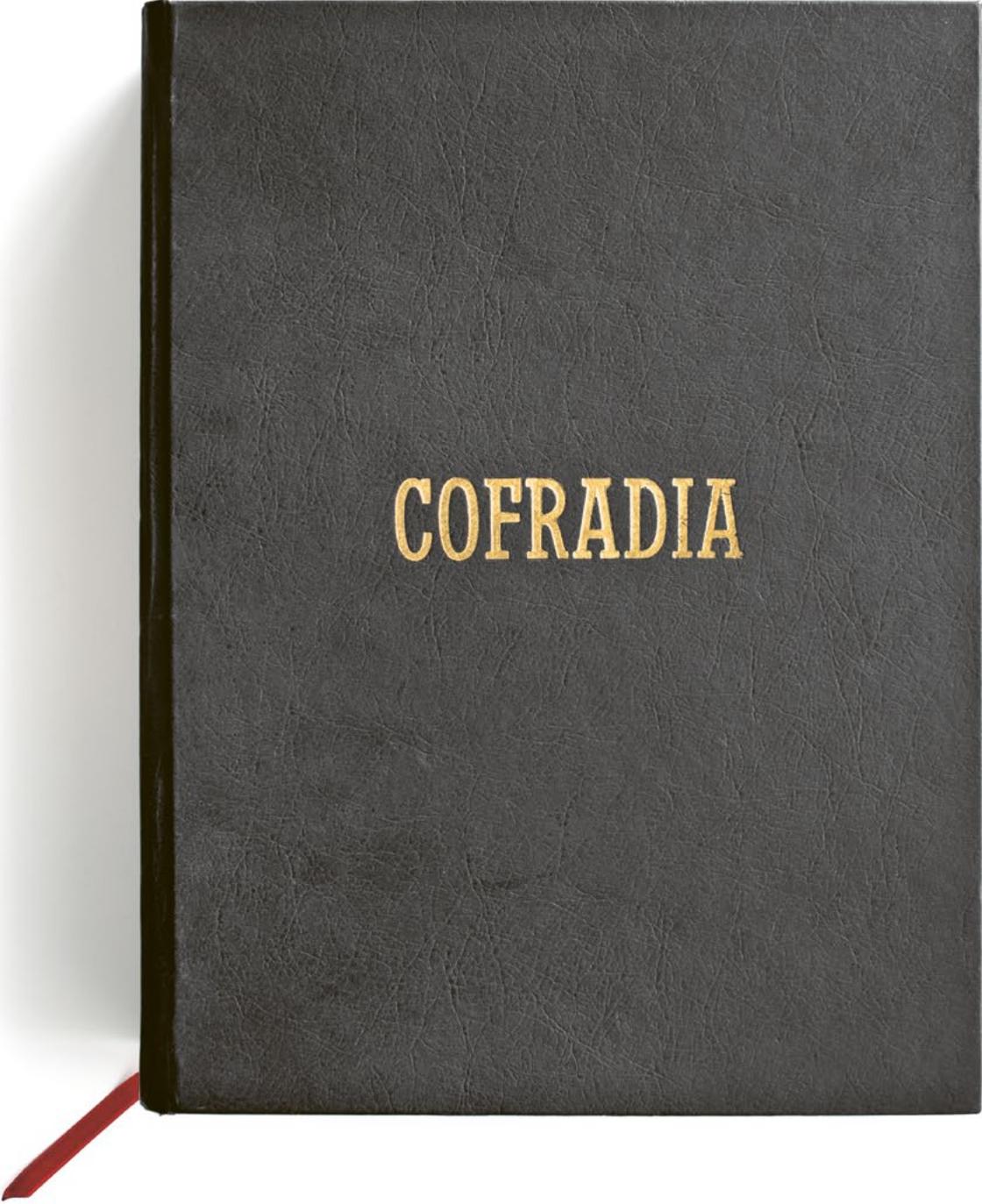
«Por mucho tiempo ha habido una percepción de que el trabajo hecho por la IA o por algoritmos es más objetivo, neutro o más justo, pero esto no es así»,

escribe Gabriela Arriagada Bruneau, investigadora del Centro Nacional de Inteligencia Artificial de Chile (Cenia) en su libro *Los sesgos del algoritmo*. «La IA es falible y puede cometer errores porque carece de autocritica, no puede justificar sus decisiones, sigue dependiendo de los seres humanos y es nuestra labor estar pendientes de cómo está impactando nuestro contexto», detalla en el texto.

La respuesta no es el miedo ni la vuelta al mundo analógico, sino desarrollar anticuerpos: no hay ninguna tecnología, por más cómoda y fluida que se sienta, que nos exima de la responsabilidad de interpretar, del trabajo de cuestionar y verificar el conocimiento, del desafío emocional e intelectual que es vivir en sociedad. Arriagada lo explicó mejor en este aparte: «Aunque hemos llegado a niveles de procesamiento cada vez más poderosos, no debemos olvidar que la IA, por sí sola, no significa algo. Nosotros la significamos».

p. 26 Constantemente «deslizamos» en las redes sociales, damos like y compartimos, muy rápido se hace evidente lo fácil que es quedar atrapados en este ciclo. Esta trotadora, intervenida por el artista español **Octavi Serra** y el artista serbio **Vladan Joler** remite a la inercia del *infinite scroll*, que alimenta las bases de datos de multinacionales con nuestro «desplazamiento» e interacción. La obra simboliza el ciclo repetitivo y rítmico en el que nos encontramos no solo como trabajadores y consumidores, sino también como materia prima que mantiene vivo al sistema.

COFRADIA



Manosfera

Una de las subculturas digitales en la que circula más información es la llamada «manosfera»: comunidades de hombres entre los que corren, de forma descontrolada, opiniones misóginas, amenazas y violaciones a la intimidad. ¿De qué manera esta información comienza a perfilar nuevas masculinidades en generaciones nativas digitalmente?

Adolescencia

En marzo de este año, miles de personas alrededor del mundo escucharon por primera vez los términos *manosfera*, *íncel*, *píldora roja*, *regla del 80/20*, o el nombre del influenciador misógino Andrew Tate. Estas fueron algunas de las palabras asociadas a la jerga de la manosfera (del inglés *manosphere*), mencionadas en la exitosa miniserie británica *Adolescencia*, cuyo estreno, el pasado 13 de marzo, causó una gran conmoción, convirtiéndose rápidamente en la segunda serie en inglés más vista en la historia de Netflix.

El éxito de esta miniserie, de tan solo cuatro episodios, no solo se explica por la estrategia promocional de Netflix, los impresionantes planos secuencia, la impecable calidad de su guion o las excelentes actuaciones de sus protagonistas, sino por los debates y las reflexiones que plantea en torno a la búsqueda de la identidad, las desigualdades de género, la masculinidad tóxica, la radicalización de los adolescentes, el uso de las redes sociales, entre otros temas que los guionistas lograron entrelazar de manera magistral.

Desde el primer episodio, sabemos que Jamie Miller, un adolescente de trece años, es acusado de asesinar a Katie, una de sus compañeras de clase. Lo que no sabemos es por qué lo hizo. Uno de los propósitos de la serie es mostrar, precisamente, que no hay un único motivo, y lo hace ofreciéndonos una descripción del entorno de Jamie: las relaciones familiares, el colegio disfuncional que frecuentaba y una conversación con su terapeuta. Acompañamos las repercusiones de este crimen desde la perspectiva de los actores que rodean a Jamie. Por esto, cada uno de los episodios refuerza la idea de que el asesinato no se puede explicar a partir de un único factor; de que la realidad es mucho más compleja de lo que uno quisiera a veces creer, y que Jamie no parece ser el único culpable.

Sin embargo, se percibe un telón de fondo: la inseguridad propia de la adolescencia exacerbada por

las redes sociales. Jamie es un joven con una muy baja autoestima; quien, además, es rechazado por sus compañeras, en particular por Katie, que lo acusa de ser un íncel. Este acrónimo de *involuntary celibate* —célibe involuntario—, es un movimiento o subcultura virtual que considera que la incapacidad de algunos jóvenes para establecer relaciones y tener experiencias románticas o sexuales con las mujeres no es culpa de ellos, sino de las mujeres. En vez de buscar comprender las raíces de su soledad o del rechazo, prefieren creer que las mujeres son sus enemigas, hasta el punto de asesinarlas, como lo retrata la producción. Y es que la miniserie, a pesar de estar recreando un caso ficticio, sí está basada en varios hechos reales de miembros de la comunidad íncel, cuyos discursos de odio salieron de la virtualidad y se convirtieron en crímenes, como el caso de Elliot Rodger, un joven de veintidós años que, en 2014, asesinó a seis personas y se suicidó dejando un manifiesto en el que expresaba su odio hacia las mujeres. O el de Alek Minassian, quien, en 2018, atropelló a un grupo de peatones en Toronto y dejó un mensaje haciendo alusión a la «Rebelión íncel» y elogiando a Rodger. Hoy cumple cadena perpetua.

Los ínceles son hombres inseguros que no saben cómo expresarse ni relacionarse con las mujeres, por esto, la manosfera se convierte para ellos en un espacio donde pueden canalizar sus ansiedades y hablar libremente sin que nadie los juzgue.

El objetivo de la miniserie no es profundizar en esos debates, sino plantearlos. Cabe a las personas interesadas en estos asuntos explicar el origen de este fenómeno y entender por qué las nuevas generaciones, en especial los hombres, insisten en radicalizarse. Y, sobre todo, ¿qué hacer para cambiar esta tendencia?

Los antecedentes de la manosfera

La comunidad íncel es una de las cuatro subculturas digitales más importantes de la manosfera, ese conglomerado de comunidades digitales unidas por su interés común en la masculinidad y su supuesta crisis. Estas comunidades consideran que la masculinidad se está resquebrajando y que la lucha de las mujeres ha llegado «demasiado lejos», por lo tanto, se trata de una reacción conservadora a las conquistas de las luchas feministas.

Es una red difusa de foros, páginas de Facebook, canales de YouTube, cuentas de X y otros sitios web

cuyos usuarios han adoptado la misoginia como postura ideológica y como una forma de superar sus inseguridades. A esto hay que sumarle el surgimiento de varios influenciadores que se han encargado de convertir la misoginia en una tendencia. Andrew Tate, mencionado en *Adolescencia*, es uno de ellos.

La investigadora canadiense Mary Lilly, una de las primeras en hacer un estudio exhaustivo sobre la manosfera y sus representaciones de género, la describe, en pocas palabras, como una «comunidad antifeminista en línea».

Pero antes de que estas comunidades se trasladaran al mundo digital y empezaran a tener vida propia, estas ideas ya se venían expresando en el Movimiento por los Derechos de los Hombres, el cual, a su vez, surgió del movimiento de liberación de los hombres a inicios de los años setenta. En esa época, así como lo hicieron las feministas, algunos hombres empezaron a entender que los roles de género eran opresivos tanto para las mujeres como para ellos, y que, en algunos casos, también eran víctimas de discriminación.

Según Lilly, hacia los años ochenta, la principal pregunta de este movimiento era entender por qué los hombres eran infelices. Hubo tres respuestas: una masculinista, otra profeminista y una antifeminista, esta última fue la adoptada por el Movimiento por los Derechos de los Hombres. Según este movimiento, los hombres son los oprimidos, no las mujeres, y es el feminismo el culpable de esta discriminación a la inversa.

Es decir, si en sus inicios la reflexión coincidió con la del feminismo en el sentido de que tanto hombres como mujeres estaban siendo oprimidos por los roles de género, muy rápidamente algunos hombres empezaron a reafirmar una visión retrógrada de la masculinidad. Esta reflexión se convirtió muy pronto en una reivindicación de la masculinidad hegemónica: blanca, cis, heterosexual, de clase media. Y sus activistas empezaron a responsabilizar al feminismo de sus propios problemas y a considerarse como las verdaderas víctimas de la lucha feminista. Por esto, estas organizaciones se construyeron en torno al odio hacia las mujeres.

Las comunidades de la manosfera tienen poca interacción con los movimientos por fuera de la red. Son galaxias muy dispares entre ellas, pero que convergen en torno a una visión de mundo: una que considera que las mujeres son más privilegiadas que los hombres. Es a esto lo que llaman «tomar la píldora roja», como en la película *The Matrix*, significa darse cuenta de que existe una realidad paralela; tomar la píldora azul, en cambio, significa permanecer en la ignorancia.

En la manosfera podemos identificar por lo menos cuatro subculturas que comparten la idea de que la cultura es misándrica, es decir, odia a los

Los ínceles son hombres inseguros que no saben cómo expresarse ni relacionarse con las mujeres, por esto, la manosfera se convierte para ellos en un espacio donde pueden canalizar sus ansiedades y hablar libremente sin que nadie los juzgue.

hombres, y en las cuales se reproducen las normas y relaciones de género tradicionales.

La primera y más conocida es el Men's Rights Movement (MRG) –Movimiento por los Derechos de los Hombres–. El politólogo estadounidense Warren Farrell es considerado el padre intelectual de esta subcultura. Son activistas que luchan por lo que ellos consideran ser los derechos legales de los hombres, como el derecho de los padres a renunciar a su paternidad u oponerse a las cuotas alimentarias.

La segunda es Men Going Their Own Way (MGTOW) –hombres yendo por su propio camino– está relacionada con el MRG, pero enfocada en un estilo de vida en torno al rechazo de las relaciones a largo plazo con mujeres. Sienten una profunda hostilidad hacia las feministas y las mujeres en general.

La tercera es Pickup Artists (PUA) –artistas de la seducción–, junto al MRG es una subcultura central de la manosfera. Se consideran a sí mismos «machos alfa» y es la subcultura que más se superpone con las ideas de la extrema derecha.

Y el cuarto es el movimiento incel, el hermano menor de los PUA. Es un celibato involuntario porque culpan a las mujeres de su propia incapacidad para tener una pareja o una vida sexual. Por lo tanto, la miniserie *Adolescencia* trata solamente de una de estas subculturas, la más conocida, pero no es la única que ha salido de la virtualidad.

El movimiento creció y se expandió gracias a las redes sociales, lo cual le da a la manosfera una dimensión heterogénea y descentrada. No hay jerarquías, cualquiera puede opinar, no importa si sus posiciones son extremistas. Por esto, si un hombre comparte sus angustias y sufrimientos en uno de esos foros, las respuestas pueden ser abiertamente criminales. Un ejemplo que Lilly cita en su trabajo es el de un usuario que, en uno de esos foros del Movimiento por los Derechos de los Hombres, se quejó de lo mucho que tenía que pagar para el sostenimiento de su hijo, y de lo angustiado que se sentía por estar en esa situación; una de las respuestas que recibió de otro usuario fue que su problema se solucionaría asesinando a su esposa.

Entre lo virtual y lo real

Vemos cómo, en su origen, la respuesta a la frustración de los hombres no fue exclusivamente misógina. Así como ciertos análisis feministas nos permitieron entender que el problema no radicaba en los hombres, sino en un sistema, el patriarcado, y empezamos a usar la palabra *género* para hacer referencia a la organización social de la relación entre los sexos, también hubo hombres que aplicaron este mismo tipo de análisis para criticar el rol de género masculino, es decir, el rol del «hombre proveedor»: el hombre fuerte, incapaz de expresar sus sentimientos, a quien nada le queda grande, y para quien las mujeres

existen para servirle, tales expectativas pueden llegar a ser una carga si no se cumplen.

Para muchas de nosotras, el movimiento feminista se convirtió en un poderoso espacio de autococonocimiento; nos permitió expresarnos libremente y reflexionar sobre nuestras propias vidas; identificarnos con otras mujeres, y, por supuesto, darnos un propósito político más amplio que el de nuestra propia liberación al vincular otras categorías de discriminación como la clase, la raza, la orientación sexual, entre otras. Nos ha permitido imaginar un futuro diferente, pero esto solo fue posible porque superamos una lectura unicausal de la realidad social, es decir, porque entendimos que la causa de la desigualdad no era solo el patriarcado.

Los hombres no cuentan con esos espacios, o les es más difícil encontrarlos, porque las prácticas asociadas a la masculinidad hegemónica no están vinculadas a la búsqueda de ayuda psicológica, ni a la manifestación de sus emociones. Los jóvenes y hombres de todas las edades se ven cada vez más presionados a buscar ayuda en la manosfera. Sin embargo, como vimos, la lectura simplista de la realidad asociada a la ideología misógina hace que los hombres se radicalicen cada vez más.

Por esto, *Adolescencia* muestra acertadamente esta inflexibilidad frente a los roles de género masculinos en la figura del padre de Jamie, Eddie Miller, quien se quiebra al final del último episodio después de no haber podido controlar sus emociones frente al grafiti que unos jóvenes habían pintado en su camioneta, algo que él consideraba una ofensa imperdonable y necesitaba ser reparada inmediatamente, sin la más mínima consideración hacia su esposa e hija. De igual forma, la reflexión en torno a la crianza de los hijos, al recordar que su padre lo golpeaba y que él no quería repetir lo mismo con Jamie. O las preguntas que la terapeuta le hace a Jamie, en el tercer episodio, en torno a lo que significa «ser hombre».

La miniserie acierta también al retratar a Jamie como un adolescente inteligente y bonito, lejos del estereotipo del incel, feo y ensimismado. Funciona como una alerta para dar a entender que cualquier adolescente podría encontrarse en la situación de Jamie y no necesariamente debe cumplir ciertos atributos.

Adolescencia nace de una preocupación muy real: la radicalización de los jóvenes en la manosfera. Frecuentar la manosfera y tener como referencia a influenciadores misóginos ha puesto en evidencia cómo los algoritmos amplifican este tipo de discursos, facilitando cada vez más el acceso de los jóvenes a este tipo de contenido. En Estados Unidos y en otros lugares, varios asesinos han justificado sus acciones a partir de ideas misóginas y de la glorificación del supremacismo blanco.

Sin embargo, esos son los casos más extremos, son el resultado de una trayectoria de radicalización

que no empiece en la mansfera. Al enfocarnos en los casos más extremos, perdemos de vista el proceso de radicalización que inicia por fuera de la mansfera: en la familia y en la escuela. Algo que la miniserie no alcanza a describir.

Los casos más extremos son los más visibles, los que se destacan, pero ¿qué sucede con los imperceptibles? ¿Con las prácticas de los hombres, y, hay que decirlo, de algunas mujeres, que no necesariamente quieren regresar a un pasado al que ya no vamos a volver, sino que contribuyen a mantener la desigualdad de género que aún persiste? Estos son los casos más difíciles de combatir porque se trata de la desigualdad que ha sido normalizada; la que opera a diario sin que la percibamos. Por supuesto, evidenciar las prácticas consideradas «normales» produce un gran rechazo.

Este es también un llamado a las feministas para combatir la versión liberal del feminismo, la que considera que género es sinónimo de mujer, a la que no le importa analizar las masculinidades y la que cree

que todas las mujeres somos iguales y todas somos víctimas. Como afirma la reconocida antropóloga Mara Viveros Vigoya en su obra *De quebradores y cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*: «La masculinidad no es un asunto exclusivamente masculino, sino por el contrario una cuestión relacional». Pero la asimetría entre hombres y mujeres no puede entenderse solo a través del género, necesitamos entender la manera en que opera la sociedad como un todo.

Al igual que, por mucho tiempo, la izquierda se negó a entender las expresiones políticas de la derecha diciendo que se trataban de ideas descabelladas o de personas que «viven en otro mundo»: lo mismo nos ha pasado a algunas mujeres, creemos que no vale la pena entender las frustraciones de los hombres, decimos que no estamos ahí para enseñarles nada, sin entender que no se trata de enseñarles, sino de evitar que cada vez la brecha sea más amplia y el diálogo cada vez más difícil.

Los casos más extremos son los más visibles, los que se destacan, pero ¿qué sucede con los imperceptibles? ¿Con las prácticas de los hombres, y, hay que decirlo, de algunas mujeres, que no necesariamente quieren regresar a un pasado al que ya no vamos a volver, sino que contribuyen a mantener la desigualdad de género que aún persiste?

pp. 32, 37 *Cofradía*, 2019 de Edwin Sánchez es un archivo perturbador: compila chats de puteros que frecuentan la zona de tolerancia del barrio Santa Fe en Bogotá. Más allá de la lectura fácil que lo reduciría a machismo o depravación, el libro revela un espejo áspero de un lugar de la ciudad, donde conviven gentrificación, mafias, deseo convertido en mercancía y fracaso social. Sus relatos personales y anécdotas trazan una memoria oculta, donde se cruzan historia, explotación y poder. Una bitácora cruda que incomoda porque pone de frente lo que no queremos ver.



por un tiempo ella desapareció del negocio...
cuando con las chicas y las hermanas...
cuando con las chicas y las hermanas...
cuando con las chicas y las hermanas...

de Lima. Me lo dijo se había mudado de Ayacucho...
de Lima. Me lo dijo se había mudado de Ayacucho...
de Lima. Me lo dijo se había mudado de Ayacucho...

El sombrero:
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...

Las telenovelas:
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...

El teléfono:
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...

Los pantalones:
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...

Los zapatos:
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...

Los pendientes:
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...

Manoelpepe:
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...

Danny27:
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...

Car. Helson:
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...
A veces cuando se pasa por aquí para no levantar sospechas por que mi jermu ya se las estaban bajando...

Datos infinitos, verdades escurridizas

**¿La información nos hace libres?
¿Y si la información que tenemos
resulta demasiada? En un mundo
hiperconectado, repleto de datos,
este ensayo atraviesa los sesgos
algorítmicos y el ruido digital
en busca de la verdad y de una
ciudadanía crítica que la reconozca.**

No sé ni por qué me metí a escribir este artículo sobre las relaciones entre la información y la verdad. Llevo años estudiando la información pública y pensé que era pan comido, pero me he sacado un ojo tratando de poner mis verdades en claro. Con todos los datos al alcance de un clic surgen nuevos puntos de vista, más matices y complejidades. Pero, además, en esta sociedad polarizada, si no sé cómo jerarquizar, contextualizar o interpretar los datos, puedo fácilmente llegar al error, al engaño o a la mentira. Basta con preguntarle a cualquier inteligencia artificial por un tema: las respuestas y los caminos son inagotables.

Quiero informarme más y mejor porque creo que la información interpretada y contrastada me ayuda a tomar decisiones alejadas del error y de la mentira. Sin lecciones de ética, pero sin engaños, pretendo tener una vida basada en una razón que yerre menos y que evite, en lo posible, hacer daño a la sociedad o al ambiente. Me pregunto, entonces, desde esta orilla, desde este momento en el que parece caer una fina capa de lluvia fría por la ventana, desde este computador abogadil que pareciera saber más que yo: ¿más información significa más verdad?

El mercado de las ideas

Hace más o menos cien años, los jueces norteamericanos Oliver Wendell Holmes y Louis Dembitz Brandeis desarrollaron la teoría del libre mercado de las ideas, bajo la cual incluso los conceptos falsos o erróneos deben poder circular libremente, pues la verdad debe surgir del enfrentamiento abierto y ganarse su lugar en el mercado libre de las ideas, de la opinión pública. Es probable que se hayan nutrido del filósofo John Stuart Mill, para quien, cincuenta años antes, la verdad aparece luego de la contradicción o debate libre de ideas, para concluir en el triunfo de la idea verdadera.

Vivian Newman

Rodrigo Uprimny recoge en *Libertad de prensa y derechos fundamentales. Análisis de la jurisprudencia constitucional en Colombia (1992-2005)* el ensayo «Sobre la libertad de Mill», donde escribe que la represión de contenidos, incluso erróneos, no es solo un riesgo para quien los produce o cree en ellos, sino para toda la humanidad: «Si la opinión es correcta, se les priva de la oportunidad de abandonar el error por la verdad, y si es falsa, pierden un beneficio casi tan grande, que es la percepción más clara y viva de la verdad, que se produce cuando esta colisiona con el error». Además, la libre expresión de todas las ideas contribuye al desarrollo de la personalidad porque permite conocer diversas opciones y decidir cuál es la más conveniente para cada cual. También aporta a la evolución del pensamiento científico porque en la contraposición triunfa la verdad científica, y contribuye a la consolidación de la democracia, porque, al menos, se visibilizan todas las posiciones políticas.

A esta visión clásica e idílica de la libertad de expresión se contraponen, según Uprimny, el mercado equilibrado y equitativo del académico Owen Fiss, para quien la verdad no siempre gana en el mercado de las ideas. Fiss considera que se requiere la intervención estatal para que todas las voces sean escuchadas, pues las comunidades excluidas, las voces disidentes y quienes tienen menos recursos no alcanzan a competir, mientras que los grandes poderes económicos sí se pueden imponer. Además, los mercados, incluido el de la información, no existen en el vacío, dice el nobel de economía Joseph Stiglitz. Su visión del mercado de las ideas se centra en la concepción de que los mercados, dejados a su propia suerte, pueden no ser eficientes ni equitativos, y que las asimetrías de datos pueden generar fallas que debe corregir la intervención estatal. No se trata pues de silenciar las verdades o mentiras de las voces más fuertes sino de potenciar a las voces más débiles para que haya más equilibrio informativo.

Pero, por tiempo y ánimo, me parece una quimera oír todas las voces: son demasiadas. Y son demasiados datos. La capacidad del Estado y del ser humano son limitadas y el mundo se ha vuelto digital exacerbando una brecha gigantesca en las oportunidades y las inequidades.

Unas cuantas aclaraciones

La información son datos que cuentan algo, a través de narración de hechos o interpretación con base en teorías y opiniones. La verdad la entiendo como la conformación o correspondencia de los datos con la realidad, como cuando un periódico cuenta o narra un accidente que sucedió. Pero siempre será una correspondencia parcial, no hay explicación en datos de la realidad que se corresponda totalmente con la verdad, pues hay datos del accidente que se escapan o teorías sobre su causalidad que son insuficientes.

Algunas correspondencias son más completas, más exactas y si, además, las podemos conocer directamente, hay más probabilidad de ser más veraces que otras.

La correspondencia más exacta no es una verdad sobre esa realidad sino la realidad misma. En un cuento de un párrafo llamado «Del rigor en la ciencia», Jorge Luis Borges imagina un imperio en el que la cartografía se vuelve tan exacta que solo un mapa a escala del imperio mismo será suficiente. Un mapa a escala 1:1 sería la correspondencia máxima de la información con la realidad, es decir la verdad máxima, pero al instante deja de serlo para convertirse en la realidad misma. Ese mapa de coincidencia puntual ni siquiera se logra con Google Maps. Cuenta Borges que fue abandonado por las generaciones futuras, pues no resultaba de ninguna utilidad.

La información resulta útil como punto de partida para interpretar, explicar y dar coherencia a lo que nos rodea, pero no es su espejo. Para expresar y construir la verdad, nos servimos de narraciones e interpretaciones de hechos y la expresión de opiniones, como sucede con el efecto Rashomon: un mismo evento es contado de maneras diferentes y a menudo contradictorias por los testigos. Después de 1948 hubo una guerra de independencia para Israel y una Nakba, o catástrofe, para los palestinos. La combinación de hechos y opiniones no hace una verdad objetiva perfecta sino una interpretación razonable o más probable en el espectro que va desde la falsedad hasta la verdad.

La información en la era binaria: ceros y unos

Busquemos entonces la interpretación más cercana a la verdad en este universo virtual que está compuesto de mensajes casi infinitos que se convierten en una serie de bits (ceros y unos, como funciona internet). Esta tecnología digital potenciada por las redes sociales ofrece un ágora virtual que parecería el ideal de Mill, Holmes y Brandeis. Si atendemos la brecha digital en todas sus dimensiones, no solo habría expresión universal sino posibilidad de buscar todas las verdades. Las dinámicas digitales actuales se caracterizan por la masividad, velocidad y posibilidad de viralización de los contenidos, con lo que la información pareciera estar más cerca de la verdad que nunca.

Sin embargo, los nuevos poderes que hay detrás del mercado digital no logran equidad, como lo proponen Fiss y Stiglitz; ni siquiera si logramos conectividad universal gratuita, alfabetización e interés digitales y buenos equipos para todo el mundo. Estos poderes usan algoritmos y, cada vez más, inteligencia artificial, que atraen audiencias con base en las emociones de los usuarios, con lo que mantienen la viralidad de la información que circula y la atención del usuario que se monetiza, pero no necesariamente con base en información veraz. Por ejemplo,

hay estudios que demuestran que la mentira circula más viralmente que la verdad en X, en YouTube y, en general, en internet, donde el ánimo de lucro manda la parada de los datos más asequibles, sin que se esfume nunca la información.

El historiador Yuval Noah Harari sostiene en *Nexus* que en el mundo contemporáneo más información no genera necesariamente más verdad ni más sabiduría porque hay mucha más información que es de menor calidad. Dice que es ingenuo pensar que la información nos lleva a la verdad, porque los errores, las mentiras y las ficciones también son información. El papel de la información es, para este historiador israelí, colocar cosas en formación, crear nuevas realidades y conectar masas de individuos a través de ellas. Claro que la forma más fácil de conectar gente no es con la verdad sino con fantasías, historias, ideología, mitología y ficción, porque la realidad es complicada y la gente no quiere complejidad sino historias simples y ordenadas, opina Harari. Algunas de esas ficciones, como el uso del dinero para intercambio, han tenido aceptación y consenso social, pero otras, como la forma de obtener el poder y el orden social, siguen en disputa y generan tensiones y versiones diversas o rivales. Es por estas grietas por donde se cuelan explicaciones menos verídicas, con lo que nos toca pensar en quiénes están detrás de todos esos datos que nos impiden acercarnos a la verdad.

Algunas fuentes de verdades y mentiras

Todo proceso cognitivo se nutre de diferentes fuentes informativas, pero todos los actores que las producen —tradicionales o digitales— deberían rendir cuentas.

La falta de centralización, dice Harari, es una causa del flujo desinformativo. Las redes informativas en las que cree la gente, desde la religión y la política, hasta la inteligencia artificial, están centralizadas en un sistema totalitario y, en una democracia, la información fluye descentralizadamente entre múltiples empresas, personas y organizaciones. En internet hay millones de redes descentralizadas que siguen protocolos comunes. A mayor número de personas que tienen acceso a escenarios que les permiten decir su verdad, menor posibilidad de consenso sobre verdades que triunfen y más campo para flujo de mentiras.

Los periodistas, informadores y opinadores responden por los principios de veracidad e imparcialidad en los hechos contrastados sobre los que informen y por la razonabilidad en sus opiniones que, a su vez, se deben basar en hechos contrastados. No siempre cumplen, pero al menos tienen ese derrotero. Una propaganda radial colombiana esboza: «Los medios, el antídoto eficaz contra la desinformación».

Por otro lado, las plataformas digitales tienen el conocimiento y la técnica para segmentar y perfilar los destinatarios de su información. Al conocer los datos, emociones e intereses de sus usuarios, logran captar

su atención y moldear sus decisiones con el envío de información que puede o no ser verdadera. Las plataformas ya no analizan lo cierto o verdadero, pues les genera mayores costos y consideran erradamente que los *fact-checkers* son sesgados y censuran.

Su algoritmo, que promete saber más de ti que tú mismo, incide para que te mantengas más tiempo enganchado y ofrece la información que más atraiga a tus emociones e intereses, por oposición a la más veraz. Esta manipulación algorítmica también te encierra en cámaras de eco. Y todo es susceptible de empeorar, pues no entendemos el funcionamiento de la inteligencia artificial ampliada en su calidad de agente activo que puede tomar decisiones propias y crear ideas (como las alucinaciones de ChatGPT), con lo que perdemos la posibilidad de exigir más información veraz y menos mentiras.

Además, las grandes plataformas de redes sociales validan nuevos actores como influenciadores y bots. Los influenciadores no transparentan el origen de sus fondos ni sus fines, por lo que no sabemos si tienen o no un conflicto de interés con sus contenidos, que pueden no tener fundamento veraz, sin que sus audiencias lo sepan o lo entiendan. Los bots no son humanos y alzan la voz de la discusión artificialmente. Entonces, si en las redes sociales se amplía el ágora de discusión, los bots y los influenciadores no nos garantizan que estemos acercándonos a la verdad e incluso pueden alejarnos.

También están las voces reconocidas. En nuestra sociedad no se responde por lo que se dice, así que la responsabilidad de los políticos es escasa. Los científicos, por otro lado, responden ante la academia y con las reglas de la ciencia que son más estrictas pero no infalibles e incluso en ocasiones contradictorias.

Nosotros y lo falso

Uno también tiene su tendencia a la mentira. El sesgo cognitivo individual y cultural incide en que acojamos o no más mentiras en nuestro universo. Dice mi sobrina psicóloga que hay personas que tienen estructuras mentales que las llevan a ser más rígidas o menos flexibles en el pensamiento: no permiten cambios de paradigma aunque reciban información contraria a lo que creen, tienen más prejuicios y son más dogmáticas que otras. Estas personas tienden a quedarse encerradas en sus círculos. Recibirán y transmitirán menos verdades que aquellas que tienen estructuras más flexibles y abiertas y creen en el diálogo y la argumentación.

Por otro lado, está la ausencia de criterio para saber qué información está más alejada de la realidad. La mente humana se puede ver con frecuencia apabullada por tanta información sin contar con las herramientas para procesarla, asimilarla y apropiarla. No es fácil tomar posturas con tantos argumentos, evidencias que pueden ser disímiles y recursos escasos para procesar la información que circula.

Auxilio, ¿qué hago?

La verdad puede ser relativa al contexto y al objeto mismo, además de una construcción social debatible. También la forma de contar hechos es subjetiva y las diferentes versiones no son necesariamente falsas. Además, el ritmo de inundación informativa al que estamos expuestos hace flaquear el acceso a la verdad.

Sin embargo, hay un espectro de información más cercana a la verdad que otra, en especial si (i) se acompaña de fuentes más objetivas como el periodismo responsable, (ii) de una ciudadanía crítica que aprenda a filtrar el ruido de las ideas más cercanas a la

verdad, (iii) ampliamos y diversificamos nuestras fuentes para exponernos a ideas diferentes y retar nuestros propios sesgos, (iv) los poderes digitales responden de las acciones de sus algoritmos que manipulan y no distinguen entre falso y verdadero (no de las acciones de sus usuarios) y (v) se denuncian e identifican los conflictos de interés, las falsedades flagrantes y las conversaciones de bots.

La verdad varía pero, mientras parece salir el sol por la ventana, percibo verdades comunes y más probables que aquellas que la información contenida en datos nos ayuda a entender, interpretar y apropiar.

YUMA o la tierra de los amigos II, 2020 de **Carolina Caycedo**. Vista de instalación en «Eyes of the Skin», Lehman Maupin, Nueva York, 2022. Foto: **Daniel Kukla**.



Homo economicus

Algoritmos de ficción, subidas y bajadas en las cotizaciones de la bolsa de acciones y valores de Wall Street, cotizaciones de la bolsa de granos en Chicago, precios de las materias primas (*commodities*), derivados de esas cotizaciones que dependen de las fluctuaciones de la oferta y la demanda, confianza o desconfianza en el mercado, vaivenes de la economía China, más algoritmos en una pantalla que despiertan gritos, sonrisas y llantos: un circo de capital ficticio, el casino financiero que define la suerte y el destino de miles de millones de humanos que ignoran su existencia.

Según el economista Ladislau Dowbor, para el año 2011, 147 empresas, 75 % de ellas financieras, controlaban el 40 % del producto interno bruto del mundo. A estos datos debemos agregar que un pequeño grupo privilegiado de instituciones, fondos de «inversión» y especulación, y otro selecto grupo de operadores privados que se denominan administradores e intermediarios de dueños de grandes cantidades de dineros de filántropos, empresas e inversores, actúan libre e impunemente bajo una arquitectura jurídica de ficción con apariencia de perfecta legalidad.

Deuda es la obligación de pagar o devolver algo. Hoy, cuando unos pocos controlan a miles de millones en una dominación ejercida a través del control del endeudamiento público externo e interno, privado, comercial y familiar, la deuda se ha convertido en un negocio que transforma el «arte de la guerra» en el «arte de la deuda».

Si analizamos el concepto deuda en un sentido amplio (pública, privada, interna, externa, racial, sexual, ecológica y social) podemos entender cómo funcionan sus engranajes y visibilizar cuáles son sus articulaciones: *fuerzas* y *juegos* de poder se ponen de manifiesto a partir de las categorías *deuda* y *esclavitud*, que operan en una relación central: *acreedor-deudor*, ese lugar donde se elaboran los diversos instrumentos, técnicas, mecanismos de control y manipulación de la información del uno sobre el otro.

Maria Lúcia Fattorelli nos recuerda que:

El endeudamiento público no ha sido un instrumento de financiación de las necesidades colectivas. Desde hace décadas, es un mecanismo de transferencia de recursos públicos hacia el sector financiero privado. A esta utilización del instrumento de endeudamiento público inverso, retirando recursos en vez de aportarlos, denominamos «Sistema de la Deuda». Este sistema opera de manera similar en todo el mundo. Está basado en el enorme poder internacional del sector financiero, lo que posibilita el control que ejerce sobre las estructuras legales, políticas, económicas y de comunicación de los países, generando diversos mecanismos que viabilizan esta dominación.

Es en este marco teórico del Sistema de la Deuda en el que la *financiarización* impacta y genera consecuencias a niveles nacionales (Estados e instituciones), internacionales (instituciones y comunidad internacional) y planetarios (comportamiento y responsabilidades de las empresas multinacionales, transnacionales o anacionales, y de los Estados industrializados, en la contaminación de toda la biosfera, en el calentamiento global y en el negocio de los bonos de carbono y las energías limpias, que algunos han denominado capitalismo verde).

Hablar de *financiarización*, o *financierización*, nos obliga a revisar la narrativa creada por el sistema capitalista al menos desde la década de los setenta del siglo XX hasta el presente, caracterizada por una fase de liberalización de las finanzas, de un mayor poder de los bancos y la creación de los *holdings* bancarios y de los fondos de inversiones. La *financiarización*, en su definición más simple, ocurre cuando el dinero gana más dinero, sin que necesariamente se produzcan cosas reales. Por ejemplo, en la producción clásica una empresa invierte y gana dinero fabricando autos, ropa o comida. En la *financiarización*, las empresas especulan en la bolsa, compran acciones, bonos, propiedades, criptomonedas, y pueden ganar dinero sin producir nada. Lo anterior supone un cambio en las decisiones económicas, que en las últimas décadas se han concentrado en el mundo financiero (bancos, fondos, Wall Street) alejándose del mundo productivo (fábricas, trabajadores, agricultura). Este comportamiento nos deja ante los riesgos de la *financiarización*: esas conductas y prácticas del capital ficticio y especulativo que permiten que el dinero *conserv*e su valor, aunque no esté respaldado por una producción real de bienes; de ahí que se lo llame capital «ficticio». Pero ¿quién sostiene ese valor?

El manual del Sistema de la Deuda funciona más o menos bajo un mecanismo básico. Primera fase: el negocio financiero necesita poner dinero. Es decir, los bancos, fondos y prestamistas necesitan prestar su dinero para ganar intereses. La lógica dice que cuanto más prestan, más ganan (forma clásica), y llega un momento en que los rendimientos de las empresas sólidas o productivas no son satisfactorios. Entonces empiezan a prestar a países endeudados, gente pobre o clase media (con créditos fáciles y flexibles encapsulados en una tarjeta de crédito que los bancos nos ofrecen mediante una llamada telefónica) y a empresas que no generan valor real (solo prometen ganancias).

En una segunda fase se crean burbujas y deudas impagables. Durante la crisis de 2008, en EE. UU. se otorgaron hipotecas a personas que no podían pagarlas. Un «paquete» de hipotecas luego se vendía como «producto financiero» a otros bancos del mundo mientras las calificadoras de riesgos y las aseguradoras los calificaban como muy buenos (AAA). Cuando la gente dejó de pagar su hipoteca, estalló la burbuja. Es común que los países

del sur global (Argentina, Colombia o varios en África) reciban préstamos bajo condiciones muy «duras»: altísimas tasas de interés que no pueden pagar mientras el FMI o los acreedores (fondos de inversión, bancos) exigen ajustes que los líderes de Estado aplican mediante recortes en salud, educación, salarios y jubilaciones para garantizar el cobro.

La tercera fase corresponde a las consecuencias: ¿quién gana y quién pierde en este *arte de la deuda*? Ganan los grandes fondos, bancos, las consultoras y los intermediarios financieros, quienes, incidiendo en las políticas internas, son capaces de exigir el pago a los gobernantes y líderes de las naciones endeudadas. Pierden los ciudadanos de esas naciones, que además son incapaces de ver el mecanismo invisible al que se deben.

La historiografía de las deudas repite que son los grandes inversores/especuladores, o los bancos, quienes la mayoría de las veces reciben rescates del Estado durante las crisis: Argentina (2001), Estados Unidos (2008), Grecia (2015); en estos tres casos se rescató a los bancos, pero no a las familias ni a los trabajadores de los sectores productivos afectados; en Argentina se perdieron ahorros, viviendas en Estados Unidos y empleos en Grecia. Al capital financiero le gusta correr riesgos, pero cuando pierde transfiere la deuda a otros. La *financiarización* crea ganancias rápidas, pero deja inestabilidad y endeudamiento para el resto de la población.

La *financiarización* convierte el Sistema de Deuda en un negocio que deja ganancias a quien cobra, gestiona, administra o revende la deuda, que a estas alturas se ha convertido en una herramienta del capital financiero para controlar las políticas internas de los países.

Mover la producción, aumentar la ganancia

Una estrategia de la *financiarización* es la dislocación territorial, que ocurre cuando las decisiones económicas se toman en beneficio de los inversores y no de los trabajadores ni de la economía real. La dislocación territorial está vinculada con la división internacional del trabajo: los países del sur hacen tareas baratas (ensamblar, extraer y exportar recursos naturales y bienes primarios), mientras que los países ricos financian investigación, desarrollan tecnología, y patentan marcas y la propiedad industrial e intelectual.

Algunas empresas multinacionales conocidas a nivel mundial que aplican la dislocación territorial para maximizar ganancias son Apple, que diseña sus productos en EE. UU., pero fabrica iPhones en China, sobre todo a través de la empresa Foxconn, porque en China los salarios son mucho más bajos, hay menos regulaciones laborales y por ende la producción en masa resulta más barata. Como resultado, Apple ahorra millones de dólares mientras mantiene su imagen *cool* y vende caro en todo el mundo. Coca-Cola solía tener fábricas en casi todos los países del mundo,

pero comenzó a trasladar su producción según los costos y beneficios fiscales de cada país en los que operaba. Así, hoy cierra plantas en países donde hay conflictos laborales o donde le exigen cumplir normas ambientales, y las abre nuevas donde tiene más beneficios. También terceriza partes de la producción a empresas locales para reducir su responsabilidad en frentes como el impacto ambiental. Nike no fabrica directamente sus productos, pero subcontrata fábricas en países como Vietnam, Indonesia o Bangladesh, porque allí puede pagar sueldos muy bajos debido a que hay poca o nula regulación laboral; mientras tanto, las oficinas centrales permanecen en EE. UU. manejando diseño, *marketing* y ventas.

Estas tres empresas multinacionales concentran ganancias en sus casas matrices (en países ricos y con industria fuerte), pero deslocalizan los costos y la producción hacia países del sur global, donde la mano de obra es más barata. Esto genera desigualdad mundial pues, por un lado, los países «empobrecidos» por el Sistema de la Deuda producen pero no se quedan con el dinero, que fluye hacia los cuarteles generales de las casas matrices, donde se centralizan la riqueza y la innovación.

En la década de los setenta del siglo XX la dislocación o el desplazamiento de las empresas de Estados Unidos fue rumbo a Asia. Europa, por su parte, vio cómo los países africanos que antes dominaba se independizaron políticamente, pero no en sus economías, que continuaron suministrando minerales y recursos naturales a las empresas europeas sin ver un desarrollo industrial ni tecnológico, en una relación de neocolonialismo que todavía no les permite alejarse del subdesarrollo.

Bajo el predominio del capital financiero sobre el productivo, la lógica de obtener ganancias desmesuradas hace que casi la totalidad de las empresas más grandes del planeta apuesten por la estrategia especulativa del «juego del casino financiero», es decir: compra y venta de acciones; o bonos de deudas de los países, donde la inversión/especulación es garantizada y está exonerada de todo tipo de impuestos por los tratados de protección de inversiones y las legislaciones basadas

en un diseño organizado, planificado y condicionado desde el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Internacional de Pagos, entre otros.

Un ejemplo claro del predominio de la deuda sobre la producción es el de Grecia (2010-2015), cuando el capital financiero impuso sus intereses sobre el desarrollo económico real. Grecia tenía una crisis de deuda externa. El FMI y la Unión Europea exigieron recortes en pensiones, salarios y servicios públicos. Las consecuencias sociales, económicas y políticas fueron catastróficas: la economía se contrajo, aumentó el desempleo, se quebraron los pequeños negocios, incrementó la migración y aumentaron los suicidios. Finalmente, la producción interna se desplomó. ¿Quién cobró? Los bancos y fondos financieros que fueron rescatados por la Unión Europea. ¿Quién pagó el costo? La población trabajadora.

Argentina y los «fondos buitres» (2001-2016) son un buen ejemplo de pérdida de soberanía y de la manera como el capital especulativo que se lucra con la deuda se impone judicialmente sobre un Estado (Argentina) ante los tribunales de otro Estado (EE. UU.). Después del *default* de 2001, la mayoría de los acreedores aceptó renegociar, pero algunos fondos (como NML Capital) compraron deuda barata y exigieron cobrar todo al ciento por ciento. Para lograrlo, llevaron a la nación argentina ante los tribunales de EE. UU. y ganaron el juicio. Argentina debió pagar millones de dólares a fondos que no invirtieron ni un centavo en producción y se dedicaron solo a especular con la producción de ese país.

La crisis hipotecaria de EE. UU. (2008) es un ejemplo claro de cómo el capital ficticio y especulativo causa crisis reales en la vida de la gente. Por una parte, los bancos otorgaban hipotecas a personas sin capacidad real de pago; esas hipotecas se convertían en productos financieros que se vendían como inversiones seguras a los actores de la *financiarización*, quienes compraban y vendían paquetes de deuda que nadie estaba pagando. Cuando la burbuja explotó, millones perdieron sus casas y empleos.

El poder de las empresas del siglo XX, con su producción de bienes y sus formas organizativas (*trust*, monopolios) bajo una economía mundial caracterizada por una fase imperialista se ha trasladado en el siglo XXI a las empresas multinacionales o transnacionales (anacionales), y la economía mundial ha quedado basada en las pautas y la concepción del capitalismo neoliberal: la globalización y la *financiarización*, cuyas principales características serían: el poder político y económico alcanzado por la clase rentista y el capital financiero; cambios en el patrón de acumulación, en el que las ganancias se obtienen principalmente a través de canales financieros, y la comercialización financiera (*trading*), que se refleja en el surgimiento de una infinidad de nuevos productos

La *financiarización*, en su definición más simple, ocurre cuando el dinero gana más dinero, sin que necesariamente se produzcan cosas reales. Por ejemplo, en la producción clásica una empresa invierte y gana dinero fabricando autos, ropa o comida. En la *financiarización*, las empresas especulan en la bolsa, compran acciones, bonos, propiedades, criptomonedas, y pueden ganar dinero sin producir nada.

financieros (derivados, acciones, seguros), y especulativos (títulos, bonos, acciones).

Una nueva religión

La Iglesia católica, apostólica y romana hoy utiliza la palabra «ofensa» en su liturgia del padrenuestro, pero hubo un tiempo en que se hablaba de «deudas» y «deudores». En 1986, bajo el papado de Juan Pablo II, la versión en español de la liturgia cambió de «perdona nuestras deudas, así como a nuestros acreedores», a «perdona nuestras ofensas, así como a quienes nos ofenden». El texto bíblico en el evangelio de Mateo (6:9-13) y de Lucas (11:2-4) se sustenta en una noción material y económica, pues las deudas de dinero en la época de Jesús consistían en pagar el diezmo al templo y al conquistador romano. El diezmo se pagaba en dinero o en especie, pero, si no podía pagarlo, el deudor y su familia podían ser vendidos como esclavos, hasta que saldaran deuda.

La modificación de esta frase para los países de América Latina, en principio solo para los países de habla española, se dio durante la «década perdida» o la época de la «crisis de la deuda», un fenómeno de deuda material y económica instalado de manera arbitraria, ilícita e ilegal, y bajo el cual los países de América Latina pagaron tasas de interés de hasta el 21% que no estaban escritas en los contratos de deuda, todo debido a que el conjunto de bancos privados que

integran la Reserva Federal de los Estados Unidos de América se quedaron sin liquidez.

La deuda pública (externa e interna) es la esclavitud del tercer milenio y responde a una clara ideología que tiene viejas raíces en el pensamiento occidental. Hoy, el capital globalizado pretende imponernos una relación de poder que implica «modalidades específicas de producción y control de la subjetividad del *homo economicus*, ese “hombre endeudado”», según Maurizio Lazzarato. Es a partir de esa relación –acreedor/deudor– que las categorías clásicas del trabajo, de lo social y de lo político son redefinidas. No alcanza con la producción económica: el dispositivo de control está fundamentalmente en la producción y en la *colonización* de la subjetividad a través de los medios de comunicación.

Las sociedades contemporáneas presentan características de servidumbre voluntaria: aparecen *masificadas* y *alienadas*, alimentadas por la sociedad de consumo que propician las corporaciones financieras, las clases dirigentes y los Estados obedientes y disciplinados bajo el sistema «civilizatorio» capitalista. Estamos ante la transformación del capitalismo en una nueva religión que equipara «culpa» y «deuda» y cuyos seguidores no tienen redención.

Desde los años noventa del siglo XX, las nuevas tecnologías han jugado un papel clave en el fortalecimiento de la *financiarización*. Empresas como Amazon



Carlos Castro. *Hijo de Dios*, 2013. Huesos humanos modificados que dan forma al esqueleto de un primate.

y Meta (Facebook) crecieron con modelos de negocio que ya no dependen de fábricas o de bienes físicos, sino de datos, de plataformas digitales y que controlan la información de los usuarios en pro del consumo masivo de más datos y de bienes que nada tienen que ver con la primera necesidad. Este nuevo tipo de empresa no solo genera enormes beneficios financieros, sino que concentra poder económico y político, a menudo por fuera del control de los Estados. Además, muchas de estas empresas han sido cuestionadas por mantener condiciones laborales precarias en sus centros logísticos, como el caso de Amazon, que ha enfrentado huelgas y denuncias en EE. UU. y Europa.

Para Nora Merlin:

Estamos en presencia de un individuo que habita una sociedad de masas uniformada y adormecida en una hipnosis colectiva, que cumple órdenes desde lo inconsciente, consume compulsivamente, creyéndose libre y ciudadano, siendo en verdad un esclavo posmoderno que no se reconoce como tal, a diferencia del vasallo de la antigüedad. La obediencia inconsciente implica una relación social con el poder, a través de una modalidad fascinada, acrítica y sugestionada.

Nada de esto sería posible sin la servidumbre voluntaria de los Estados, de las llamadas «democracias representativas/populares», y de sus clásicos «poderes» (ejecutivo, legislativo y judicial) a la financiarización, sumisión que se da bajo criterios foráneos de «buena gobernanza», con mejores y más fuertes «instituciones» que interpretan y cumplen con las «necesidades» de los «mercados». La estrategia de globalización y financiarización vinculada al consenso de Washington declaró «el mercado total», y desde entonces se viene desarrollando y perfeccionando para mantener a los Estados a disposición de la promoción del totalitarismo del mercado. Para Franz Hinkelammert, los Estados responden «a los poderes económicos de las burocracias privadas de las empresas».

La *financiarización* y sus instrumentos fueron determinantes en la quiebra de Enron S. A. y en la crisis de las «hipotecas *subprime*» 2007-2009 en el corazón del sistema capitalista financiero de los Estados Unidos. Para ello, se utilizó la desregulación y la implosión de la legislación interna de Estados Unidos mediante «vehículos específicos» que son aplicados en materia de generación, administración y control privado de las deudas públicas de países como Grecia (2015); Puerto Rico (2017) y Brasil (2018). Otro ejemplo es la conversión de deudas privadas y comerciales

en deudas públicas externas, para luego ser reestructuradas y así pasar al control y administración de inversores y especuladores privados mediante el canje de deuda por naturaleza, bonos «verdes», bonos «azules», en un modelo de negocio creado y administrado por el Banco Mundial (1997), basado en el principio de «quien contamina, paga», y cuyo efecto real es «quien contamina, cobra», y mucho.

Un claro ejemplo de canje de deuda por naturaleza aparece en Ecuador (2023). Mediante la administración de las Galápagos por un «operador sin fines de lucro» (*service purpose vehicle* –SPV–) se convierte deuda comercial en «bonos marinos de las Galápagos»; la supuesta reducción de deuda, en un procedimiento sin transparencia, «opaco», incluye altas tasas de interés que no benefician las finanzas de Ecuador. Adicionalmente, la situación conlleva una pérdida de soberanía política y financiera, en la que el control del territorio, de la fauna y la flora, quedan en manos de un consejo de administración mayoritariamente privado. Por supuesto, el Banco Interamericano de Desarrollo asegura a los inversores una garantía contra el riesgo (de unos 656 millones de dólares) por una eventual «inestabilidad política». Estos modelos son proyectados por la Organización The Nature Conservancy en varios países (Seychelles, Belice y Barbados, Santa Lucía, Namibia, Kenia, entre otros).

En la actual fase de *financiarización* del capitalismo asistimos a una dictadura a escala planetaria. El discurso único de dominación, basado en un relato y su mito sacrificial de que «no hay alternativas posibles» a la economía de mercado solo sirve y es funcional desde el totalitarismo del mercado y la dictadura financiera; afortunadamente existen autores críticos que han planteado proyectos alternativos, disruptivos, liberadores y éticos para salir de este sistema de la muerte (Marx, Hinkelammert, Mora, Dussel).

La destrucción del planeta y de los ecosistemas, la extinción provocada de numerosas especies debe llamarnos a la reflexión urgente. «O inventamos o erramos», decía el maestro Simón Rodríguez. Hoy más que nunca es urgente reeducarnos en saberes y conocimientos que permitan la ruptura con la matriz colonial y eurocéntrica. Fuera del sistema permanecen «todas las alternativas posibles» para ser construidas, pensadas en libertad, para crear relaciones sociales, políticas, comunitarias, libres, armónicas y en equilibrio con la biosfera y con todas las formas de vida.

Información privilegiada

Los desiertos informativos no son asunto exclusivo de parajes remotos o veredas sin señal. También son asuntos de difícil acceso y con uso privilegiado. ¿Quién saca provecho de esta información? ¿Cuáles son las élites beneficiadas de estos desiertos en las noticias que consumimos?

En el primer vuelo de Avianca en la ruta Cartagena-Bogotá del 5 de septiembre de 2003 debía viajar César Caballero, director del DANE. Esa mañana, mientras trataba de llegar a tiempo al Aeropuerto Internacional Rafael Núñez, sus funcionarios se preparaban para que, en la tarde, esa entidad revelara el dato de inflación del mes anterior.

Álvaro Uribe llevaba poco más de un año en la presidencia del país y muchos ojos estaban puestos en el comportamiento de la economía. Se había hecho elegir con la promesa de derrotar por la vía militar a las guerrillas, pero en los pilares de su Gobierno también estaba el crecimiento económico.

Todavía se sentían los efectos de la crisis que, en 1999, llevó a Colombia a la peor recesión desde que hay registros, solo superada por la pandemia de 2020. Entonces, para ese Gobierno que recién comenzaba era una prioridad mostrar resultados macroeconómicos y vender la idea de que el país ofrecía condiciones favorables para la inversión. Caballero había trabajado en la campaña y, a sus treinta y cuatro años, estaba al frente del organismo que levantaba, procesaba y publicaba las estadísticas oficiales. Por supuesto, esa información era —es—, un terreno en disputa.

«Bendito sea Avianca porque el avión me dejó y me tocó coger un vuelo después», recuerda Caballero, que ahora gerencia Cifras y Conceptos, empresa que él mismo fundó en 2007 y es una de las firmas encuestadoras más influyentes de Colombia.

Mientras esperaba al siguiente vuelo y llegaba a su oficina, en el DANE seguían un protocolo que se repetía todos los meses: con la información que los técnicos recolectaban en las semanas previas, un equipo muy pequeño se encerraba con tinto y refrigerios para el procesamiento final. Una vez esos funcionarios tenían claro cómo se había comportado la inflación, se lo informaban al director que justo después lo anunciaba en una rueda de prensa.

«El DANE era consciente de que el dato del IPC puede tener efectos, por ejemplo, en los tenedores de bonos. Si la inflación sube, el movimiento en la bolsa va para un lado, y si baja, va para el otro. Que alguien conozca eso con anticipación le da ventajas y le puede significar unos recursos muy importantes. Por eso la entidad tenía un protocolo que, en términos generales, funcionaban bien», dice Caballero.

Pero esa mañana no funcionó bien y, mientras el director regresaba a Bogotá, en la Bolsa de Valores de Colombia dos corredores ya hacían negocios con el dato. Eric Alberto Gómez Fertsch y Ricardo Fernando Caballero Azuero, empleados de la firma Asesores en Valores, movían sus propios portafolios de inversión y llamaban a sus colegas para pedirles plata a cambio de



César Caballero es politólogo de la Universidad de los Andes, magister en Estudios Latinoamericanos en Oxford y doctor en Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Javeriana. El exdirector del DANE es fundador y gerente de Cifras y Conceptos. Foto: archivo particular.

la información que, según les decían a sus potenciales clientes, habían obtenido de una fuente del DANE.

Además del precio de los bonos de tesorería (TES) que mencionó Caballero, el movimiento del IPC impacta otros negocios. Si un corredor recibe ese dato puede anticipar aumentos o reducciones en las tasas de interés, lo que afecta el crédito y el consumo. Así, podría especular con variaciones, por ejemplo, en el precio de las acciones o de empresas de otros sectores.

Esa mañana de 2003, una de las llamadas que hicieron los dos corredores terminó en una secuencia

de delaciones. En un informe de julio de 2005, *El Tiempo* reconstruyó otros detalles. De acuerdo con ese periódico, una empleada de un banco recibió la propuesta de pagar por el dato y decidió contarles a sus jefes que, a su vez, se lo informaron al Ministerio de Hacienda.

«En el Gobierno, la filtración fue como una bomba y en el Ministerio de Hacienda llamaron al orden a los superintendentes de valores, bancario, al director del DANE, a representantes de la Bolsa, de la Procuraduría, la Contraloría, la Fiscalía y de la Oficina Anticorrupción», publicó ese diario.

La investigación de la Fiscalía incluyó escuchas telefónicas —más de doce llamadas que ocurrieron esa mañana—, la triangulación de los movimientos de funcionarios del DANE y un mapa de relaciones que demostró la amistad entre Eric Alberto Gómez Fertsch y una asesora de esa entidad, asignada a la oficina de César Caballero.

«Inmediatamente me puse a disposición de las autoridades y cuando se piden las pruebas pude demostrar que estaba en el avión en el momento en que el dato se procesó y lo filtraron a la bolsa. Finalmente hay un proceso judicial y mi secretaria privada es encontrada responsable», recuerda el exdirector del DANE, que renunció a ese cargo un año después por presiones de la Presidencia para que no revelara los resultados de una encuesta sobre violencia e inseguridad.

Esa secretaria privada es Marie Vivianne Barguil Bechara y, por la filtración, en 2006 fue condenada por utilización indebida de información oficial privilegiada. Junto a ella, los dos corredores también fueron sentenciados y expulsados de por vida de la bolsa de valores. Fue la primera condena por ese delito en la historia de Colombia.

La pena contra Barguil Bechara fue una multa y una inhabilidad de cinco años para ejercer cargos públicos. Y aunque apeló, la sentencia fue confirmada en segunda instancia; luego, la Corte Suprema inadmitió dos demandas con las que su defensa trató de tumbar la condena.

Las referencias de Barguil Bechara rara vez incluyen su nombre completo. Nació en Montería, en una familia de la élite cordobesa conectada, por muchos lados, con el poder político y económico de esa región. Estudió en Bogotá y también trabajó en la primera campaña de Uribe antes de llegar al DANE, le dicen Vivi Barguil y es hoy la directora de la fundación A la Rueda Rueda, una organización que ella misma creó en 2013 y que trabaja con niños de comunidades pobres en la costa Caribe. Desde 2006, el mismo año de su condena, es la esposa de Luis Carlos Sarmiento Gutiérrez, presidente de la Junta Directiva del Grupo Aval y heredero de uno de los conglomerados económicos más poderosos de Colombia.

Los negocios son los negocios

Que políticos y empresarios con poder acceden a más y mejor información y que eso favorece sus decisiones y sus negocios es una idea tan cierta como abstracta. ¿De qué información hablamos y para qué sirve? «La información es poder», esa idea deformada –y atribuida a Francis Bacon– es, quizá, el cliché más usual para conectar ambas palabras. Lo cierto, sin embargo, es que hay relaciones que reproducen el poder y que se basan en el intercambio de información a la que no accede el común de la gente.

En el libro *La construcción de la noticia* de finales de los ochenta, que es referencia frecuente en muchas escuelas de periodismo y comunicación para hablar sobre las noticias, el investigador catalán Miquel Rodrigo-Alsina reconstruye el lugar que tenía la información antes de la prensa de masas: «El conocimiento del acontecer era un privilegio de las clases dominantes y de aquellas que, para la consolidación de su incipiente dominio, necesitaban la información. Antes de la invención de la imprenta, comerciantes y banqueros europeos recibían informaciones manuscritas sobre el tráfico marítimo, eventos políticos, etc.; el tipo de información tenía una función comercial-financiera».

Por supuesto, muchas cosas han pasado desde entonces. Sin embargo, esa premisa de la información como privilegio se mantiene, aun cuando los desarrollos tecnológicos –la imprenta, la radio, la televisión o el internet– implican que mucha más gente se entera más rápido de muchas más cosas.

Como en el caso del DANE, muchas veces esos intercambios pueden ser el resultado de transacciones corruptas. Aunque son escasos los antecedentes de filtraciones de información oficial reservada que hayan terminado en sentencias judiciales, hay otros frentes que implican movimientos similares.

En 2008, por ejemplo, la Superintendencia Financiera sancionó a Héctor Arango Gaviria, exvicepresidente de la Compañía Nacional de Chocolates. Gracias a su cargo, participaba de las juntas de varias compañías que eran accionistas de Coltabaco y, justo antes de que se anunciara la venta de esa compañía a la multinacional Philip Morris en 2004, Arango compró en apenas dos días 650 millones de pesos en acciones. De acuerdo con la investigación de la Superintendencia, en solo un mes tuvo casi 50 llamadas telefónicas con personas vinculadas a la tabacalera. Esa compra de acciones le representó una utilidad cercana a los 150 millones de pesos. Sin embargo, la sanción fue revocada en 2012 cuando, primero un juzgado y luego el Tribunal Administrativo de Cundinamarca, concluyeron que no usó información privilegiada, pues esa venta ya se rumoraba y en varios círculos se daba como un hecho.

«Eso en la empresa privada pasa con mucha frecuencia. La información que llega y las decisiones que se toman en las juntas directivas permite que la gente

invierta a través de terceros y haga mucha plata, pero no hay sanciones porque es muy difícil de probar», dice un directivo de una empresa del sector financiero listada en la Bolsa de Valores de Colombia. Pidió omitir su nombre y el de la compañía para la que trabaja.

De vuelta a lo público, tal vez el uso ilícito de información más documentado sea en la contratación oficial. Con esquemas más o menos sofisticados, muchos contratistas del Estado se quedan con licitaciones millonarias o se hacen adjudicar de forma directa obras, proyectos o servicios.

«En nuestros cubrimientos hemos encontrado pistas que sugieren acceso privilegiado a información en detrimento de la competencia en igualdad de condiciones –explica Tatiana Velásquez Archibold, editora general de La Contratopedia Caribe, un medio independiente que investiga la contratación pública en Bolívar y Atlántico–. Hemos visto puertas giratorias, es decir, funcionarios que antes trabajaban con empresas o fundaciones contratistas de la entidad pública para la que ahora trabajan y viceversa. Esa cercanía da pie a que conozcan de primera mano necesidades, plazos y requisitos que no están al alcance de todos».

Velásquez también explica que es frecuente que no se publique toda la información técnica de una convocatoria o que aparezcan requisitos sobre la marcha: «En un proceso reciente en Cartagena, el representante legal de la empresa ganadora resultó ser amigo del alcalde [...] la Alcaldía incluyó, después de convocada la licitación, una licencia ambiental como condición para adjudicar el contrato, licencia que solo tenía esa empresa».

En 2022, el Observatorio Distrital de Contratación y Lucha Anticorrupción (ODCLA) publicó los resultados de un estudio en el que detalló el «modus operandi» del carrusel de la contratación en Bogotá durante la alcaldía de Samuel Moreno. En ese, uno de los mayores saqueos de plata pública en la historia colombiana por medio del direccionamiento de contratos, la filtración de información también fue central.

En realidad, se trató de un mecanismo complejo en el que entidades del distrito fueron entregadas a concejales que pactaban con los contratistas. Los directivos y prestadores de servicios puestos por los concejales daban información detallada sobre futuras licitaciones y, luego, los pliegos de condiciones se ajustaban para que encajaran con los oferentes. Finalmente se asignaban los contratos y se repartían beneficios entre todos los involucrados.

Que políticos y empresarios con poder acceden a más y mejor información y que eso favorece sus decisiones y sus negocios es una idea tan cierta como abstracta. ¿De qué información hablamos y para qué sirve?

En su informe, al tratar esas filtraciones, el ODCLA habla del «suministro de información privilegiada a actores privilegiados».

Una idea que se conecta con el funcionamiento de ese y muchos otros entramados corruptos es la de «captura del Estado», sobre la que Luis Jorge Garay, junto a otros investigadores, ha trabajado durante varias décadas. Garay dice que en Colombia no se puede pensar la captura estatal solo en su comprensión tradicional: empresas o grupos económicos que moldean las regulaciones para su beneficio.

En cambio, en la versión a la colombiana, a esos actores económicos se suman mafias, carteles y organizaciones criminales con formas muy diversas, que suplantando o dominan diferentes fracciones del Estado. Para ello, pactan con actores legales que pueden estar en los partidos políticos, las empresas, la academia o los medios de comunicación.

Entonces, la información vuelve al centro. El libro *La captura y reconfiguración cooptada del Estado en Colombia*, del que Garay fue director académico, plantea que los medios pueden ser instrumentalizados para «la legitimación social, moral o política del actor o grupo interesado en capturar o reconfigurar el Estado». Por tanto, el privilegio de la información no se basa solo en el acceso sino también en su control.

Los medios, ¿de quién y para qué?

En noviembre de 2020, Publicaciones Semana anunció que Gabriel Gilinski, el heredero de la fortuna y los negocios del Grupo Gilinski —el conglomerado de empresas que lidera Jaime, su papá— sería, desde ese momento, el propietario del cien por ciento de las acciones de la compañía.

La jugada para adueñarse de esa publicación, hasta entonces el arquetipo del periodismo de investigación en Colombia, había empezado en 2019 con la compra de la mitad de la revista. Gilinski hijo empezó a participar de decisiones que derivaron en la transformación de la estrategia del negocio y en la salida de muchos periodistas y columnistas. Luego, cuando asumió el control, nombró a Vicky Dávila como directora.

Lejos de asumir que la propiedad es el único factor que explica enfoques y cubrimientos, lo cierto es que la foto de hoy muestra un sistema de medios públicos que opera como máquina de propaganda de los gobiernos y a buena parte de los medios masivos más importantes en manos de algunos de los mayores conglomerados empresariales.

Dávila, hoy precandidata presidencial, fue portada de la revista que ella misma dirigía, lanzó una propuesta de reforma tributaria y fue medida en las encuestas de intención de voto que esa misma publicación pagó. Hasta el momento en que renunció para lanzar su campaña, evadió las preguntas sobre una eventual aspiración y los cuestionamientos por usar ese medio como plataforma electoral.

Otro momento que da cuenta del rol que ha cumplido *Semana* en la era Gilinski tiene dos elementos paralelos: la pelea del exalcalde de Medellín Daniel Quintero con un sector muy poderoso del empresariado antioqueño y las movidas de los Gilinski, entre 2021 y 2022, que les permitieron quedarse con la compañía de alimentos Nutresa y derivaron luego en el desenroque accionario entre Sura y Argos, las otras dos empresas que conformaban el Grupo Empresarial Antioqueño (GEA).

En poco más de un año, *Semana* le dio tres portadas a Quintero y publicó varios informes enfocados en su «rebelión» contra el empresariado. En una entrevista de enero de 2022, justo en medio de la disputa accionaria entre los Gilinski y el GEA, el alcalde dijo que ese grupo era «un cartel» y que sus directivos les habían quitado el «poder a sus accionistas».

A esa erosión en la imagen del GEA, con beneficios mutuos entre el alcalde y la revista, la complementaron una serie de publicaciones sobre la «toma hostil» de los Gilinski, que tuvo más aires de estrategia de comunicaciones que de cubrimiento periodístico. En 2021, La Silla Vacía publicó un informe para el que analizó setenta notas de la revista publicadas en solo seis semanas: «Si bien la negociación es financiera también es de narrativas [...] El sesgo que resalta los argumentos de los dueños del medio frente a los de su contraparte salta a la vista», dice.

Aunque sea el negocio más sonado de los últimos años en la industria de medios de Colombia, la compra de *Semana* hace parte de un giro que empezó hace varias décadas y que cada tanto tiene nuevos movimientos.

Por ejemplo, la ofensiva de los Gilinski también fue por medios regionales: en 2022 trataron de quedarse con el diario *El Colombiano*, de Medellín, pero un grupo de empresarios antioqueños, que encabeza otro magnate, Manuel Santiago Mejía, hizo vaca para adelantarse y evitarlo. Y en 2023 fueron por *El Herald*, de Barranquilla, y por *El País*, de Cali. El primer negoció se cayó a última hora. El segundo sí se cerró, aunque en junio de 2025 revendieron ese diario vallecaucano.

De acuerdo con el más reciente informe anual del Instituto Reuters, en Colombia «un puñado de grupos controla la mayoría de las principales cadenas de televisión, la radio y la prensa escrita». Esa afirmación no es una novedad. En 1991, María Teresa Herrán publicó los resultados de una de las primeras



Forma sin título (gallo), 2017 de David Peña Lopera. Escultura de gallo fundida con calor humano.

investigaciones enfocadas en la propiedad de los medios en Colombia: ya hablaba de «relaciones inter-industriales e inter empresariales dominantes» y decía que la estructura de propiedad representaba «el mayor obstáculo a la satisfacción de la demanda social por información».

En ese momento, la investigación documentó un proceso que terminó de consolidarse tiempo después: el tránsito de un mercado de medios afiliados a partidos políticos y familias de élite pertenecientes a esos partidos, a uno caracterizado por la participación cada vez mayor de grupos empresariales con negocios en muy diversos sectores de la economía. Estos últimos, por supuesto, también con influencia y participación en la política.

Lejos de asumir que la propiedad es el único factor que explica enfoques y cubrimientos, lo cierto es que la foto de hoy muestra un sistema de medios públicos que opera como máquina de propaganda de los gobiernos y a buena parte de los medios masivos más importantes en manos de algunos de los mayores conglomerados empresariales. Por ejemplo, la Organización Ardila Lülle es dueña de RCN Radio y Televisión; el grupo Valorem (Santo Domingo) de *El Espectador* y el Canal Caracol; y los Sarmiento, de *El Tiempo*.

María Teresa Herrán dice ahora, treinta y cuatro años después de que publicó su investigación, que

siente a esos grupos económicos «un poco encartados» con los medios: «No comprenden las lógicas mediáticas ni les interesa comprenderlas. Que *El Tiempo* diga o no diga algo ya no tiene importancia. Se diluyó ese poder, pero lo que no se ha diluido es el poder de los imaginarios, entonces les interesa tener medios porque sienten que no pueden ceder esa influencia».

En 2003, Gerardo Reyes publicó una biografía no autorizada de Julio Mario Santo Domingo que era, en ese momento, el hombre más rico de Colombia. En ese libro, Reyes reconstruye una pelea de Santo Domingo con la familia Santos, entonces dueña de *El Tiempo*. En un editorial, ese periódico hablaba de los riesgos de que los canales de televisión privados quedaran en manos de monopolios empresariales. Uno de ellos era, justamente, el de Santo Domingo.

Entonces, el magnate, que ya era dueño de *Cromos*, ordenó que su revista incluyera en un artículo una declaración suya en la que decía que Juan Manuela Santos usaba a *El Tiempo* para sus ambiciones políticas. Isaac Lee, director de *Cromos*, se pasó por la faja la orden y cuando Santo Domingo recibió la revista sin su comentario lo llamó furioso. En medio de la conversación lanzó: «Los medios de comunicación son como un revólver, que cuando uno lo necesita, lo saca y dispara».

Digerir el trauma

Aunque poco se sabe sobre el trauma vicario, muchas personas lo viven. En un momento en el que las noticias sobre el genocidio en Gaza, la crisis humanitaria en el Catatumbo, la persecución por las políticas migratorias y tantas otras situaciones en el mundo nos muestran imágenes sobre el sufrimiento de las personas, es muy poco el tiempo que dedicamos a detenernos y a procesar el dolor, y terminamos por consumir en bucle contenidos sobre tragedias ajenas que deterioran nuestra salud mental.

En GACETA conversamos con tres mujeres que desde sus distintas aproximaciones a las ciencias sociales, reflexionan sobre cómo el periodismo puede llegar a reproducir un trauma colectivo. Fernanda Pineda es fotógrafa y documentalista, Ana Hurtado es psicóloga enfocada en trauma y Mónica Echeverría es doctora en Investigación en Medios de Comunicación.

Isabella Bernal: Ana, tú has trabajado con la JEP en procesos de justicia restaurativa siendo posibilitadora de espacios con víctimas y victimarios, empecemos dando un contexto sobre lo que es el trauma.

Ana Hurtado: Hablas de víctimas y victimarios, pero dentro del marco de la justicia restaurativa se busca la posibilidad de imaginar nuevas palabras distintas a esos rótulos. Yo prefiero referirme a personas que han sufrido daño y personas que hicieron daño.

De acuerdo, esta conversación nos da espacio para nombrar las cosas distinto, en ese sentido, ¿qué le pasa a una persona a nivel psicológico cuando deja de ser un espectador de la tragedia de alguien más y vive esa tragedia como propia?

A: Empecemos por definir qué es el trauma. El trauma no es el evento sino lo que ocurre en mí a raíz de lo que pasó. La palabra viene del griego y significa 'herida', y es lo que siente alguien cuando no tiene los suficientes recursos emocionales para responder a una situación. Dos personas pueden haber vivido el mismo evento y una puede tener trauma y la otra no. Cuando el evento supera nuestra capacidad de respuesta es como si la información se quedara congelada y no se pudiera actualizar, entonces se dan respuestas desadaptativas y automáticas a todo. Por ejemplo, si salgo a caminar al jardín de mi casa y me muerde una culebra, tengo que ir al hospital, y luego siento que mi vida estuvo en riesgo pero logré sobrevivir; puedo llegar a sentir parálisis y queda un trauma que me impide salir al patio de mi casa y a cualquier patio que se parezca al mío. Adicionalmente, si voy caminando por ahí, cada vez que vea una manguera el trauma se activará, como si la manguera fuera la culebra que me mordió. Se presenta una contracción, una limitación, como si la vida se volviera chiquita y solo pudiera vivirse a través del lente de esa situación traumática. Gabor Maté dice que con el trauma perdemos de vista la belleza de nuestra existencia. Hay una pérdida de sentido y de seguridad que se manifiesta con

desesperanza, depresión, insomnio, entumecimiento, irritabilidad, agobio, dolor crónico, adicciones. Por eso, cuando las personas buscan ayuda no lo hacen por el evento sino por los síntomas que sufren.

El trauma vicario ocurre por dos motivos: si estoy muy cerca de las personas que sufrieron el evento o por una exposición prolongada a las situaciones de dolor y de sufrimiento de otras personas. Las personas que trabajamos en temas de paz y de guerra, los periodistas, por ejemplo, o quienes escuchan un relato tras otro en las audiencias de víctimas, terminamos por sentir esa fatiga emocional. Es como si lo que escucho me estuviera pasando a mí.

Rara vez asociamos nuestro malestar con la información que nos llega por la radio, la televisión o las redes sociales, lo cierto es que hoy vemos y compartimos imágenes casi de manera automática, entre otras razones por FOMO (Fear of Missing Out) que es la necesidad de no querer perdernos de nada. El asesinato del senador Miguel Uribe nos permite reflexionar sobre esto. En las redes, mucha gente quería ver el impacto de las balas, la cara de los asesinos, y circularon muchas imágenes. ¿Qué tan conscientes somos desde el periodismo y los medios de comunicación de que reproducimos un trauma colectivo, e incluso de que lo usamos para conseguir views y mantener a la audiencia enganchada?

Fernanda Pineda: Creo que ser fotógrafa, documentalista y periodista en Colombia también proviene de un proceso inconsciente de trauma adquirido. Los colombianos almorzamos viendo el noticiero todos los días y estamos expuestos a muertes y masacres. Hacemos digestión viendo eso. Creo que la sangre ya no nos impresiona más. Y en ese reconocimiento del país en el que vivimos decidimos meter la cámara en la maleta e irnos a los territorios a

buscar la realidad, porque también estamos cansadas de que nos la cuenten así. Necesitamos conectarnos desde otro lugar, dejar de ver la realidad del otro como algo ajeno aunque no sea mi familia y crea que por eso no me pertenece.

Esa es mi búsqueda y la de una nueva generación de narradores, fotógrafos y documentalistas en Colombia. Cómo lanzamos puentes desde el origen de las historias, desde lo emotivo, desde lo digno, desde lo que nos hace reconocernos frente al otro como iguales, como pares, para tratar de ver el problema como parte de todos y convertirnos en agentes de cambio.

Mónica Echeverría: En Colombia vivimos una naturalización de la violencia enorme, hemos vivido un conflicto muy largo que no se acaba y la naturalización tiene mucho que ver con los medios de comunicación y el quehacer periodístico. Pero también con la clase, la raza y el género. Creemos que hay víctimas y sobrevivientes que merecen ser lloradas y otras no. Las imágenes del atentado a Miguel Uribe se repiten una y otra vez, pero ¿cuántas personas no son violentadas en Colombia diariamente y no salen en las noticias?

Hace unos años investigué el feminicidio agravado de Yuliana Samboní. En ese momento hubo un *boom* mediático impresionante por ese caso, cuando incluso, al mismo tiempo, estaban sucediendo otros feminicidios de niñas en el país. Pero solo el de Yuliana generó tanto interés. Yo también entré ahí y comencé a verlo como si fuera un partido de fútbol, pero era precisamente por la condición social del victimario que los medios de comunicación lo mostraban con tal despliegue.

Hay cosas que nos calan más y habría que preguntarnos cómo construimos esas narrativas para que suceda esto. Fernanda nos dice que las nuevas generaciones quieren hacerlo distinto, pero

no creo que estemos hablando de una generalidad de nuevas generaciones que ven el mundo de forma diferente y quieren presentarlo de una u otra manera, quizás en los círculos en los que trabajamos sí, pero en el grueso de la gente no.

Si bien es cierto que en Colombia hemos hecho la digestión con la tragedia, ahora parece que la cantidad de imágenes que vemos hace que en el escrol terminen por perder su sentido. Hace poco alguien me dijo: «Lo único que puedo hacer es lamentarme de lo que está pasando en Gaza, porque hay dos o tres hombres que manejan la situación y yo desde acá no puedo hacer absolutamente nada». La fotografía de la niña desnuda escapando de un bombardeo con Napalm es símbolo de la guerra de Vietnam, así como las fotografías de Eugene Smith en su momento le mostraron al mundo las consecuencias de la intoxicación por mercurio en los niños japoneses. Pero hoy parece que estamos paralizados frente a tantas imágenes y lo que nos indigna no termina por movilizarnos. Compartimos imágenes para no sentirnos indiferentes frente a los demás, pero al hacerlo alimentamos el trauma colectivo... ¿Cuál es el sentido de seguir mostrando imágenes?

F: Antes no había chance de elegir lo que veíamos, elegían por nosotros. Ahora tenemos el algoritmo, pero podemos elegir qué mostrar. Creo que lo que nos corresponde ahora es salir de las redes sociales como único espacio para informarnos y para ver imágenes. Ante la impotencia que vivimos frente a todo lo que pasa hay un pequeño alivio emocional que sentimos al compartirlo y unirnos a una cadena de información para intentar decir que sí nos importa. Pero debemos encontrar nuevas maneras de hacer imágenes y de mostrarlas. Ir a las calles, tener otro tipo de espacios de exhibición, por ejemplo. El hecho de que haya tantas

imágenes hace difícil que la gente se detenga, pero ahí también nos tenemos que preguntar qué hacemos para que la gente se detenga desde la ética y no desde los *views*. Cómo generamos una pregunta en el espectador a través de la imagen, para que se detenga a mirar y reflexione, y no simplemente mostrarle quién fue el que le disparó a Miguel Uribe. Eso nos impone un trabajo más grande como

nombrar lo que sentimos; sentir distancia, desapego y falta de interés; y tener emociones superexplosivas y descontroladas. En las tres, la emoción no concuerda con la acción. Por eso, me encanta lo que dice Fernanda sobre cómo se puede mostrar algo que haga que la persona se cuestione, se movilizara, se sensibilice. Poder impactar mi círculo más cercano y cuestionar su responsabilidad en cómo se

El fotógrafo Santiago Donaire dice que un trauma que no es sanado se transfiere a otras personas y luego pasa de generación en generación hasta que termina por construir una sociedad traumatizada. ¿Cómo enfrentamos esta herida de una sociedad que reproduce el trauma aparentemente de manera automática y en la que participamos activamente todas y todos?

A: Thomas Hübl ha trabajado mucho el trauma colectivo y el trauma transgeneracional, que es la forma en la que terminamos siendo impactadas todas y todos de una generación a otra. Si yo narro desde un lente con trauma o asustada, la otra persona no tiene una posibilidad distinta a la de asustarse. Cuando doy instrucciones estresada, es muy difícil que el otro no termine estresado. Hay una definición de Peter Levin que dice: sanar es tocar con amor lo que antes fue tocado por el miedo. Entonces, si no se trabaja con los periodistas, que son el origen porque son los primeros en narrar la noticia, es muy difícil que el público la reciba con amor. ¿Qué tal si narramos los milagros de la guerra y no solo los dolores?

F: De acuerdo. De hecho, viví una experiencia reciente en el Alto Baudó, muy retadora porque me hizo preguntarme cómo puedo ayudar a sanar una herida en vez de abrirla. El proyecto *Ríografías* de Baudó involucró a sanadoras, parteras y yerbateras. Mujeres que han vivido el conflicto en su propia piel al igual que sus hijos, nietos y esposos, para quienes su acción de resistencia ha sido permanecer y hacerse cargo del bienestar del grupo a través de la medicina tradicional. El proyecto es una mezcla entre lo que ellas saben hacer y lo que yo hago. Fotografías de lugares heridos donde el territorio es una metáfora de la violencia, sin usar esa palabra que ya se ha vuelto tan cotidiana y no nos dice nada nuevo. No nos resuena.



Ana Hurtado es terapeuta enfocada en trauma. Enseña la Justicia Restaurativa como una filosofía de vida y posibilita espacios entre personas que buscan restaurar el vínculo. Trabaja en temas de paz, reconciliación y restauración del tejido social. Foto de **Nicolás Jacob**.

creadores y no solo como reproductores de imágenes.

A: Con el trauma también se pierde la capacidad de utilizar las emociones como guía para la acción y, entonces, oscilamos entre tres posturas; sentir que no podemos hacer nada, porque ni siquiera sabemos

informar y qué decide ver, porque en el fondo hay una gran frustración. Cómo pararme desde la reflexión para transmitir lo que siento de una manera que no sobrepase mi sistema emocional y no me lleve a esos lugares donde ni siquiera reconozco lo que estoy sintiendo.

Ellas me señalaban diciéndome: «Este lugar está enfermo porque aquí pasó algo». No había necesidad de saber qué pasó. Simplemente pasó algo. Yo tomaba la foto, la imprimía y se las entregaba. Ellas después la rompían y la sanaban con albahaca, flores y otros elementos de sanación.

Lo más bonito del proyecto es que cuando se lo hemos mostrado a gente externa reconocen un lugar herido. Algo tan íntimo se volvió universal. Creo que también ese es el aporte que hacemos como narradoras. Las nuevas preguntas que nos empezamos a hacer nosotras mismas para descubrir otras narrativas. Hay personas con un montón de información, de cosas para comunicar y si sabemos convertirnos en ese canal, si sabemos escuchar, la narrativa va a cambiar y el impacto será diferente.

M: Lo que estás haciendo desde la fotografía es un ejercicio que desde la academia hemos planteado varias veces. El concepto Pedagogías de la Crueldad, de la antropóloga Rita Segato, ocurre en contextos de violencia sociopolítica cuando los y las periodistas no saben o no entienden el trasfondo de lo ocurrido, y por eso replican esas pedagogías de la crueldad y las masifican. Eso pasa por no entender los contextos.

En mi proceso de investigación desde el doctorado hasta el posdoctorado hice alrededor de cincuenta y ocho entrevistas a víctimas y sobrevivientes de violencia sexual. Lo que me decían esas personas era: «Queremos que cuenten nuestros casos y que sepan detalles, pero que se haga desde otro contexto. No queremos que nos pregunten qué sentimos en ese momento, sino lo que sucedió después y cómo los procesos de juntanzas y de resocialización, de unión con otras víctimas y sobrevivientes de violencias sexuales, cambiaron nuestras vidas y las de otras personas en los territorios». Es necesario hablar de violencias

sexuales, pero no desde los discursos de poder que se refieren a libidos incontrolados, sino hacer preguntas que lleven a planteamientos y narrativas diferentes a las que conocemos.

Lastimosamente, hoy solo somos las feministas quienes consumimos información de medios feministas y termina por volverse un nicho. Es necesario trabajar con los medios hegemónicos, no solo

Eso me lleva a pensar que desde el periodismo les hemos dado protagonismo a quienes lastiman, de hecho, casi nunca se pone en el centro a las sobrevivientes, a las mujeres, a las que cuidan y sanan. Detrás de eso hay una especie de morbo que hace parte de nuestra naturaleza humana y que nos hace querer saber más sobre lo trágico...



Fernanda Pineda es fotógrafa y documentalista enfocada en la narración visual que explora la identidad, la memoria y el territorio. Su metodología de trabajo se basa en la inmersión y la colaboración con comunidades rurales. Foto de **Leo Queen**.

con los alternativos, porque siempre hablamos y conversamos entre nosotras mismas. Tenemos que ir al *Q'hubo* a hacer exposiciones sobre las violencias de género, porque es el medio más consumido en Colombia y es donde esas violencias se naturalizan.

F: Me causa mucha curiosidad porque todos alguna vez hemos caído en eso y causa miedo. Tengo amigos que han cerrado Instagram porque no pueden ver más lo que está pasando en Gaza pero, sin embargo, si de casualidad se topan con una imagen de bombardeo, no la apagan.

A: Hay una responsabilidad compartida entre quien transmite la noticia y quien la recibe. Otro de los tantos síntomas del trauma es estar deshabitados de nosotros mismos. Yo no veo noticias porque reconozco la hipersensibilidad de mi sistema nervioso y sé que el mundo me necesita conectada, no informada y cuando yo me informo me desconecto.

Pero, por otro lado, nos encanta dividir el mundo entre buenos y malos, y nosotros queremos estar en el bando de los buenos. Yo trabajo en temas de justicia restaurativa, que es diferente a la justicia retributiva, en la que lo que importa primero es quién lo hizo, qué ley infringió y cómo lo vamos a castigar. En la justicia restaurativa la primera pregunta es quién sufrió el daño, qué necesidades tiene y cuáles son las obligaciones de quien lo causó para resarcir esas necesidades.

Generalmente, la noticia va al foco del que causó el daño y no a la persona que sufre el daño o al sobreviviente, y eso viene de un lugar punitivo. Nos encanta poder señalar, ver lo malo allá afuera, que hay personas terribles, y eso simplemente prolonga nuestra incapacidad de girar en nuestro propio eje y mirarnos. Entonces, con tal de que yo no me tenga que mirar, me voy a meter en Instagram para ver quién hizo qué. Yo creo que allí hay una incapacidad de ver nuestra propia sombra, porque nos encanta estar allá afuera para no habitarnos. Ni siquiera nos podemos hacer las preguntas frente al impacto que tienen en nosotros las imágenes que vemos. Hay cero autocuidado.

F: ¿Esto quiere decir que, de pronto, inconscientemente, ver a otro peor nos hace sentir mejor?

Como queriendo calmar lo que nos pasa frente a un dolor mayor...

A: Puede ser, es una manera de decir: «Esas otras personas están peor». Pero creo que tiene que ver más con nuestra incapacidad de hacer la propia tarea, de asumir responsabilidad sobre cómo habitamos el mundo, cómo participamos.



Mónica Echeverría es doctora en Investigación en Medios de Comunicación con Maestría en Igualdad de Género en Ámbito Público y Privado y Máster en Derechos Fundamentales. Tiene experiencia en el análisis del quehacer periodístico sobre la prevención de violencias basadas en género y derechos humanos. Foto de **Leo Queen**.

M: Además de ser una sociedad punitiva también somos una sociedad patriarcal. Esto no quiere decir

que la víctima sea solo lo femenino, sino que hay una atracción por el uso excesivo de la violencia como un don mayor. Nos atrae el uso de la violencia patriarcal. En 2016, hubo otro *boom* mediático sobre los abortos forzados practicados en las filas de las FARC, que después los medios de comunicación abandonaron, pero que coincidió con la votación por el plebiscito. Lo que llamaba la

atención en ese momento era el enfermero que se encargaba de practicar los abortos y que ahora paga condena. Las voces de las víctimas solo eran consideradas para decir que sufrieron mucho. Desde que se firmó el acuerdo de paz hasta hoy he encontrado treinta notas de seguimiento acerca de los

En la justicia restaurativa la primera pregunta es quién sufrió el daño, qué necesidades tiene y cuáles son las obligaciones de quien lo causó para resarcir esas necesidades. Ana Hurtado

abortos forzados, cuando en un día salieron ciento veinte hablando del enfermero. Creo que tenemos una necesidad de ver la violencia, de cierta manera la abrazamos porque creemos que es nuestra y nos representa, pero hay que hacerle el quiebre de alguna forma.

Al final la pregunta podría ser: ¿cómo mostrar y contar lo que está pasando en el Darién, en el Catatumbo, en Gaza, sin seguir reproduciendo un trauma? ¿Cómo hacemos el trabajo bien?

F: Yo creo que todo es necesario. Admiro profundamente a quienes están en primera línea y en el combate porque hay personas que necesitan ver eso para poder entender lo que está pasando. Recuerdo la foto del torso de Cristo que tomó Jesús Abad Colorado después de la masacre de Bojayá. También necesitamos ese tipo de narrativas para que nos cuestionen y no simplemente nos informen. Dejar de abordarlo todo como si fueran *daily news*, es decir, llego, tomo tres fotos y me voy. A veces toca hacerlo así, pero aunque solo sea un día de trabajo hay que tener el rigor y la responsabilidad de entender a dónde vamos, de construir algún tipo de metodología de trabajo para que cuando llegemos no repitamos la revictimización y repliquemos el dolor. No creo que vayan a dejar de existir las imágenes de primera línea, porque de algún modo las necesitamos. Han narrado la historia, nos han hecho ver que han pasado cosas atroces que otros han querido y todavía quieren seguir borrando. Esas fotos son evidencias. Pero también necesitamos volver a reencontrarnos desde otras miradas y desde otros lugares para activarnos, ser más activos frente a lo que pasa en el mundo y preguntarnos cuál es nuestro lugar.

M: No se puede hacer buen periodismo si no se conocen los contextos y si no se trabaja desde los

enfoques de derechos humanos, de género, étnico, interseccional. Creo que es relevante y hay que capacitarse en esas temáticas. Pero también debemos tener sensibilidad hacia lo que está sucediendo y reflexionar sobre cómo queremos que las personas entiendan el mundo. La fotografía de la madre desnutrido cumple la labor que cumplieron las fotografías del

A: Esta conversación nos permite pensar que es necesario tomar medidas para que las y los narradores hagan su trabajo desde un lugar más sano a través del apoyo psicosocial y psicoemocional, porque el trauma vicario es real y llega un momento en que nos sobrepasa. Pensar también en qué estamos pidiendo como espectadores porque una forma de protegernos y cuidar a nuestros narradores es



Isabella Bernal es periodista y documentalista. Su trabajo ha examinado la vulneración de los derechos humanos como consecuencia del conflicto armado y el narcotráfico en Colombia, y los efectos sociales y ecológicos de las relaciones de los hombres y las mujeres con la naturaleza. Foto de Leo Queen.

holocausto en la Segunda Guerra Mundial. Mostrar una fotografía genera sensibilidades, pero también necesitamos procesos de escucha activa con unas audiencias que son totalmente nuevas y que tienen otro chip en la cabeza.

saber qué dejamos de pedir. Desde ahí empieza el cuidado hacia quienes narran los sucesos y los eventos. Recordar también que lo que no se dice y lo que no se nombra permea en su daño y cierra la posibilidad de ser sanado.

Las Confusas

En esta vereda del Oriente de Antioquia no hay una sola tienda, ni una cantina, ni un restaurante, ni tampoco transporte público. La señal del celular es intermitente y el alumbrado llegó con más de cien años de retraso. ¿Es posible vivir sin la posibilidad de saber del mundo?

Escondido en las montañas del Oriente antioqueño, a unas cinco horas de Medellín, aún existe un lugar donde es posible señalar las cosas con el dedo y darles un primer nombre. Se llama Las Confusas y es la más recóndita –y la menos habitada– de las nueve veredas del municipio de San Luis, un poblado de trece mil habitantes, aguas cristalinas, mármoles preciosos y selvas vírgenes como las que ya no se ven en las tierras colonizadas por el filo del machete.

Para llegar hasta allá, hace falta un vehículo todoterreno, sea una bestia, una moto o un campero, y un conductor mañoso que conozca la zona como a su propio cuerpo. Arnulfo Berrío es guía turístico, oriundo del corregimiento El Prodigio –al que pertenece Las Confusas, aunque separada por el cauce del río Cocorná–, y hoy me lleva por el camino desatapado a bordo de un motocarro de tres llantas –un Torito NG de última generación– que es más fuerte y ágil de lo que parece.

La carretera empieza bordeando Río Claro, hacia el otro lado de la famosa reserva natural, en el kilómetro 152 de la autopista Medellín-Bogotá. Muy pronto, entre la vegetación espesa de la selva tropical, nos encontramos con dos enormes estructuras verticales de concreto y, a su alrededor, un parque industrial que parece venir de otro planeta.

–Eso que ve ahí no es la planta nuclear de Los Simpsons –bromea Arnulfo–, sino la nueva cementera de Corona.

Más adentro, Argos tiene su propia cantera en la que trituran y procesan roca caliza y arcilla para convertirla en cemento. Por eso, durante más o menos media hora, el camino que transitamos es rocoso, duro y relativamente ancho, aplanado por el paso constante de las volquetas, y la manigua que lo rodea está cubierta toda por un polvillo gris que le resta verdor al paisaje.

Entonces, cuando nuestros ojos ya no tienen más noticias del río Esmeralda, la vía se bifurca: hacia la derecha siguen los camiones que van y vienen de la planta de Argos, y por la izquierda, una trocha sinuosa que más parece un camino de herradura y que conduce a ese lugar remoto, indeterminado en el mapa, llamado Las Confusas.

A partir de ahí, los celulares pierden la señal y no se ve nada más que el monte. El ruido de las volquetas se desvanece en el silencio y en el canto de los pájaros, y los árboles y las hojas recuperan los colores intensos que alumbran verde bajo el sol alegre de un cielo limpio. Cada tanto, Arnulfo detiene el Torito —no hay necesidad de orillararlo, porque es poco probable que nos encontremos a alguien— para señalar el tronco de un zagüí centenario o buscar con sus binoculares el nido de la oropéndola negra que acaba de trinar en alguna parte.

Según cuenta Arnulfo, antes de la minería de cemento y la ganadería, los colonos paisas que abrieron trocha en San Luis se dedicaron a extraer madera, pero nadie se ocupó de sembrar de nuevo. El bosque se ha regenerado por su propia cuenta, obedeciendo a los designios de un clima y una tierra propicios para que nazca hasta lo que no debe, con especies nativas y otras no tanto.

—¿Ve ese limón de allá? —pregunta el guía—. Eso seguro fue un maderero al que la mujer le empacó un termo de guandolo, y ahí en ese punto se sentó a almorzar y escupió las semillas, porque el limón no es endémico de esta zona.

En cambio, sí lo es el sapán o alma negra, un árbol de madera fina y codiciada, que le ha valido el peligro de extinción, y también lo son las ceibas que se yerguen orgullosas entre los arbustos, y los cazuelos de semillas graciosas que sirven de inspiración para los artesanos, y los sueldos que crecen como parásitos sobre otros troncos hasta tragárselos por completo, y los monos titíes que nos miran tímidos desde las copas más altas, y centenares de especies silvestres que son oro puro para quien sepa cómo se comen o qué es lo que curan.

Cuarenta minutos después de la bifurcación, después de un puñado de kilómetros en los que cruzamos varias quebradas de aguas cristalinas, aparecen la primera casa, la primera cerca y el primer potrero —aunque aún no vemos la primera señal de vida humana—.

Unas curvas más adelante, una manada de bovinos cebúes yace a un costado de la vía, aglomerados en un acervo insólito para los de su especie. Son alrededor de diez vacas blancas, de joroba y papada pronunciadas, marcadas con un número de tres cifras y un hierro que recuerda a la cabeza de un toro. Le pido a Arnulfo que se detenga para tomar una foto.

Despacio, me bajo del motocarro y me acerco al ganado, que no me quita un segundo la mirada de

encima. Las vacas están inquietas, claramente incómodas, y las más cercanas a mí salen desfavoridas cuando les apunto con la cámara. Entonces, el movimiento de los animales revela la razón del inusual encuentro: sobre el pasto, un ternero recién nacido respira sus primeras bocanadas de aire, mientras su madre, aún con el cordón umbilical colgando de la vulva y casi rozando el suelo, lame la sangre de su cría sin dejar de estar atenta a mis pasos indiscretos. Apenada, bajo la cámara y la dejo tranquila: con el milagro de la vida me recibe Las Confusas.

Primera parada

Arnulfo reconoce el hierro del ganado. Intenta alertar al finquero, pero su teléfono no tiene señal, entonces retomamos el camino para evitar la estampida de las vacas que siguen mirándonos, listas para proteger a la madre y al recién nacido que todavía no se pone en pie.

Poco después, el paisaje se abre a nuestros ojos y el centro de Las Confusas se revela en todo su esplendor. Se trata de un falso valle de hatos extensos —y es falso, explica Arnulfo, porque no hay un gran río que lo atraviese, sino varios riachuelos pequeños que varían de caudal según la intensidad de la lluvia—, rodeado de pequeñas colinas de selva virgen que esconde el corredor kárstico tan codiciado por las cementeras.

—Todas esas montañas siguen cubiertas de bosque primario porque no son potrerizables —dice el guía—. Debajo del monte, solo hay piedra caliza. Si no, ya serían potreros.

Además del verde de los bosques y los pastos, nuestros ojos solo alcanzan a ver vacas y una pequeña construcción —una sola— en todo el centro. Es la escuela de la vereda, que a la vez sirve de sede a la Junta de Acción Comunal y de capilla para el párroco que los visita cada mes desde El Prodigio —hoy es uno de esos días—.

—Más allá —señala Arnulfo un lugar indeterminado en el horizonte, como la famosa pintura de Cano— hay una quebrada que se llama El Tigre. Toda esta zona tiene cavernas y formaciones rocosas que esconden el agua y la llevan a otras partes. El Tigre se esconde por una de esas cavernas y vuelve a aparecer en el río Cocorná.

Poco después, el paisaje se abre a nuestros ojos y el centro de Las Confusas se revela en todo su esplendor. Se trata de un falso valle de hatos extensos —y es falso, explica Arnulfo, porque no hay un gran río que lo atraviese, sino varios riachuelos pequeños que varían de caudal según la intensidad de la lluvia—, rodeado de pequeñas colinas de selva virgen que esconde el corredor kárstico tan codiciado por las cementeras.

De ahí viene el nombre de Las Confusas: de las aguas que desaparecen en las entrañas de la tierra y confunden al que las mira.

Otros nombres han surgido en el mapa conforme Arnulfo y sus amigos los han ido explorando. El balneario Cara del Santo, en el río Cocorná, lo bautizó él por una piedra enorme que se parece al Cristo crucificado; también el charco Mundo Nuevo, que queda al otro lado de una caverna de varias cuerdas de longitud, y el petroglifo El Búho, hoy uno de los vestigios arqueológicos más importantes de la zona, que descubrió por casualidad en 2013 durante una misión que pretendía encontrar semillas de jagua para fabricar botones.

Nuestra primera parada en la vereda será la casa de Alcides Giraldo, confuseño de vieja data y actual presidente de la Junta de Acción Comunal. Desde ayer traté de contactarlo para avisarle de nuestra visita, como dictan las normas de urbanidad, pero los mensajes de WhatsApp nunca le entraron y mucho menos las llamadas por línea convencional —quince días después, cuando escriba esta crónica, los mensajes

misma casa, donde está la señora haciendo las arepas, o hasta el potrero, donde está el señor alistando las bestias para recoger al cura al otro lado del río.

Así los encontramos, a don Alcides Giraldo y a doña Consuelo Duque: ella está en la cocina, fritando las tortas de chόcolo que probaremos minutos después —tortas de maíz diente de caballo, del pequeño, cosechado en su propia huerta—, él, sin camisa, sentado en el comedor jartando el desayuno, y las dos bestias ensilladas esperando a la sombra el primer viaje de la jornada. Y como no ocurre en la ciudad cuando uno llega así, sin avisar, y para acabar de ajustar, antes de la hora de salida, la pareja nos da la bienvenida con los brazos abiertos y un vaso de jugo de guanábana sin colar, con toda la fibra, para calmar la sed del sol ardiente de las diez y media de la mañana.

—Soy de San Luis, pero me trajeron aquí de dos años —cuenta Alcides—. Nosotros vivíamos primero allí donde está la escuela. Todo eso era de mi abuelo. Pero después mi papá le compró esta finquita al abuelo y ya pasó la casa para acá.



enviados a Arnulfo seguirán marcados en la aplicación con una sola palomita gris: mis intenciones perdidas en algún lugar del espectro electromagnético—.

Decidimos, pues, llegar a la casa de Alcides como lo hacía la gente de antes: de sopetón, sin avisar, aparecidos como espantos sedientos, apenas anunciados por el sonido seco de la puerta de golpe —la que usan en el campo para detener al ganado, más no a la gente— que viaja en el aire desde la entrada de la finca, donde está guardado el único carro de la vereda en un galpón hecho a medida, y atraviesa cinco minutos de bosque por el camino de un riachuelo fresco hasta la

La casa la construyeron con sus propias manos con comino del bosque, del que ya no se encuentra porque todo lo talaron. Es una cabaña pequeña levantada sobre pilotes, con un corredor, dos habitaciones y la cocina; el piso y las paredes del mismo material. Las vetas del comino del suelo se perdieron en las cinco décadas de uso: la madera que pisamos es lisa y suave y brillante como la de una pista de baile fabricada por los mejores artesanos, aunque nadie nunca se encargó de pulirla.

En ambas habitaciones hay un zarzo, donde entonces dormían Alcides y sus hermanos, casi pegados al techo de metal. Eran otros tiempos aquellos: sin carretera, sin luz, sin televisión, sin teléfono, sin la posibilidad de saber del mundo por otro medio que no fueran las cartas y los periódicos que llegaban con varios días o semanas de retraso.

Antes de la carretera, los confuseños salían de la vereda a pie y a lomo de bestia. Se demoraban ocho o nueve horas hasta San Luis. Atravesaban el río Samaná por un puente colgante que todavía existe,

También pasó que en 2013 llegó el alumbrado público con ciento veintisiete años de retraso, pues la luz eléctrica se hizo por primera vez en Colombia en 1886. La electricidad trajo la nevera, la licuadora y una cuenta mensual barata, baratísima, que no supera los veintidós mil pesos.

las mulas cargadas con maíz y con frijol para negociar —con yuca no, porque la yuca alcanzaba solo para el autoconsumo—, y detrás de la caravana de arrieros, los cerdos que engordaban con esa misma yuca y con el maíz y con la aguamasa, y cuya venta acababa de ajustar la economía familiar para poder comprar todo lo que la tierra no daba y que llegaba hasta Las Confusas en esas mismas mulas arriadas por hombres recios, igual de incansables que las bestias. De eso vivían casi todas las familias de la vereda, salvo su abuelo, que fue el primero —y en ese momento, el único— en comprar ganado de pastoreo.

Hoy, los zarzos de la casa de Alcides solo sirven para guardar cosas. Él y Consuelo no tuvieron hijos, los hermanos se fueron yendo, otros muriendo, y ya quedan solo sus dos bocas por alimentar —y las de los perros y las gallinas y los pollitos—, y hasta pocos vecinos hay, cada día menos, porque en otras casas fue pasando lo mismo y la vereda se fue llenando de fantasmas.

También pasó que en 2013 llegó el alumbrado público con ciento veintisiete años de retraso, pues la

e intermitente en los morros de alrededor. Por eso, si alguien los necesita con urgencia, ya saben que la mejor forma de contactarlos es escribiéndole un mensaje de WhatsApp a su vecina más cercana, Sofía, quien debe caminar varios minutos por trocha para llevarles el recado y por ahí derecho, pasar a saludar a la pareja.

Para Alcides y Consuelo, la experiencia del internet se limita a WhatsApp y a alguno que otro video en YouTube, si es que la conexión lo permite o están en el pueblo. Redes sociales no tienen, aunque sí pertenecen al grupo de WhatsApp de la vereda —Confuseños Veteranos, se llama—. Por ahí pasa la comunicación de todo lo importante: las convocatorias de la Junta de Acción Comunal, el pedido de auxilio de algún enfermo, la foto de un animal perdido o encontrado, o la programación de las Fiestas del Retorno Confuseño, que celebran cada enero desde hace tres años.

De todas formas, la mejor manera de ubicar al matrimonio es como lo hicimos nosotros: llegando de sopetón, avisados por el sonido seco de la puerta de golpe. Alcides y Consuelo salen poco. Si acaso bajan al



luz eléctrica se hizo por primera vez en Colombia en 1886. La electricidad trajo la nevera, la licuadora y una cuenta mensual barata, baratísima, que no supera los veintidós mil pesos. Hace ocho años, Alcides compró su primer carro, no sin antes averiguar si podía sacar el pase —cuando trabajaba en la cantera de Argos, tuvo un accidente con una esquirla que lo dejó sin ojo izquierdo, pero con una pensión vitalicia—, y desde entonces, su *jeep* se convirtió en la única forma de sacar a los enfermos de la vereda. La modernidad tocó su cúspide máxima con el televisor y la antena satelital de DirectTv, que estrenaron hace cinco años, *ad portas* de la pandemia del covid-19.

Desde entonces, Consuelo es fiel audiencia de varias telenovelas y *realities*, y Alcides mira las noticias del mediodía o de la noche —las mismas que ya escuchaba por radio en las frecuencias am de Caracol y RCN, y en la emisora comunitaria caldense Pensilvania Stereo—.

El teléfono y el internet son otro cuento. Ambos tienen *smartphone* y servicio de Movistar, pero en su casa nunca hay señal y la conexión es poca

pueblo una o dos veces al mes, porque cada que se van hay problemas con los animales. Tienen treinta y una cabezas de ganado por cuidar —que son pocas, pues han llegado a contar hasta cincuenta—, más los pollos y las gallinas que son los que más sufren con su ausencia.

Hace poco, estuvieron ocho días en San Luis con ocasión de un velorio y cuando volvieron faltaban seis animales: una gallina y todos sus pollitos. No saben si fue un ladrón, si fue un tigrillo o las aves mismas perdidas en el monte. También sufren las rozas de maíz, atacadas por los monos titíes que vimos en el camino.

—Ya entonces me tocó conjurarlos. Le dije: «Padre, conjúreme las dos cosas» —dice Consuelo con resignación.

Se refiere a hacer bendecir sus animales y sus cultivos por el cura del pueblo a cambio de una módica donación a la iglesia. No está segura de que funcione, pero algo tiene que hacer. Por eso, lo mejor es no salir mucho. Permanecer en la tierra. Estar pendiente de todo. Porque además siempre hay mucho trabajo, y lo que falta es la fuerza de más hombres.

En este momento, ya con toda su indumentaria puesta —camiseta azul estampada con camibuzo por debajo, botas de caucho, poncho, sombrero aguadeño, machete al cinto— Alcides debe montar su bestia y arrear la otra para recoger al párroco de El Prodigio en la otra orilla del río Cocorná, pues hoy celebrará una misa para la comunidad en el patio de la escuela. Allá los veremos más tarde, a él y a Consuelo, vestidos con sus mejores pintas.

Segunda parada

De todos los habitantes de Las Confusas que contacté antes de viajar a la vereda, María Sofía Gómez, la vecina más cercana de Alcides, fue la única que me contestó. Cuando llegué a su casa a la hora del almuerzo —que ella, con generosidad, aceptó compartir con nosotros—, y entré hasta la cocina y observé todo con atención y curiosidad, descubrí cuál es su truco: sobre la nevera, apoyado en un frasco de cerámica que podría ser un azucarero, yace erguido un celular que suena y vibra con cada notificación.

Eso sí: la señal extraordinaria de la nevera de Sofía normalmente solo les permite recibir y enviar mensajes de texto por WhatsApp, y a lo sumo, descargar un audio o una foto. De vez en cuando, la conexión de Tigo mejora y los datos funcionan para ver videos en redes sociales —a Fernando, que tiene Facebook e Instagram, porque Sofía no tiene redes y únicamente usa el internet para comunicarse con sus familiares, amigos y vecinos de la vereda—.

Las noticias las ve en la televisión, en Caracol o RCN, que son los únicos dos canales que logra sintonizar la antena de TDT. Pero de eso no hace mucho, porque el televisor también es algo nuevo en su casa, y radio nunca han tenido:

—Así no sea nuevo, pero sí, estamos estrenando acá un segundazo —dice Sofía.

—¿Y cómo se entretenían antes de la televisión? —le pregunto, y con su respuesta me doy cuenta de lo tonta e inocente que fue mi consulta.

—¡A mí lo que me hace falta es tiempo! Uno en la finca tiene mucho que hacer. Que la huerta, que los animales. A mí el televisor no me hace falta. Y por eso



—Es el único lugar de la casa donde hay señal —dice Sofía cuando se percató de lo que estoy mirando—. Hasta le tengo un banquito para poder asomarme a revisar los mensajes. De ahí no me puedo mover.

Por mucho tiempo, la familia tuvo que salir a hacer maromas en el monte para lograr algo de conexión, hasta que Fernando, el hijo mayor de Sofía, descubrió ese punto milagroso encima de la nevera de casi ciento ochenta centímetros de altura. Además, dedujo que podrían usar el *hotspot* móvil del celular —esa función que permite crear una red wifi a partir de los datos móviles de un dispositivo— para conectarse desde otros lugares de la casa.

De todas las formas de conexión a internet, los datos móviles es la que mayor alcance tiene en Colombia y la que más ha crecido en los últimos años. Según las cifras del Ministerio de Tecnologías de la Información y Comunicaciones, 91 de cada 100 colombianos tienen acceso a internet desde sus celulares. En cambio, los accesos a internet fijo en Antioquia (por ejemplo, las conexiones por fibra óptica o internet satelital) son solo 29 por cada 100 habitantes.

es que casi no salgo. Aquí tengo peces, tengo gallinas criollas, tengo purinos y cerdos.

En cuanto a las noticias, solía enterarse tarde por lo que le contaban las hermanas o los amigos que viven en el pueblo, y más de una vez le echaron cantalera por no darse cuenta de nada.

—Uno por acá tiene muchas falencias, uno es que se propone a sobrevivir y le hace —dice Sofía, con más tranquilidad que resignación.

—Pero ¿les gusta?

—¡Una maravilla! —responde sin dudarlo—. Yo me amaño mucho por acá.

Desde los tres años, Sofía vive en Las Confusas. Aquí estudió, aquí se casó, aquí tuvo a sus tres hijos, y no piensa moverse a ninguna parte. Fernando sí quiso salir. Vivió varios años en Valencia, una gran ciudad en el centro de Venezuela, y luego estuvo trabajando más de un año por los lados de La Ceja, en el Oriente antioqueño, pero no le gustó y decidió volver a la casa de la madre.

—Eso en la ciudad es gaste plata aquí, gaste plata allá, no puede ir uno ni a la esquina, eso es plata por

todas partes —se queja Fernando—. En cambio, uno aquí se gana la plata, ¿y dónde se la va a gastar?

En Las Confusas no hay una sola tienda, ni una cantina, ni un restaurante, ni tampoco transporte público. La gente se mueve en sus propios caballos o motos, y si se quieren tomar una cerveza, van hasta San Luis o a Doradal, que queda un poco más cerca. El único punto de encuentro es la escuela, pero el problema es que se está quedando sin niños.

—Es que por acá ya casi no vive gente, hombres solos. Puros hombres solos —dice Sofía.

Cuando ella estudió su primaria y bachillerato, había alrededor de cuarenta estudiantes. En los tiempos de Fernando, eran entre veinticinco y treinta. Hoy en día, solo hay cinco niños en la escuela: tres niñas y dos niños. Y aparte de ellos, la única muchacha joven es su hija de dieciocho años, que ahora está viviendo en una casita que tienen en el pueblo porque empezó una técnica en Enfermería en el Sena.

—Yo le tengo un temor a que las escuelas se queden sin niños. Es como si ya la vereda se fuera a extinguir. Si la escuela está cerrada, es como si la vereda no

licenciatura virtual en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia. Su primera experiencia como docente fue en una escuela rural de El Bagre que quedaba a solo diez minutos del pueblo. Allá estuvo un año dando clase a veinticinco estudiantes —«eso era una revolución», dice—, hasta que recibió la noticia del Magisterio y salió con todas sus cosas rumbo a Las Confusas, sin saber absolutamente nada de la zona, a bordo de su moto TVS negra.

—Para mí eso fue como un choque. Yo venía de un ritmo acelerado, tenía que hacer muchas actividades, tenía que ser superproductiva, y al llegar acá, a dar clase a solo cinco estudiantes, fue como si Dios me dijera: «Párale».

Los tres primeros meses vivió en la escuela, en una habitación que está acondicionada para recibir al docente de turno. Los estudiantes volvían a sus casas a la una de la tarde y desde entonces quedaba completamente sola, con un internet satelital intermitente y poco confiable, sin señal en el celular ni vecinos cercanos que pudieran ayudarla ante cualquier emergencia, hasta las ocho de la mañana del día siguiente.



estuviera completa —dice Fernando, y remata con un chiste incorrecto que de alguna manera refleja la nueva realidad demográfica de Colombia—: por eso me dicen que me consiga una chama a ver si repoblamos esto.

Tercera parada

Por casi cuatro meses, entre enero y abril de este año, el Centro Educativo Rural Las Confusas estuvo cerrado por falta de profesor. En todo ese tiempo no hubo clases, ni misas, ni actividades de integración, hasta que Dayana Cárdenas se ganó el concurso del Magisterio y llegó a poner orden en la escuela y a abrir de nuevo sus puertas a la comunidad.

Justo hoy, último jueves de julio a la una de la tarde, el cura de la iglesia de El Prodigio celebró una misa en un altar improvisado en el patio cubierto de la institución, y al terminar la eucaristía, contando aún con la presencia del párroco y de los estudiantes de la escuela, empezó la sesión de la Junta de Acción Comunal.

Mientras la comunidad conversa, Dayana me cuenta que es oriunda de Marquetalia, Caldas, donde se graduó como normalista, y actualmente cursa una

—A mí se me fue la luz como dos, tres días. Yo sola cada noche me quería morir —dice.

Por eso, hace un mes, tomó la decisión de mudarse a la zona de Río Claro, a orillas de la autopista Medellín-Bogotá, donde hay algo más parecido a un asentamiento urbano y tiene una conexión a internet que le permite asistir a las clases de su licenciatura. Todos los días, Dayana transita la carretera destapada que lleva a la escuela y recoge en el camino a una de las estudiantes. Los otros cuatro, aunque ninguno vive cerca, llegan a pie.

—El período pasado tenía a un niño chiquitico, de ocho o nueve años, y vivía lejos, pero lejos, para arriba. Y el niño llegaba, cogía la mula que el papá

En cuanto a las noticias, solía enterarse tarde por lo que le contaban las hermanas o los amigos que viven en el pueblo, y más de una vez le echaron cantaleta por no darse cuenta de nada.



ensillaba y la traía hasta acá. O sea, abría y cerraba todos los broches –los que impiden que el ganado pase de un potrero a otro–, se bajaba de la mula, se subía, eso lo hacía él lloviendo o como fuera, y llegaba hasta acá el niño. Pero el papá lo retiró, y la verdad a mí me dio mucha tristeza porque ya se estaba integrando y estaba recibiendo afecto.

Los demás niños tienen entre diez y dieciséis años, y cursan desde el grado cuarto hasta séptimo. En 2023, la escuela estrenó una antena de internet satelital, la primera que llegó a la vereda, y aunque la conexión no es muy buena y a cada rato deben llamar a los técnicos para que restablezcan el servicio, Dayana trata de que sus estudiantes se acerquen a la tecnología, que la usen, que la entiendan y estén al tanto de las últimas herramientas de la inteligencia artificial. Pero definitivamente, aunque su labor docente es más tranquila que lo que sería en un colegio grande, Las Confusas no es para todo el mundo.

–Yo soy de la zona rural, del Eje Cafetero. Entonces eso hizo que se me facilitara más la vida y la forma de ver la vida acá, porque cualquier profesor que se venga para acá, yo creo que tiene que ser de la finca. O si es de la ciudad, le da durísimo, pero durísimo.

Mi charla con la profesora debe terminar: la comunidad la necesita para discutir algo relacionado con la alimentación de los niños. Yo aprovecho para pedirles unos minutos de conversación. Son alrededor de veinticinco personas, entre hombres y mujeres, casi todos mayores de cuarenta años. Entre ellos reconozco a Alcides, a Consuelo y a Sofía, y los saludo con la mirada y una sonrisa de agradecimiento. Les pregunto cuántos confuseños son.

–Aquí hay más muertos que vivos –responde Alcides, quien, como presidente de la Junta, y ante la timidez de los que no me conocen, toma la vocería de la comunidad–. Una vez saqué la cuenta y ya van más de cien.

Ninguno tiene claro cuántos habitantes hay en la vereda, pero deben ser alrededor de cincuenta. Eso

sí: en el grupo de Confuseños Veteranos hay más de ciento cincuenta personas que se reúnen cada año en las Fiestas del Retorno.

–Aquí en la escuela hacemos la fiestecita – cuenta Alcides–. Contratamos cantantes, trovadores, vamos al río a tirar baño.

El Retorno Confuseño se celebra los primeros días de enero desde hace tres años. Durante dos o tres noches, los prados alrededor de la escuela se llenan de carpas y las carpas de gente, y a muchos de los que llegan deben preguntarles el nombre porque hace tanto tiempo que se fueron, que ya no reconocen sus rostros.

La mayoría migraron a la ciudad huyendo del conflicto –hasta hace un par de décadas, El Prodigio y Las Confusas fueron escenario de tomas guerrilleras y enfrentamientos entre las FARC y las AUC– o en la búsqueda de mejores oportunidades económicas y laborales.

La comunidad reconoce que no es fácil vivir en un lugar tan aislado. A pesar de que muchos ya cuentan con televisión e internet satelital en sus casas, y casi todos tienen de a dos celulares –uno *flecha* para las llamadas y el *smartphone* para WhatsApp y las redes sociales–, la lejanía física es un problema que las pantallas no siempre logran resolver.

Por ejemplo, hace trece años presenciaron el nacimiento de una de las niñas que actualmente estudia en la escuela.

–Yo no sé si hicieron las cuentas mal hechas o qué pasó que no la sacaron a tiempo –dice Alcides.

A él fueron a llamarlo de urgencia a su casa porque una muchacha había enfermado por el sector de Agualinda. En ese entonces ni carro había, aunque ya existía la carretera. Y la mujer en trabajo de parto iba acostada en una hamaca, cargada por varios hombres, viendo al diablo y a Dios y a la Virgen en cada contracción, cuando sintieron algo raro: era el bebé que ya venía para afuera. La arrimaron a un saladero para ganado, pusieron unas cobijas y ahí nació la niña: a orillas del camino, como el ternero que la vaca cebú limpiaba esta mañana con su lengua áspera y musculosa.

PERIODISMO

DADA

PARA QUÉ?

La **varita mágica** que usted necesita para convertir sus **PERIODISMOS** en el **arma más eficaz** contra el **aburrimiento** y la **falta de humor**. El **antidoto** seguro y la **fórmula** justa frente al **tedio**.

El **periodismo Dada** siempre tiene una **respuesta** dirigida a los **tímidos** y **desconfiados**, sin necesidad de **extraños sortilegios** o **recursos difíciles**.

El **camino** más **directo** para transformarse en un **PERIODISTA** **agradable** y **feliz** en poco **tiempo**.

PERE ORTÍN



CON RAZÓN

En este tiempo de indiferencia casi total ante el periodismo es una gran oportunidad para tejer nuevas complicidades y dudar en conversación sobre lo que hacemos. Para inventarnos una tradición periodística desconocida que se desafíe y nos desafíe, que nos ayude a perder el miedo a volar y aterrizar en lugares desconocidos en los que, por fin, descubriremos que no hay humanidad posible sin la belleza que se esconde tras todo signo de interrogación?

¿Y si no aceptamos las respuestas disponibles que ofrece el 'periodismo' sobre su propia condición? ¿Y si (re)pensamos el periodismo como ensayo creativo que crea otras formas de relacionarse y representar eso que, para entendernos, llamamos realidad? ¿Y si rompemos el triángulo de esa tradición devenida en tradicionalismo que une información-noticia-actualidad?

CON RAZÓN

La actual crisis global y el colapso de sentido del periodismo convencional hecho en el siglo XXI con axiomas del s. XX es una oportunidad para

3

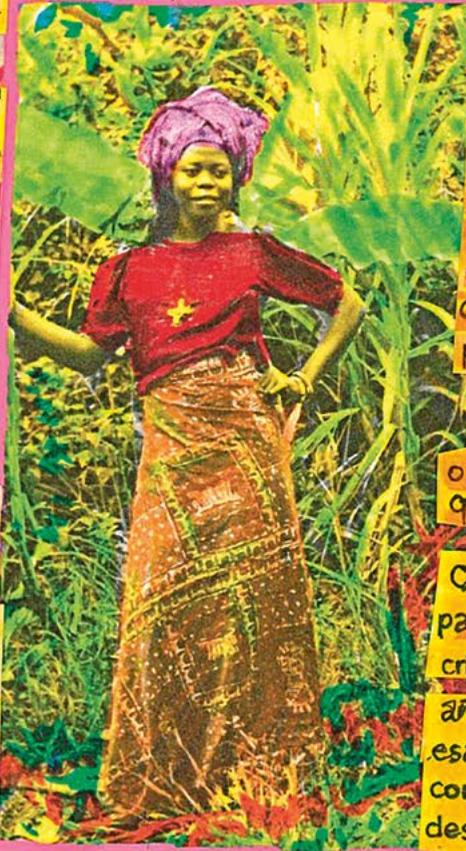
aburrirera y que yo llamo #PeriodismoGaGá, como expresión coloquial de lo viejo, lo oxidado, lo que ha perdido sentido ...lo 'gagá'.

contradecir las ideas y prácticas periodísticas conservadoras y sesgadas (de todo signo y condición ideológica) que más allá de formas, formatos, plataformas - son ejercidas

PERIODISMO DADÁ

El #PeriodismoGaGá es ese hecho en la rutina de «lo de siempre»; ese que vive instalado en el horror cotidiano de lo «necro»

«puntuales inquisidores de la ortodoxia» (1) que practican el periodismo encarcelados en «prisiones de lo posible» construidas sobre dogmas de fe heredados



ese que resulta tan conservador como inofensivo en sus denuncias con «datos» y que presenta su «investigación» de «soluciones» como si la vida fuera un crucigrama en el que existen respuestas correctas para colocar en cada casilla.

acriticamente de una tradición que se construyó en ese país llamado «Pasado» en el que la gente hacía las cosas de otros modos (3).

Ese periodismo que hoy vive obsesionado con el « clic » y que hace «crac».

Es una gran oportunidad para «pensar en colectivo» (4) lo que hacemos y desafiar el asfixiante dominio del «periodismo Gillette» (6), tan bien afeitado y

Con idea de abrir nuevos lugares para el pensamiento periodístico crítico y desde hace

años trato de responder (me) a esas y otras preguntas similares con la ambición impropia que desencadenan las pasiones

con ínfulas de superioridad moral, que dice decir la Verdad (en singular y mayúscula) porque pregunta cuatro cosas a dos o

inapropiadas; con esas dudas inesperadas que tienen siempre consecuencias imprevistas.

tres personas llamadas «fuentes» y balancea lo que dicen y habla mucho, todo el tiempo, de la Realidad con 'datos', con 'hechos' incontrovertibles y cuenta las cosas como si se

Ahí surge ese desafío llamado #PeriodismoDaDá un viento que se rebela contra la eternidad y los dogmas del

periodismo convencional. Resistencia, boicot, sabotaje. Interrupción e insumisión. Deserción y fuga:

gagá vs Dada

#PeriodismoGagá

#Periodismo DaDá

s.XX	lecteurs 114, 130, 178, 194, 258
Informar	rs du <i>Journal des Voyages</i> 306
Épica	MŒURS L'ALGERIE 87
Respuestas	Fête (une) nègre a Alger 87
Afirmación	LES DRAMES 110
Verdad (singular y única)	ord d'un torpilleur 107
Hechos (incontroversiales)	Animaux (les) polaire 323
Fábrica/Factoría/Redacción	Verdad (singular y única) 162
Dogmas indiscutibles	Hechos (incontroversiales) 2
Formato/s	Fábrica/Factoría/Redacción 194
Realismo burgués	Dogmas indiscutibles 370
Representación	Formato/s 242
Coser	Histoire naturelle. laires 343
Contar (in)forma	Realismo burgués 334
Sólido	Contar (in)forma 166, 82, 107
Autoreferencial	Representación 130
Especialización funcional: Géneros	Coser 814
Autoritarismos machistas	Contar (in)forma 334
Racismo cosmopolita	Sólido 44
Beneficio extractivista	Autoreferencial 378
Insistir en lo invivable	Especialización funcional: Géneros 171
	YO 210 226
	Chap. III YO 21
	Autoritarismos machistas 30
	Racismo cosmopolita 70
	Beneficio extractivista 85
	Insistir en lo invivable 115

s.XXI	Chap. I. — s.XXI 274
Entender	Chap. II. — Entender 290
Ética	Henry 306
Preguntas	Chap. — de la « Sylphide » 322
¿Duda?	Chap. — Dans le canot-major . . . 338
Verdades (plurales y en discusión)	En vue du « Tricolore » . 363
Hechos (insuficientes)	mer Ro 18
Laboratorio/Experimento/Test	¿Duda? 34
Imaginaciones no esclavizadas	spirant de marine (suite). 136
Artefacto/s	Hechos (insuficientes) 151
Ficción especulativa	Laboratorio/Experimento/Test 165
Simulación	Imaginaciones no esclavizadas 185
Tejer	Artefacto/s 188, 202
Contar (de)forma	VI. — Ficción especulativa 231
Membrana	VII. — Simulación 250
Exoreferencial	VIII. — Tejer 267
Creación modular: Collage/Remix	IX. — Contar (de)forma 270
YO y otros	X. — Membrana 286
Complicidades igualitarias	XI. — Exoreferencial 286, 302, 319
Universalidad oblicua	Voyages (les) de 319
Bien común	(Suite). — (Voir le Tejer 319)
recrear lo vivible	II. — Contar (de)forma 319
	III. — Membrana 319
	IV. — Exoreferencial 319
	V. — Creación modular: Collage/Remix 319
	VI. — YO y otros 319
	VII. — Complicidades igualitarias 319
	VIII. — Universalidad oblicua 319
	IX. — Bien común 319
	X. — recrear lo vivible 319



¿QUÉ ES EL #PERIODISMO DADÁ?

¿Son posibles otras narrativas periodísticas que superen y substituyan conceptos como «información» y «actualidad»?

El #PeriodismoDaDá es una exploración desobediente parte de la espontaneidad 'lúcida' del 'remix'.

de lo aleatorio y de la contradicción; del caos y de lo imperfecto; el s. XXI DaDá.

#ElPeriodismoDaDá aborda con determinación e ironía que no hay avance posible en la ortodoxia.

El #PeriodismoDaDá No acepta refugiarse en ese salvavidas llamado consenso, ese hacer lo de siempre, como siempre, no funciona; el statu quo es hoy inaceptable.

No es manual de autoayuda para un periodismo en crisis, impugna todo lo anterior al

abandonar la lógica perversa de esa podredumbre perecedera e inservible llamada «actualidad»

El #PeriodismoDaDá parte de una búsqueda consciente: ¿Son posibles otras narrativas periodísticas fruto de nuevas imaginaciones no esclavizadas por los dogmas del siglo pasado?

invita a emanciparnos de los corsés identitarios de un periodismo moralista, apela a inteligencias y experiencias diferentes para unos nuevos tiempos convulsos.

El #PeriodismoDaDá es también una apuesta por resituar la belleza en el centro del escenario periodístico; explora formas periodísticas prácticas híbridas, bastardas, fronterizas, disidentes y mutantes (9) más allá de fronteras de géneros y formatos convencionales

El #PeriodismoDaDá se sabe una ficción basada en hechos reales y no tiene miedo de ello. Se sabe construido por unas materias primas que (palabras, imágenes, sonidos...)

que son, primero y antes que nada, creaciones estéticas en el marco de un lenguaje expresivo

#ElPeriodismoDaDá es una propuesta crítica de una nueva ÉTICA, en sentido Foucaultiano como "práctica reflexiva de la libertad" que impugna -cuestiona afirmando dudas-

las bases convencionales de ese modo de hacer periodismo que asegura no tener ideología y ser objetivo, pero que es tan ideológico como inofensivo.



5

El #PeriodismoDaDá

El #PeriodismoDaDá toma dos formas principales: el #EnsayoCollage y la #CrónicaCollage y, recuperando técnicas analógicas del remix, el collage, el fotomontaje y la remezcla, se centra en agarrar tijeras, pegamento, papeles, fotos, palabras para (re)

construir-pegar historias periodísticas que piensan y hagan pensar; historias con las que se puede volver a establecer una relación primitiva con la realidad.

Artes, Ciencias

diversidad

Y todo eso a partir de referencias, formatos y tradiciones exoperiodísticas: desde la poesía y las diversas artes contemporáneas (o no) a los lenguajes matemáticos, de la física cuántica o la I.A., la gastronomía, el álgebra, la biología como tecnologías creativas y liberadoras de nuevas inteligencias...

Hace falta estar dispuestos a llegar al límite de lo que somos, pensamos y decimos saber. Es necesario perder el miedo a cuestionar los límites y, revisar nuestra inteligencia crítica

periodismos

Es ahí donde yo me siento seguro.

El #PeriodismoDaDá ensaya y se deja contaminar por las artes y las ciencias y se crea a partir de una ecuación sencilla: (Ideas+Emoción+Análisis) + (Narración+ Historia + Contexto) / Pensamiento/s + Belleza



No propongo poner el contador del periodismo a cero, tampoco trato de reinventarlo, con el #PeriodismoDaDá solo asumo que vamos a tener que sobrevivir caminando sobre el abismo de nuestros propios límites

Hedonismo ético

futuro
8 2

Estimulante
36 37 38

EL PERIODISMO

daDa

Un decálogo

1. Reconoce la duda sobre su propia condición como relato.

2. Admite, presenta y exhibe, la falibilidad de lo que cuenta como elemento central de su narrativa.

4. Se construye desde la complicidad* y no desde lógicas de: autoridad, poder, enfrentamiento, dominio.

3. Asume la complejidad de la vida en su relato y ayuda a complejizar la existencia del lector/espectador en un sentido positivo, abierto, dinámico, fluido...vivo.

5. No sirve para contarlo todo. Abandona esa conmovedora estupidez llamada "objetividad" y apuesta por mostrar cómo funcionan y se construyen sus prácticas y procesos.

6. Busca de forma activa una regeneración crítica cognitiva de las prácticas y las ideas

7. Es una actividad de Responsa-Habilidad para tratar de entender antes de intentar explicar.

8. Incorpora lógicas ecofeministas de cuidados, también para cuidar, (en todos los sentidos) de las historias que cuenta.

9. Entiende la importancia de «Las historias» (en plural) y no quiere hacer "Historia" (en singular).

10. Asume que "traducir a lxs Otrxs" y "dar voz a los sin voz" son perifrasis que esconden lógicas neocoloniales y de dominio; formas, hoy como ayer de racismo cosmopolita.

#PeriodismoDaDa:

Sin reto no hay creación.

Sin desafío no hay humanidad.

No es ninguna utopía.

Es una necesidad.



BASTA DE REALIDAD (EN SINGULAR)
 BASTA DE HECHOS INCONTROLABLES (EN MAYÚSCULA)
 BASTA DE VERDAD (EN SINGULAR)
 BASTA DE CONSENSO (EN SINGULAR)
 BASTA DE 'FORMA' CÚCHE
 BASTA DE ESTEREOTIPADA (EN SINGULAR)
 BASTA DE 'MAYÚSCULA' (EN SINGULAR)
 BASTA DE 'MAYÚSCULA' (EN SINGULAR)
 BASTA DE 'MAYÚSCULA' (EN SINGULAR)

BASTA DE 'PERIODISTXS'
 (EN PLURAL)
 (EN SINGULAR)

BASTA DE 'PERIODISTS'
 QUE DICEN "DAR VOZ A
 LOS 'SIN VOZ' ... QUE
 DICEN SER LOS
 TRADUCTORES
 DE LOS
 'OTROS'
 ..."

BASTA YA...

BASTA YA...
 BASTA YA...

Una historia supuestamente verdadera

Jeff Weiss fue reportero de tabloides mientras Britney Spears se desplomaba. Entre luces de neón, su novela, *Waiting for Britney Spears*, se adentra en el corazón roto del sueño americano y reflexiona sobre la verdad y la fama en el siglo XXI.

Britney Spears ya era la cara del sueño americano —y la crisis del periodismo que se extiende hasta hoy ya empezaba a definirse— cuando Jeff Weiss (Los Ángeles, 1981), recién graduado de la universidad, por fin encontró trabajo como reportero para una revista de celebridades. Era 2003. Durante los siguientes cinco años, Weiss recorrió fiestas, alfombras rojas y el lado más sórdido de la noche angelina a la espera de Britney. Mientras lo analógico le abría paso a lo digital y Estados Unidos se agrietaba, él observó atentamente la caída de la cantante que se inmortalizó en el panteón del pop con éxitos como *Baby One More Time*. El acoso de los *paparazzi* amplificó toda esta tragedia. Weiss tomó atentas notas desde la primera fila de aquel espectáculo aberrante: algún día escribiría sobre todo esto.

En junio de este año, Weiss publicó su primera novela: *Waiting for Britney Spears* (MCD Books), una pesadilla de neón que retrata el declive de un país reflejado en el de su ídolo dorado. El narrador es un reportero deslumbrado por Britney —«Sentí como si acabara de ver nacer un cometa», dice cuando la ve por primera vez—, y, a la vez, atormentado por la degradación moral que impulsan los tabloides. Así que, durante cinco años, a falta de un trabajo con menos

contradicciones éticas, la busca en todos lados: en la mansión Playboy, en una discoteca de Las Vegas distorsionada por una pastilla de éxtasis, en sus bodas, en el nuevo bar de moda. La busca y la espera. Con la misma combinación de análisis profundo y lenguaje piro-técnico que lo elevó como uno de los grandes periodistas del hiphop de este siglo, Weiss se hunde en el torbellino de la fama, en un aparato de vigilancia cultural cada vez más efectivo, para plantear una pregunta: ¿qué le pasó a la última gran estrella del pop?

«El sueño reluciente fue destruido primero por intención, luego por diseño. Ella se resistió al confinamiento dorado y le prendió fuego a la fantasía de plástico, pero había espías y cámaras en cada esquina. Y todos estaban listos para sacar tajada», escribe Weiss en las últimas páginas. Y aun así, no hay una respuesta definitiva. El subtítulo de *Waiting for Britney Spears* es *A true story, allegedly*: desde la portada, el libro ya duda de los términos con los que los medios crean verdad y la separan de la ficción, al mismo tiempo que se cubren ante la incertidumbre. Para Weiss, se trata, precisamente, de que no podemos saber todo lo que pasó; en más de una ocasión, ha descrito su libro como «un manifiesto sobre la imposibilidad de conocer

la verdad exacta de cualquier cosa, especialmente de aquello que se refracta y distorsiona a través del lente de los medios electrónicos».

Weiss publicó un reportaje en el *Washington Post* sobre la Generación Beat en 2017. Recuerda que cuando entrevistó a la poeta Diane Di Prima, su esposo le dijo que no le preguntara por su libro *Memorias de una beatnik*: ella solo lo había firmado luego de que su editor le pagara el doble, y así como había partes verdaderas, otras eran ficción. Esa fue la base que le permitió a Weiss encontrar un rumbo para su proyecto de libro, que aguardaba en las esquinas de su mente desde que trabajaba como reportero para tabloides como *Star*. Bajo la influencia *gonzo* de Hunter S. Thompson, los instintos de Eve Babitz —cronista por excelencia de la vida social de Los Ángeles en la década de 1970—, la perspectiva de Nick Carraway como narrador de las hazañas y desgracias de Gatsby en la novela de F. Scott Fitzgerald y el filtro posmoderno del detective Doc Sportello en *Vicio propio*, del enigmático Thomas Pynchon —obra que Paul Thomas Anderson llevó al cine: Joaquin Phoenix interpretó a Sportello—, Weiss construyó su propio dispositivo narrativo, que le permitió ir más allá de las categorías de ficción y no ficción. *A true story, allegedly*.

Waiting for Britney Spears abre distintos frentes para reflexionar sobre la verdad y su valor social. Por un lado, la editora del protagonista defiende la ética de los tabloides —por mordaces e invasivos que puedan ser, no reportan abortos ni muestran fotos de menores— y, sobre todo, defiende la verdad que cuentan: «La única alternativa sería un sinfín de artículos aduladores o mentiras aprobadas por los artistas». Por otro lado, Britney lanza su propio *reality* para contrarrestar los abusos de los *paparazzi* y la presión de las expectativas, con la esperanza de que el público prefiera su verdad auténtica sobre los

relatos fabricados y exagerados de los tabloides; el resultado es desastroso. «Detestaba la imagen idealizada que se había visto obligada a habitar desde los dieciséis años, pero se equivocó respecto a cómo sería percibida sin filtros», escribe Weiss, y así traza una proyección de la autorrepresentación en redes sociales dos décadas más tarde.

Uno puede leer *Waiting for Britney Spears* como una pieza aguda de crítica musical, las memorias de un periodista que buscaba integrarse a un mercado laboral cada vez más precarizado, la transición entre el final del siglo xx tangible y el inicio del XXI electrónico, un registro de las tendencias más altisonantes de la moda *dosmilera* o las bases de la cultura digital cuyas consecuencias vivimos hoy. El libro acaba en 2008, cuando Britney Spears quedó bajo la tutela de su papá —que así puede protegerla y controlarla— y el protagonista abandona, por fin, su trabajo, para apostar por un futuro distinto. Fue el mismo año en el que el iPhone llegó al mercado y, con él, la posibilidad de que todos tuviéramos una cámara en el bolsillo.

En 1998, Liam Gallagher —vocalista de Oasis— fue arrestado en Londres luego de romperle la cámara y darle un puño a un intrépido *paparazzo* llamado Mel Bouzad. Durante los cinco años que Weiss cubrió la farándula de Los Ángeles, Bouzad fue su mentor, compañero y conductor y fuente de dolores de cabeza; ya era uno de los *paparazzi* más exitosos de toda la ciudad. En el libro, Bouzad se llama Oliver: «Nos hemos devorado a nosotros mismos», lamenta cuando *TMZ* ya ha devaluado todo el sistema de tabloides. «Somos como ratas en un puto barril, y yo no quiero ser de los últimos que siguen peleando por sobrevivir. Al final, solo serán don nadie tomando fotos de celebridades en la calle, o las estrellas montando escenas falsas para subirlas ellas mismas. Van a eliminar al intermediario». Ya

estábamos de camino a que todos fuéramos al mismo tiempo *paparazzi*, celebridades y audiencia en el nuevo tabloide sin intermediario: Instagram.

Sobre la verdad, la honestidad, los tabloides y Donald Trump, hablé con Jeff Weiss.

¿Cómo te acercaste a la noción de verdad durante la escritura del libro?

Me inspiré en *Rashomon*, la película de Kurosawa. Por eso, cada escena del libro podría tener versiones distintas, cada una con sus sesgos: la de los *paparazzi*, la del reportero y la de la celebridad. Y luego está la escena refractada digitalmente en la pantalla o la sala de alguien más. De hecho, consideré si tenía sentido entrevistar a más personas que vivieron el fenómeno de Britney Spears en vivo y en directo, pero rápidamente entendí que, en un caso tan complejo, la «verdad» inevitablemente está contaminada, y el paso del tiempo no solo diluye la memoria, sino que la altera. Entonces lo fundí todo en un relato que no le debía lealtad a una idea imposible de la verdad absoluta, sino a una especie de verdad espiritual. Los hechos importan, claro. Pero la honestidad es lo fundamental, es lo más cerca que uno puede estar de la verdad hoy en día.

Entre Instagram, el régimen de influencers y la crisis de los medios, ¿cómo interpretas todo lo que pasó desde 2008?

Los tabloides fueron remplazados por Instagram. Antes, *Us Weekly* nos mostraba que las celebridades eran como nosotros, y así sus páginas podían ser también un *marketplace* para que las celebridades promocionaran productos pautados: maquillaje, ropa o suplementos dietéticos. Entonces el camino estaba listo para los *influencers*, hay una conexión directa. Y de los tabloides también viene la posibilidad de ser famoso por ser

famoso, como Paris Hilton. De ahí vienen los *influencers*. La fama es el único *commodity* que persiste hoy en Estados Unidos.

Algunas de las personas más inteligentes que he conocido eran *fact-checkers* para el *Us Weekly*. A pesar de todo, los tabloides tenían estándares. A veces acertaban, a veces se equivocaban, pero casi siempre había al menos algo de verdad en sus artículos. Lo que sus historias no tenían eran varias dimensiones, matices. Y al final, todos estos medios impresos sucumbieron ante *TMZ*, que puede ser el medio más influyente de este siglo: transformó nuestra percepción de qué es una noticia, y retó la frontera ética de lo que se podía cubrir, y cómo.

Hoy estamos atrapados en este mundo de constructos tecnológicos que pusieron barrotos a nuestro alrededor. Antes había un montón de revistas y ahora hay muy pocas; había un montón de canales y ahora hay cuatro servicios de *streaming*. Vivimos en un mundo donde la información es infinita y, sin embargo, nunca había sido tan estrecha, constreñida e insulsa. Ya ni siquiera tenemos filtros humanos, ahora es el algoritmo diseñado para satisfacer nuestros instintos más básicos el que decide, el que recompensa nuestra atrofiada capacidad de atención. ¿No te parece raro? Resultó que la supercarretera de la información tenía un solo carril.

Tú propones a Britney como símbolo del sueño americano, y su caída como reflejo de una desilusión nacional de ese mismo sueño. ¿Qué nos dice su historia sobre la

relación de Estados Unidos con sus celebridades?

Ya fuera por salud mental, la presión de la fama, los *paparazzi* o por su papá, podemos estar de acuerdo en que algo salió muy mal con Britney Spears, y terminó crucificada por nuestro deseo de entretenimiento. Era dulce, talentosa, bonita, del sur del país, que mostraba todo lo que era posible en Estados Unidos. Por

eso sobrevive cierta idea nostálgica de su inocencia: como país, anhelamos volver a ese jardín del edén, antes de que todo se rompiera, aun si en el supuesto edén ya se veían las grietas. El libro retrata cómo aceptamos que todo era aceptable—incluyendo la destrucción de las celebridades— para saciar nuestra sed de sangre, nuestro júbilo gladiatorio. Y como país, como sociedad, no nos hemos recuperado.



Jeff Weiss (Los Ángeles, 1981) es el fundador y editor del blog *Passion of the Weiss*. Ha colaborado con medios como *Pitchfork*, *GQ* y *The Washington Post*. La revista *Rolling Stone* lo incluyó en su lista de los cincuenta personajes que le darán forma al hip hop de los próximos cincuenta años. *Waiting for Britney Spears* (2025) es su primera novela. Foto de Krista Schlueter.

Ya ni siquiera tenemos filtros humanos, ahora es el algoritmo diseñado para satisfacer nuestros instintos más básicos el que decide, el que recompensa nuestra atrofiada capacidad de atención. ¿No te parece raro? Resultó que la supercarretera de la información tenía un solo carril.

Si la caída de Britney coincidió con el fin de la monocultura que hizo posible un fenómeno como el suyo —en el que una sola persona podía acaparar todas las portadas—, ¿qué implica ser una superestrella hoy? ¿Puede resurgir un fenómeno tan masivo?

Yo creo que la última celebridad de la monocultura fue Taylor Swift. Desde entonces, todo se ha atomizado. Mr. Beast probablemente es uno de los diez estadounidenses más famosos ahora mismo, pero si lo pones en una calle, el 80 % del país no lo reconocería y el 20 % se moriría de la emoción al verlo. ¿Sabes quién tiene la canción más popular de Estados Unidos ahora mismo [según *Billboard*]? Lo acabo de googlear. Es Alex Warren y la canción se llama *Ordinary*. Nunca había escuchado de él y nunca he escuchado la canción, y eso que dirijo un medio de periodismo musical. En la época de Britney, yo no tenía sus discos, pero me sabía todos sus sencillos. Y ese nivel de ubicuidad cultural es ajeno a este mundo, no existe. Ahora todos tenemos nuestra tribu y nos aislamos del resto. Addison Rae es la nueva estrella pop. Escuché su disco y me pareció muy bueno, pero en el top cien de *Billboard* solo hay una de sus canciones. Una persona promedio en Colombia seguro no la reconocería, pero en el 2000 sí habría reconocido a Britney, obviamente, pero quizás también a Christina Aguilera.

Por lo que muestra el libro, Donald Trump era una presencia constante en los tabloides de los años 2000. ¿Esa fama, esa espectacularidad ruidosa, tuvo algo que ver con su llegada a la Casa Blanca?

Donald Trump fue, sin duda, el primer presidente producto de los tabloides. Aparecía en esas páginas al lado de Britney o de Pamela Anderson, era una yuxtaposición muy interesante. Él se apoyó en los tabloides para hacerse famoso, y, como megalómano obsesionado con la publicidad, entendía cómo usarlos. También es el primer presidente *influencer*. Puede que sea el primer *influencer* y Paris Hilton la segunda: sus familias eran cercanas. Si a los tabloides les faltan matices y sutileza, Trump es el antónimo de

los matices y la sutileza. Además, Trump fue una de las primeras estrellas de los *reality shows* —otro resultado de nuestra obsesión por la verdad— y así creó la noción de que era un gran hombre de negocios. Ya lo hacía desde *El arte del trato*, pero con *El aprendiz* se convirtió en una gran figura nacional. Creo que esa percepción de él como un genio de los negocios jugó un rol en su victoria en las elecciones.

Los géneros o etiquetas literarias también están obsesionadas con la verdad: ficción, autoficción, no ficción. Parece que te quisiste zafar de todo eso, ¿no? ¿La historia que querías contar no cabía en esos marcos?

En el libro hay influencias de la generación Beat y de Hunter S. Thompson, así como de Herman Melville y Henry Miller: hoy se diría que todos ellos escriben autoficción. Pero ¿cuánto de lo que escribió Truman Capote en *A sangre fría* es verdad? Tom Wolfe escribió *Ponche de ácido lisérgico*, un libro de no ficción, como si hubiera estado en ese bus, pero no. Y sé que David Foster Wallace se inventaba cosas para *Harper's*. ¿Estaba mintiendo? No sé, seguramente quería construir otro tipo de verdad. Entonces, yo quise mezclar todos estos antecedentes para lograr una suerte de novela *noir* en Los Ángeles, en la que el periodista ocupa el lugar del detective. Y a esas influencias se sumó la naturaleza de los tabloides, que difuminaban el límite entre los hechos y la ficción.

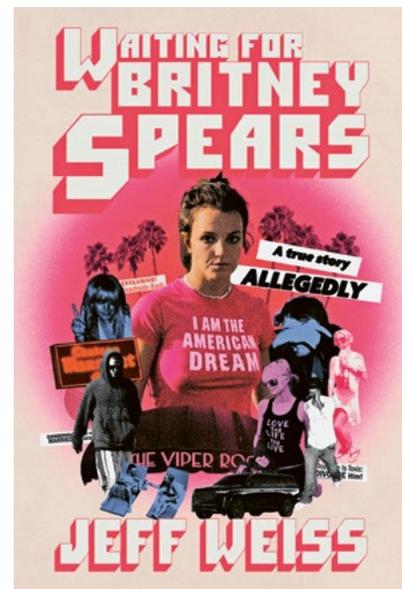
Podemos hablar también de los *realities*, que se presentan como verdaderos y reales, pero sabemos que tienen un componente ficcional. Pasa lo mismo con el rap: nadie les pregunta a los raperos, que son escritores, si sus letras son «verdaderas»; entendemos que quizás algunas de las cosas que cuentan le pasaron a un amigo, o quizás se las inventaron. Pero, al final, o le crees o no le crees al personaje. Es un tema de autenticidad. En mi libro, como en el *gangsta rap* o cualquier tipo de

rap, el protagonista es una versión del autor. Pero no le quería poner nombre. Eso lo hizo antes John Rechy en *City of Night*, que fue una influencia totémica para mí.

Al final, fue liberador no tener que escribir o mis memorias o una novela totalmente inventada. De la forma en que lo hice pude lograr algo más acertado. ¿Que si todo lo que pasa ahí es cien por ciento verdadero? Bueno, eso es lo bonito. La vida está llena de zonas grises. Y en el libro, las zonas grises son rosadas.

Al final, si los tabloides se obsesionaban con la «verdad», y rompían todos los límites éticos para conseguirla, quizás en la ficción haya unos caminos más libres para acercarnos a una parte de la verdad, ¿no?

Estoy totalmente de acuerdo. Por eso, con este libro intenté hacer una canción de pop, aunque por lo largo más bien es como un tema de *prog rock*. Siempre he querido escribir ficción precisamente porque quiero decir la verdad. Y el periodismo a veces se siente muy limitado en ese aspecto. La ficción que me gusta puede ser más honesta y auténtica frente a la vida.



Waiting For Britney Spears (2025), Jeff Weiss. MCD Books.



CLINICA
PARA
ENFERMOS
DE LOS MEMES

Parranda mutante

El meme, esa prueba ácida y muestra del más elevado ingenio humano, analista de la actualidad en todos los niveles posibles, compañero inseparable, primer y último recurso ante el aburrimiento, subproducto bastardo de las tecnologías de la información reclama su árbol genealógico.

«¿De dónde vienen los memes?». Nadie (literalmente nadie) se hace esa pregunta cada vez que un meme divertido aparece de repente y le saca una risa leve desde el teléfono en su mano... «¿De dónde vienen los memes?». Esta es, sin embargo, la pregunta que se hace a sí mismo, pegado a su pantalla, un nuevo profesional de nuestro siglo inesperado: el genealogista de memes. Aquel detectivesco hijo de internet que intenta investigar cuáles son sus orígenes y antepasados. «¿De dónde vienen los memes?». Al escarbar y escroleo entre pantallazos y píxeles del planeta entero, las respuestas que se encuentra apuntan hacia pistas plurales e incluso contradictorias. No en forma de árbol genealógico de memes sino más bien de raíces enredadas: enredijo genético, estético, tecnológico, mediático, vernáculo y capitalista. Una maraña enigmática de información que hoy toca entonces desenredar (no sin cierto humor) desde las redes mismas, donde los memes no dejan de engendrarse como el pan digital de cada día.

I

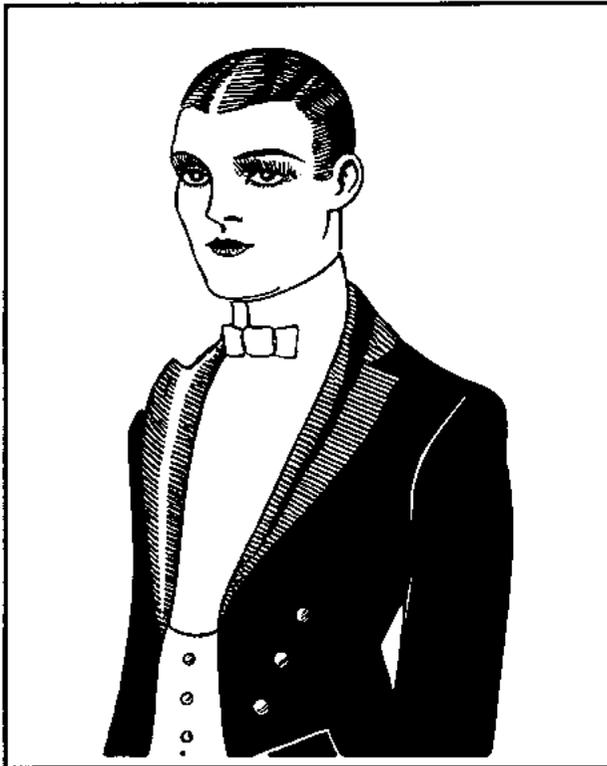
El meme no tiene padre... Pero ¿la palabra meme sí? Para comenzar, esta es tal vez la primera bifurcación compleja que surge cuando un genealogista investiga el origen de los memes y su denominación. Basta consultar la definición de meme en el *Diccionario de la lengua española*, en cuyo seno dicha palabra (masculinizada e hispanizada con dos sílabas) se desdobra entre dos acepciones desde que fue admitida en 2018:

meme

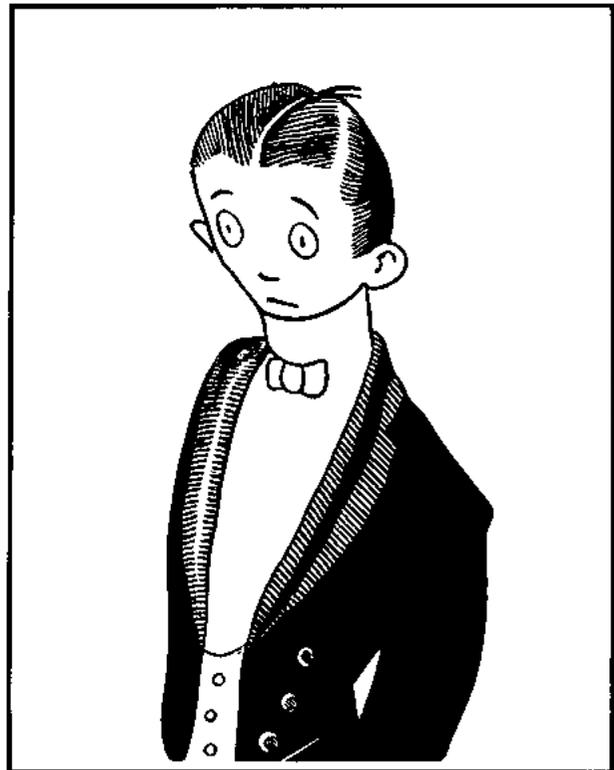
Del ingl. *meme*, palabra acuñada en 1976 por R. Dawkins, biólogo inglés, sobre el modelo de *gene* 'gen' y a partir del gr. *μίμημα* *mímēma* 'cosa que se imita'.

m. Rasgo cultural o de conducta que se transmite por imitación de persona a persona o de generación en generación.

m. Imagen, video o texto, por lo general distorsionado con fines caricaturescos, que se difunde principalmente a través de internet.



HOW YOU THINK YOU LOOK
WHEN A FLASHLIGHT IS TAKEN.



HOW YOU REALLY LOOK.

Se podría argüir que una década antes, Gabriel García Márquez, en el árbol genealógico de *Cien años de soledad* (1967), había ya acuñado *Meme* como diminutivo de Remedios: ¿*Memes* de Macondo como «remediación» de estirpes a través de hereditarios «remedos»? Apenas un antecedente, en la pista etimológica «oficial» los orígenes del meme apuntan siempre a Dawkins. En el capítulo once de su *bestseller* setentero *The Selfish Gene*, el biólogo evolucionista justificaba así el nacimiento de su neologismo:

Necesitamos un nombre para el nuevo replicador, un sustantivo que exprese la idea de una unidad de transmisión cultural o una unidad de imitación. *Mimeme* proviene de una raíz griega adecuada, pero quiero una palabra monosilábica que suene un poco como *gene* [gen]. Espero que mis amigos clasicistas me perdonen si abrevio *mimeme* como *meme*. Si sirve de consuelo, también se podría considerar que está relacionado con *memoria* o con la palabra francesa *même*. Se debe pronunciar de manera que rime con *cream* [/mi:m/].

Tras ese misterioso nombre que el padre quiso darle a su hijito conceptual, lo que hoy llamamos *meme* bien hubiera podido ser llamado en español un *mimema* (¿tal como se habla de fonemas para las unidades de sonido de la lengua?) o, *a fortiori* un *mema*... ¡Otro problema! Pero al muy ateo Papá Dawkins (quien por cierto anduvo de gira por Colombia en 2017) lo que le importaba originalmente era que su nueva palabra *meme* rimara con *gen* en inglés, dado que

buscaba transponer al ámbito de la cultura humana un razonamiento cien por ciento darwinista: la idea de que hay unidades culturales fuertes que se replican y se propagan entre nosotros. «Melodías, ideas, eslóganes, modas vestimentarias, maneras de hacer ollas o de construir arcos», son ejemplos de memes según Dawkins, transmisibles por imitación de cerebro a cerebro (así como los genes «saltan de cuerpo a cuerpo vía espermatozoides u óvulos» *dixit*).

Cabe subrayar que ninguno de los ejemplos que permitieron concebir y conceptualizar el meme está directamente relacionado a la cultura de internet que no podía preverse en 1976. Y aun así, en la definición del DLE (como en muchos otros diccionarios), sigue siendo la visión genealógica proveniente de Dawkins la que prevalece: al retomar su etimología helenizante; al hacernos pensar en «rasgos culturales o de conducta» que nos parasitan como virus en busca de vehículos; al calcar lo memético sobre lo genético haciendo implícita la analogía entre genes y memes como «unidades de información». Toda esta fijación patrilínea le roba protagonismo a la segunda acepción de la palabra, que es la que ha hecho popular al *meme* como vocablo clave de nuestro siglo XXI y que nos invita por lo tanto a explorar otras genealogías: «Imagen, video o texto, por lo general distorsionado con fines caricaturescos, que se difunde principalmente a través de internet». De hecho, cuando la rae hizo del *meme* su #PalabraDelDía el 21 de junio de

2020, tras promocionar dichas definiciones ilustrándolas con un meme de Gene Wilder/Willy Wonka en Facebook, dos fieros internautas no tardaron en manifestarse desde los comentarios: «A todo quien quiere oírme le repito la precedencia de Hawkins pero claro, la abrumadora presencia del actual sentido de “meme” ha sobrepasado a la original. Gracias». «La acepción número dos tiene mucha vitalidad en la actualidad».

II

El meme tiene ancestros

En su acepción usual actual, más allá de los orígenes teóricos de la memética, el meme viene a ser un contenido digital (icónico-textual o audiovisual) que se ha hecho «viral» en las redes de internet por su gracia humorística. Los espacios habituales de los memes no son entonces los «cerebros» sino las pantallas de computadores y teléfonos conectados a la web, a plataformas y *apps* sociales (Facebook, Instagram, X, YouTube, WhatsApp, etc.) en las que circulan a diario oleajes masivos de información (personal, noticiosa, publicitaria, etc.). Dentro de ese abundante flujo informativo digital —mezcolanza de nuestras pantallas hiperactivas— los memes se dejan reconocer por sus formas como una categoría de contenidos con una genealogía específica. En muchos casos se trata de un contenido visual recurrente, emparentado formalmente con un motivo que ya reconocemos como un meme establecido (un perrito o gatico omnipresente, algún niño o celebridad haciendo una mueca singular, tal personaje caricatural bien o mal dibujado, etc.) debidamente acompañado de un texto breve (una leyenda que nos hace reír). Esos memes que compartimos entre risas cotidianas se han afianzado como objetos de valor de una cultura participativa digital; y tal como le sucede a todo objeto de valor, al meme también le han aparecido en décadas recientes genealogistas interesados en buscarle linajes de antepasados e ilustres ancestros.

En su obra de referencia *Memes in Digital Culture* (2014), la investigadora Limor Shifman actualiza con tres rasgos la definición de los memes: «(a) un grupo de elementos digitales que comparten características comunes de contenido, forma y/o postura, que (b) fueron creados teniendo conocimiento unos de otros, y (c) difundidos, imitados, y/o transformados a través de Internet por múltiples usuarios». Según la interpretación que se dé a esos rasgos que definen a los memes de internet como «grupo», las pistas genealógicas pueden apuntar hacia caminos divergentes en sus búsquedas de ancestros meméticos. «¿De dónde vienen entonces los memes?».

Por un lado, si se enfatiza la circulación en redes como un rasgo primordial, la pesquisa del genealogista suele encaminarse hacia diversas generaciones de fenómenos digitales vernáculos, entre los cuales destacan los antecedentes de imágenes popularizadas a través de foros en línea (*imageboards* como 4chan desde 2003)

o aquellas relacionadas con videos «virales» (hitos del YouTube de antaño y de las primeras décadas de las redes sociales como la broma musical del Rickrolling, las parodias de *Leave Britney Alone*, el reto bailable del Harlem Shake, etc.). De ese mestizaje cultural digital provienen numerosos «grupos» de memes célebres (entre animales expresivos, rostros conocidos y mamarachos trolescos) cuyo ancestro viral más lejano sería el que muchos consideran como el primer meme: el *Dancing Baby*, un GIF animado de un bebé bailarín de 1996 que se hizo popular al *forwardearse* por correo electrónico.

Por otra parte, si lo que se toma en cuenta como rasgo esencial del meme es la forma y la postura humorística de su contenido, la investigación genealógica puede buscarle orígenes más precisos al ingenioso formato estereotípico que combina imágenes en serie con textos cortos que varían. Siguiendo esta pista icónico-textual hasta principios de siglo, se suele entonces homenajear el linaje de los llamados «*image macros*» (originarios de los foros de discusión del sitio de humor *Something Awful*) cuyas imágenes con textos superpuestos dieron lugar a series de plantillas (*templates* tipo lolcats en 2006); «macros» que a su vez inspirarían luego el lanzamiento de sitios generadores de memes (*meme generators*) banalizando la integración de leyendas (*captions*) a archivos jpg o png de *stock*. Este hilo más formal y estético ha llevado a ciertos genealogistas a considerar como ancestros del meme a los llamados *Xeroxlore* y *Faxlore* (formas de folclor visual que se fotocopiaban o faxeaban en el siglo XX) e incluso a especular sobre el que sería el primer meme de la historia: una caricatura publicada en 1921 por la revista satírica *The Judge*, de la Universidad de Iowa, que se burla del *look* de un personaje retratado a través de un díptico que lleva por leyendas «Como crees que te ves / Como te ves en realidad», tal y como lo hacen tantísimos memes que nos informan sobre los contrastes «Expectativas vs. Realidad» en las redes de nuestro siglo.

Con estas perspectivas genealógicas no hago otra cosa que tratar de sintetizar los caminos y debates abiertos por una constelación internacional de investigadores que estudian los memes desde las ciencias sociales (I. Galip, Ch. Arkenbout, V. Schafer, F. Pailler, G. de Seta, S. Young Her, J. Simon, L. Allard, A. Wagener, E. Candel, V. Chagas, S. Publig, S. Chafik, entre otros). Por lo demás, si en una tertulia sobre lo aquí ya expuesto me preguntaran «¿de dónde vienen los memes?», a título personal tal vez trataría de pensar a largo plazo, como Jesús Martín-Barbero (quien me mostró alguna vez en su pc una carpeta de ensamblajes icónico-textuales que llamaba «revoltorios»). Buscando como él las «matrices culturales» que preceden históricamente a los «formatos industriales» de los memes, incluiría entonces un par de ancestros que parecen escapársele hoy en día a las genealogías

anglocéntricas: estampitas juguetonas de alлуйas y aucas (ancestros de historietas y cromos entre los siglos XVII y XX); colecciones de imaginerías con inscripciones ingeniosas como los grabados de *Caprichos* de Goya (1799) o los *Emblemata* de Alciato (1531). ¿Acaso no son los memes los emblemas remezclables de nuestra época? Y si finalmente me fuera dado meter la cucharada como investigador colombiano, de ñapa postularía en calidad de primer meme criollo un cuadrito que alguna vez vi colgado en la pared de una tienda del pueblo de mis antepasados santandereanos, Zapatoca: un díptico colorido que yuxtapone un hombre enflaquecido y miserable a un hombre regordete y adinerado, cada cual con su leyenda «Yo vendí a crédito / Yo vendí al contado». Intuyo que aquel proto-meme debe ser del siglo XIX por la ropa que llevan los personajes caricaturizados.

III

El meme arma familias paralelas ¿y sus parentelas son mutantes?

Ya sea que pensemos los memes como unidades de información transmisible, o como grupos de contenidos reapropiables, la cuestión de su genealogía desemboca necesariamente sobre otras preguntas relativas a cómo van cambiando nuestras maneras de concebir, consumir y clasificarlos. ¿Podemos establecer familias «duraderas» de memes? ¿Según qué tipo de categorizaciones o criterios? Si las familias de memes dependen de sus «formas técnicas de colección», tal y como lo proponen Richard Rogers y Giulia Giorgi (*What is a meme, technically speaking?*, 2021), podemos convocar tres puntos de vista que coexisten paralelamente en internet como si fuera un multiverso memético.

En primer lugar, hay que ver cómo se patrimonializan los memes en las fuentes especializadas a las que suelen recurrir usuarios empedernidos de internet y genealogistas meméfilos: desde sitios como la Encyclopedia Dramatica o KnowYourMeme, específicamente desarrollados para documentar y clasificar material memético, los memes se asemejan a repertorios de lenguajes codificados por familias, con esfuerzos enciclopédicos que le establecen a cada uno su nombre de pila, información sobre su origen o galerías de mutaciones derivadas. En la loca Encyclopedia Dramatica, una lista de «*successful replicators*» distingue por ejemplo cuatro familias de memes cuyas «formas sobreviven en múltiples entornos»: Absurd Photoshopping / Copy-pasta / Macros / Reaction Faces. En KnowYourMeme, repositorio colaborativo con 33.425 memes fichados, en cuyas entradas más populares se hallan el perrito Doge y caras como la *trollface* o la (͡° ͜ʖ ͡°), la clasificación de memes sistematiza por orden alfabético 36 categorías: desde AI-generated, Advertisement y Animal hasta Sound effect, Viral debate y Viral video, pasando por los masificados Characters, Exploitable e Image macros.

En segundo lugar, cabe observar que el interés por la explosión de los memes se ha intensificado a medida que las plataformas de redes han consolidado su hegemonía global como «centros» de la conversación pública de nuestras sociedades. Un estudio de Aidan Walker (*Where do memes come from?*, 2022) muestra por ejemplo que en 2010 más de la mitad de los memes de KnowYourMeme provenían de YouTube, 4chan y Tumblr (69,4 %) mientras que en 2022, tan solo con los aportes de TikTok y Twitter/X se superaba ya dicha cifra (75,8 %). Año tras año, las redes sociales se han convertido en laboratorios en los que emergen y compiten familias de memes en tiempo real. Bajo el marco reñido de la economía de la atención, los memes ya no son «chistecitos virtuales», sino también vehículos informativos estratégicos que cruzan contextos y pescan audiencias entre redes con variados criterios temáticos. Si hablamos de información periodística, los acontecimientos noticiosos de la agenda mediática se emparentan hoy en día con titulares como «Los mejores memes del partido entre Colombia y Argentina» (*El Espectador*, 11/9/24); «Los mejores memes que deja la caída mundial de WhatsApp» (*El Tiempo*, 24/7/25); «Los mejores memes que dejó el extenso fallo contra el expresidente Álvaro Uribe Vélez» (*Infobae*, 28/7/25). En materia de estrategias promocionales, la evocación de los paralelismos de Shakira y del Pollo Frisby (versus sus contrapartes españolas), de las películas de Barbie y el Joker, o incluso del Pablo Escobar de Netflix, ilustran el potencial de los memes para canalizar afectos entre marcas y lanzamientos.

En tercer lugar, si nos zambullimos en la vida cotidiana de los memes, entendemos mejor que sus parentelas también involucran relaciones ritualizadas de apego y afecto en las redes. Cierta familiaridad nace entre aquellos que crean o compilan memes (memeros o *admins* de cuentas especializadas) y las comunidades que los siguen y consumen fielmente sus contenidos. Así, lo que visto de lejos parece una mamadera de gallo pantallesca, cambia de textura cuando se mira de cerca: se comprueba que, en un mundo de información digital, todo tema puede ser memificado —pero no de la misma manera—. Difieren literalmente los gustos, las causas de los *likes*, los motivos y lenguajes que hacen reír a creadores y seguidores. Para los unos hay que posicionarse entre familias estilísticas más o menos canónicas o irónicas al producir «contenidos originales» o al hacerles curadurías y retoques a materiales apócrifos de varias redes. Para otros basta llegar escoloreando a la celebración de un «chiste del día» (potencialmente críptico) y luego entregarse plenamente a la compartidera digital de memes comentados por DM o por WhatsApp entre amigos y parientes. ¡Juaa! Tal vez sea más una tarea de cronista que de genealogista describir cómo en Instagram unos sueltan la carcajada ante los memes colombianizados de @capitansimbolico

mientras que otros aprecian los experimentos glitcheados del mexicano @antimemoria_____. El primero resume con una frase desde su «bío» su postura vitalista: «Los chistes, las coplas y los memes no tienen autor, son muchas voces hablando al mismo tiempo». El segundo publica posts de vanguardia sobre la «muerte del meme» y su devenir «hipermeme». Y aun desde polos opuestos, la condición de estos creadores meméticos y de sus séquitos respectivos se asemeja: todos están sometidos a la fortuna de algoritmos de recomendación que deciden cuáles son las familias de memes que a tal usuario le podrían gustar; y en ambos

genealógicos familiares sino atlas, tableros y murales detectivescos (así lo han hecho Valentina Tanni y Clusterduck en museos europeos, siguiendo el ejemplo del famoso meme de Pepe Silvia).

¿De dónde vienen entonces los memes? Como diría el filólogo Milad Doueïhi, las respuestas dependen en gran parte de nuestras maneras de «antologizar» los torrentes de información de la cultura digital. ¿Y para dónde van? La inteligencia artificial nos ha dado ya un adelanto del futuro de los memes con los bestiarios quiméricos de la tendencia «*Italian brainrot*» (Bombardino Crocodilo, Tralarero Tralalá, etc). Por lo



Todas las referencias visuales fueron proporcionadas por el autor (๖๓๓)

casos los memes intentan animar conversaciones públicas y satirizar el mundo contemporáneo con un humor anecdótico-circunstancial que al cabo de cierto número de días se desmoda y fatalmente expira.

En últimas, más allá de lo que ve un genealogista, los memes arman parrandas efímeras con familias paralelas y parentelas mutantes entre creadores, internautas, plataformas, anunciantes y medios *online*. Para desenmarañar sus linajes harían falta no árboles

demás, según reza el dicho, algunos memes «se harán canon» y otros se olvidarán... Pero dado que la genealogía es una disciplina misteriosa y que los memes mutan mientras se van reproduciendo, quizás sea mejor abrir la pregunta recitando este verso especulativo que se nos ocurrió hace poco con mi diaspórica amiga Rosana Ardila: «¿A quién le deberíamos creer acerca del futuro de los memes? ¿A Walter Benjamin o a Walter Mercado?».

(muy tarde en la noche)

←  *mm*
En línea



2x

¡Guasáááááááá!

Del teléfono analógico y su cordel enroscado al último pódcast personalizado que todos dejamos en el contacto de WhatsApp más cercano: nuestra capacidad de atención y el tiempo que dedicamos a enviar, recibir y oír información de calidad han sufrido alteraciones que inciden en la manera como pensamos, como escribimos, como soñamos y como nos relacionamos. GACETA presenta un texto mutante para tiempos líquidos.

Cultura popular

Charles Stone III describió su cortometraje *True* como una conversación telefónica entre dos amigos que no están diciendo nada, diciéndolo todo. Esta reflexión sobre la comunicación y la celebración de la amistad se transformó en el famoso comercial de Budweiser galardonado, en el 2000, con el Grand Prix en el Festival Internacional de Creatividad Cannes Lions.



Centro de ayuda

Cómo enviar mensajes de voz

Los mensajes de voz de WhatsApp te permiten comunicarte instantáneamente con tus contactos y grupos. Puedes usarlos para enviar *información importante y urgente*. Todos los mensajes de voz se descargan de forma automática.

Abre un chat individual o grupal.

Mantén presionado el icono del micrófono y comienza a hablar.

Suelta el micrófono para enviar el mensaje. (El énfasis es mío).

Una «conversación real»

Ella, en audio:

Hola mi amiga hermosa cómo estás hoy fuimos[ruido] por primera vez a a a ver a los niños aquí en Chaparral están hermosos te voy a mandar una fotico e eeee qué emoción que qué cosa más espectacular mmm qué cositas te voy a mandar foticos mmm oye eee para la cita del lunes no alcanzo yo creo que no alcanzo porque mi vuelo es el domingo a medianoche el 27 a media noche entonces yo creo que estaré estaré medio aterrizando a esa hora e eee e quizá el martes sea posible ¿puedes el martes? qué opinas del martes o el miércoles temprano ¿bien tempranito?

estoy casi segura de que [sonsonete lejano] ay espera que va pasando el de los tamales

Ella, en audio:

Perdón es que mira entonces el miércoles ¿a las 9? porque el lunes sí que no alcanzo y bueno ahora me voy a comer y sigo con más impulso ahorita a leer lo que me mandaste después de comer creo que voy a seguir en la tarde bueno me cuentas amiga bella besitos voy a echarme una siestita porque el calor está teenaz ¿allá también? jejejejeje, chau

Ella, en audio:

Ah se me olvidaba decirte que Marcela creo que ella sí puede el miércoles entonces quedamos el miércoles a las 9, ¿te parece? voy a confirmar con ella ya mismo igual cualquier cosa nos estamos comunicando besitos

Ella, en audio:

Acabo de hablar con Marce y ya me confirmó quedamos así besos

Ella, en audio, después de enviar cuatro fotos:

¿Mira a los bebés, no están divis?

Yo, en texto:

Están bellos esos niños. Listo, miércoles a las 9:00 a.m.

Ella, en audio:

Sí están divinos bueno amiga voy a almorzar quedamos así

Mayúsculas

El uso de mayúsculas sostenidas, dicen, equivale a gritar.

Estado: NO AUDIOS SOLO TEXTO

Diatriba

Antes del tercer llamado, aún con el telón bajo y encendidas las luces de la sala, se oye en el fondo del escenario el estropicio de una vajilla que está siendo despedazada contra el suelo.

Diatriba de amor contra un hombre sentado.

G. G. M.

A mí no me vengas con el cuento de la espontaneidad y la expresividad. ¿Cuál cercanía? Papi, no quiero un diálogo cotidiano si mi cotidianeidad física no cuenta con tu presencia. Ay, qué cansancio, te digo que no me interesa la oralidad digital sin un cuerpo. Es una conexión afectiva de juguete, de mentiras. Quítale más tiempo al tiempo y veremos hologramas por todas partes porque si no es suficiente la letra escrita para expresar emociones, tampoco lo será la voz grabada, porque la voz necesita la disposición, la actitud, la mirada de un cuerpo. No, el espacio telefónico es otra cosa, es un campo de participación auditiva, por ahí va y viene un caudal de electrones. Viene y va. Papi, atento, atento aquí, que te estoy hablando de la voz gra-ba-da. Deja la ansiedad, no seas impulsivo, dímelo a la cara, pon el cuerpo cuando me veas.

Contéstame, ¿qué tienen de claridad esas retahílas que me mandas? No me importa si vas caminando por la calle o si estás manejando. Llega a donde tienes que llegar y escribe. En serio, qué nostalgia las mesitas de teléfono y su sillín lateral; sentarse a hablar. Si la llamada era para otra persona decíamos, ¿quiere dejarle algún mensaje?, y allí estaba una libretita y un esfero. Que no, en un mensaje de voz no hay dos hablantes, solo tú. Yo calladita me veo más bonita. Con tu mensaje de voz ejerces el poder. No, no es una exageración. Dizque no tienes tiempo para escribir. Ya no es el síndrome de la mano anárquica ni del túnel carpiano, es el síndrome de la mano cansada, ¿es eso? Aprende a sintetizar. La verborrea me la envuelves para cuando nos veamos, si es que nos vemos porque, ¡para qué nos vamos a ver si ya me lo contaste todo! Dame una pausa, un respiro. ¿Por qué no te callas?, le dijo el rey de España a Chávez, ¿no? De acuerdo, son las maneras coloniales. Mejor lo dijo Publilius Syrus: «Debes callar, salvo que tus palabras valgan más que el silencio». En serio, si la función de mensajes de audio no tiene límite de tiempo no es para que me descargues todas sus tribulaciones. Mándale el pódcast a tu psicoanalista. Es que las personas ya hablan sin esperar respuesta. Todo tan absurdo que hasta el reproductor tiene velocidades. ¡Velocidades! Ahora hasta dicen: «holaescúchame ×2blablaba». ¿Quién gana tiempo, quién lo pierde? Una amiga me dijo que ella manda audios cuando está ocupada con otro asunto, ¡ah! Si su atención está ocupada, desocúpese, hija, antes que nada. Desfrágntese. No se crea el cuento neoliberal de que somos unas pulpas multitareas. Esa misma amiga tiene porta celular colgante; un cordón rojo que usa terciado, como una mochila. Qué tal la obscenidad, y me dice que es para que no se lo roben. ¡Qué va! Lo mira cada dos por tres como si fuera un bebé durmiendo, que no le vaya a dar el síndrome de muerte súbita del lactante. Ay, la hipervelocidad y el sujeto digital hiperconectado. Ya sé que todo tiene que ser para ayer. ¡Pues justamente!, oír un mensaje de audio es una perdedera de tiempo. Goethe, el naturalista y poeta alemán, le escribió miles de cartas a su amada Charlotte von Stein y en una de ellas se lee que quiere enviarle un sonido. Esto, en 1786. Quería compartir su emoción ante el paisaje sonoro de Venecia. Qué bella alegría sería levantar el celular y escuchar cantos y olas... Pero no, los sonidos del entorno y sus decibeles estrambóticos ya ni dejan, la pitadera citadina, perros ladrando, niños llorando, azafatas, el agua del inodoro corriendo, es que hasta haciendo sus necesidades las gentes mandan audios. Un mensajito hediondo. Incluso desde baños públicos, soy testigo. Ay, papi, qué poco desarrollada está nuestra naturaleza aural y la estamos matando.

Sabes qué, necesitamos unas normas de etiqueta para los mensajes de voz. Primero: respeta el tiempo ajeno. Segundo: envía un mensaje de texto. No, no te estoy pidiendo una tesina, no seas ridículo,

pero como dice mi meme preferido, *marica ya*, no seas perezoso, haz el esfuerquito intelectual y pon tus ideas en orden, sé preciso, conciso, claro, coherente. Vas a perder la escritura cotidiana y por ahí se te va olvidado la otra, se te olvida la ortografía, se te van a olvidar las palabras bonitas. ¿Difícil? Pon a la IA a escribir, así por lo menos las máquinas se acordarán de cómo se hace. Si no te queda de otra, como dice Miguel Mateos, llámame. Pero ¿tendremos algo que decirnos? Eso mismo dijo Edison cuando se envió el primer telegrama interoceánico entre Inglaterra y Estados Unidos. Tardó más de diecisiete horas. Me pregunto qué audio me mandarías si supieras que lo voy a escuchar diecisiete horas después, probablemente uno que haría parte de mi archivo personal. En fin. Mira que me enteré hace poco que se pueden mandar audios que solo se reproducen una vez. Dios santo, papi, ¿esto qué es? La tiranía del emisor. La mismísima tiranía. Tú ni te atrevas. Imagínate que mi amiga me mandó un audio diciendo que por qué la dejaba en visto. Me hubiera gustado decirle que existen once clases de silencio, y que adivinara si era un silencio prudente, artificioso, complaciente, burlón, espiritual, estúpido, un silencio de aprobación, de menosprecio, de humor, de capricho o de astucia política. No, qué me los voy a inventar, lo escribió un apologista del feminismo francés en el siglo XVIII. Un tal Dinouart. Pero la verdad es que yo contesto cuando me venga en gana. Yo no ando con el celular pegado a mi como un exocerebro. Yo ando en mi vida y mis cositas y si quiero conversa, una buena conversa, pues llamo. Ya quité eso de los chulitos azules, qué barbaridad, gran hermano, que si vio, que si no vio. Que vea cuando vea y conteste cuando conteste. Ahora ni ganas dan de contestar porque hasta las empresas dejan mensajes de audio con voces automatizadas. Es que ya no hay ninguna discreción ni respeto por la privacidad, una anda todo el día oyendo los mensajes de otras. Exasperante. Hombre, no. Todo mal. Yo tengo audífonos, no porque quiera escuchar mensajes de audio, sino para no tener que oír los ajenos. Que el matiz, que la entonación, que el ritmo, que el tono y el timbre de voz. ¿Para qué?, ¿para decirme que tiene que mover una cita del lunes para el miércoles?, ¿que conoció unos bebés en Chaparral de una recién parida que no sé ni cómo se llama?, ¿que se está comiendo un tamal buenísimo? Sáquele foto y póngala en Instagram. Entonces, ahora lo que hace WhatsApp es transcribir los audios que la gente manda. Transcribir. Volvemos al fonógrafo de Martinville. ¡La rueda del hámster! Te digo una cosa, extraño los telegramas, ¿te acuerdas, papi, el que recibió Meursault en la novela de Camus?

«Falleció su madre. Entierro. Sentidas condolencias». ¿Qué más hay que decir?

Un instante es una porción brevísima de tiempo

En 1897, Alphonse Allais publicó la partitura *Marcha fúnebre compuesta para los funerales de un gran hombre sordo*. En el prefacio de la pieza dice que, como los grandes dolores son mudos, los ejecutantes simplemente deben contar los compases.

Este francés, poeta, humorista, artista y escritor, hijo de un farmacéuta, estaba prestando su servicio militar cuando encontró una forma de secar el café. Aunque no fue el único ni el primero, en 1881 patentó el café instantáneo: fácil de preparar, de sabor plano y algo amargo y sin toques aromáticos.

En 2009, Jan Koum quería contarle a sus amigos qué estaba haciendo y saber en qué andaban ellos. Estoy en el gimnasio. Estoy en la biblioteca. Este migrante ucraniano, autodidacta y exfuncionario de Yahoo! creó una aplicación de mensajería instantánea que ofrece comunicación en tiempo real a través de internet y a la cual se accede con el número celular. WhatsApp, como el café instantáneo, es fácil de usar, rápida y conveniente. En 2013 introdujo la función de mensajes de voz y hoy se envían más de setecientos millones al día.

La pedagogía del silencio

Por favor coma no me mandes audios punto gracias signo de admiración.

Archivo

Hace una década, enumeré entre las aplicaciones del fonógrafo: la escritura de la correspondencia y toda clase de dictados, sin la ayuda de un estenógrafo; los libros fonográficos que hablarían a los ciegos sin exigir ningún esfuerzo por su parte; la enseñanza de idiomas; la reproducción de la música; el documento de familia, que conservaría recuerdos, reminiscencias, etcétera, de los miembros de la familia, así como las últimas palabras de los moribundos; las cajas de música y los juguetes [...] la combinación del fonógrafo y el teléfono para sustituir las comunicaciones verbales y efímeras [por] inscripciones permanentes y auténticas.

Thomas Alba Edison
Ruidos. Ensayos sobre la economía política de la música.
Jacques Attali

Piensa en esto antes de mandar tu próximo mensaje de voz.

Celebración

Deseo que el próximo audio que me llegue sea un simple y profundo: ¡guasáááááááá!



Humanos e imperfectos

En el Caribe, el chisme es agua de vida. Bembeo, correveydile, radiobemba, cháchara, murmuración, cuento, bochinche, chismosería... dígasele como se le diga, hablar de la vida de los otros es una actividad apetecida que requiere información siempre fresca.

- Señora Humberta, ino sabe lo que pasa!
- ¿Qué pasa, señora Batata?
- Pasa que el flacucho de pelo largo y sucio del séptimo piso hace un ruido insoportable y me tiene harta, harta, harta.
- ¡Ay! Ese homosexual, drogodependiente, hace cinco años que me tiene repodrida. Ayer salieron diez muchachos (eran once, eran once) y antes de ayer, veinte muchachas drogadas...
- Escuche la música, escuche la música...
- ¡Dulce de leche! Mami, mami, me compré las bombachas de la Barbie y los anteojos de Batman y el disco... ¿Sabés de quién?
- ¿De quién?
- ¡De Fito Páez!
- Pero Constanza, todas porquerías.
- Ay, mamá, sos borracha, borracha, chancha pedorra.
- (cachetada) ¡Querés callarte!
- ¡Ay!... Andá, la reputa que te parió, escuchá el disco.

La anterior conversación sirvió como introducción al *bonus track*, «Hazte fama», canción de Fito Páez incluida en su disco *Tercer mundo*, de 1990.

El diálogo lo interpretan tres de los más *queer* e irreverentes comediantes que ha tenido Buenos Aires: los ya desaparecidos Batato Barea y Alejandro Urdapilleta, y el sobreviviente Humberto Tortonese.

En el tema, Páez expone las habladurías de las que era víctima en una época en la que no le iba muy bien. Estaba casi en la bancarrota, su vida amorosa era un fiasco, se le señalaba de maltratador de mujeres, las lenguas viperinas aseguraban que tenía sida por su extrema delgadez, decían que dormía gracias a los ansiolíticos y que hasta lo habían visto recolectando jeringas en el parque Japonés. A todas estas acusaciones el cantante rosarino respondía con el viejo refrán: «Hazte fama y échate a dormir».

El arquetipo de la señora chismosa (rulos, bata de dormir, escoba en mano) se popularizó a lo largo

de la comedia latinoamericana desde la llegada de la televisión. Esta figura interpretada muchas veces por hombres travestidos parecía insinuarnos que el chisme era un asunto de «mujeres». Nada más equívoco: el cotilleo no conoce de género. Hombres y mujeres son proclives al indiscreto encanto de hablar e inmiscuirse en la vida de los demás. Siempre andamos cazando la costura suelta en quienes nos rodean, porque parece ser una necesidad casi fisiológica exponer al otro a la burla y el bembé. La finalidad del chisme no es otra que exponer y juzgar. Hacer un pequeño juicio de pasillo y llevar a la víctima a la horca y hoguera de nuestros prejuicios morales.

Y respecto de creer que solo las mujeres ejercen el viejo oficio de la chismosidad, créanme, no hay nada más sospechoso que un grupo de hombres en una esquina de barrio fingiendo hablar de fútbol o política.

De niño me gustaba sentarme en la puerta de mi casa junto a mi madre y sus amigas a oír las hablar de diversos temas: el clima, lo costoso que estaban algunas cosas en los abarrotes y supermercados, lo vulgar de ciertas modas, el sistema político y, sobre todo, escucharles exponer a su manera ligera y desenfadada la vida de medio barrio: infidelidades, traiciones, embarazos no deseados o interrumpidos, y secretos ocultos de familia; para mí (un aspirante a escritor) era un banquete del que muchas veces salía con la barriga llena y al borde del vómito. A veces, parecía que se olvidaban de mi presencia y no escatimaban en detalles sórdidos y sexuales a la hora de contar las más íntimas historias de la vida de los otros.

La vida de los otros, he aquí el punto. Siempre, sin excepción, casi todos deseamos saber qué sucede tras la puerta de nuestros vecinos, a través de esa ventana indiscreta que nos invita a echar ojo y satisfacer al *voyeur* o chismoso que llevamos dentro. Quisiéramos ser invisibles por un rato y ver qué tan feliz o miserable es la gente a la que quizá envidiamos.

Volviendo a aquellas reuniones de mamá y sus amigas, el chisme se aderezaba entre tazas de café negro y cigarrillos sin filtro. Colilla tras colilla en una montaña de cenizas mientras el chisme incineraba lentamente a la víctima ausente.

Amira era una mujer carnuda que reía como mil cotorras que regresan a los árboles de mango cuando el sol cae en estos lares de la costa Atlántica colombiana. Ella poseía una gracia única a la hora de narrar los chismes más picantes del barrio. Y era muy «discreta»; Amira evitaba hablar con nombres propios y el personaje en cuestión aparecía recubierto por algún curioso y risible apodo: la Jopo Bajito, Los Mañenco, la Pequeña Pony, el Bola'e Cacho, la Barbilla, el Pochele, entre otros no menos sonoros. Definitivamente, pueblo chico, infierno grande. Allí uno se enteraba de que fulanita era infiel con fulanito, que el Pochele se vestía de negrita Puloy en los carnavales, que uno de los hijos de la Jopo Bajito no era de su esposo, que la que se

casó de blanco el fin de semana pasado no era señorita. Y también de asuntos sórdidos como que en el vecindario no faltaba el hombre que había matado a otro.

Las horas predilectas, no solo de mi madre, sino también de vecinas y vecinos del barrio eran después de las cuatro de la tarde, aquellos instantes en los que el sol bárbaro daba un poco de tregua y algo de brisa soplabla haciendo que los aromas a comida inundaran las calles. «¡Niña se te quema el arroz, el bocachico!», le gritaban a Amira, y ella entre carcajadas respondía que hace rato se habían quemado los calderos de media cuadra. En las puertas de las casas cada corrillo y sus lenguas de fuego quemaban al primer parroquiano que diera papaya. «Lo pillaron con la otra en el cine Apolo», comentaba alguno, «y la mujer lo levantó a piedra», completaba Emilse, la otra pata del trípode que junto a mi madre, tarde tras tarde de aquellos lejanos años ochenta, sacudió mi mente con sus cotilleos falsos o verdaderos.

El chisme es la piedrecilla rodando por una pendiente que en su trayecto se convierte en un alud terrible que arrasa todo lo que cruza su camino: reputaciones, prestigios, vidas enteras. Pero su enfermizo encanto nos enreda en la pavorosa red. Y abrimos nuestros oídos para escuchar una vez más quién hizo algo indebido, y dictaminamos si su desprestigio es merecido o no. Nos encanta encender la hoguera con las palabras mágicas: «Ya te enteraste de que...».

Hay solamente una cosa en el mundo peor que hablen de ti, y es que no hablen de ti. Famosa frase atribuida al escritor irlandés Oscar Wilde, quien bien conoció el agrídulce sabor de estar en boca de media sociedad victoriana, lo que lo llevó a morir en vida tras los barrotes de una cárcel. Esa reina Victoria, que bien lengua larga sí era, o que lo diga la duquesa de Bedford, quien se había inventado la célebre costumbre del té de las cinco de la tarde, hora que se convirtió en la predilecta para sacar a flote los chismes más sonoros de la época. ¡Ay!, la pobre *lady* Flora Elizabeth Rawdon-Hastings fue de sus víctimas favoritas, y hasta le atribuyeron un embarazo cuyo padre, según estas dos aristocráticas damas del chisme, era *sir* John Conroy, un oficial que Victoria detestaba (al igual que a Wilde) y no me crean, pero se rumoraba que Conroy ¡había sido amante de la reina! La sociedad británica quedó en *shock* con las insinuaciones de su reina, y la sufrida *lady* Flora tuvo que acudir a un médico para que determinara que la inflamación de su vientre se debía a un tumor maligno que la aquejaba y la sentenció a muerte tiempo después. ¿Y Victoria? Bien, siguió tomando el té todos los días a las cinco con su íntima amiga de infidencias.

El chisme no conoce de estratos sociales, todos sucumben a su encanto. Pero creo que en la chismosidad popular hay un entramado difícil de superar. Ese teléfono roto que empieza con un débil tono de rumor que llega a un oyente final convertido en toda una

odisea. La simple lluvia que destechó un par de casas termina en huracán, ciclón, un terremoto que tiró abajo al pueblo entero por supuestas conductas paganas. El cólico menstrual de la Wendy, la chica más popular de la cuadra, acabó en un parto sorpresa que dejó a su madre boquiabierta y a su padre en conato de infarto. Nada como los barrios populares. Sé de lo que hablo porque he vivido décadas en uno de ellos, y aquí te despellejan vivo y con tus huesos hacen una sopa nutritiva que cría lenguas fuertes y afiladas. Hay que moverse con cuidado. Donde menos piensas hay ojos vigilantes. Y lo que hiciste un sábado por la noche/madrugada circula por tiendas y esquinas el domingo muy temprano: nadie disimula, y te miran como diciéndote: «Sabemos lo que hiciste la noche anterior, y tenemos pruebas». ¡Dios santo! Hoy estás tranquilo viendo un horrible *reality* en casa y mañana eres la estrella porno del video del momento. Sé de lo que hablo. De mí se dice mucho. Y siempre advierto a la gente que si les hablan las cochinas más tremendas sobre este servidor, las crean todas. Soy inmune ante el qué dirán: ¡Oscar Wilde, dame fuerzas!

Según un análisis realizado por investigadores de la Universidad de California, en Riverside, la persona promedio pasa cincuenta y dos minutos todos los días chismoseando. Tal vez un poco más o un poco menos. Si bien el chisme de barriada tiene sus fanáticos, otros optan por un cotilleo más sofisticado, y se embuten de revistas y programas faranduleros para enterarse en qué andan las celebridades. Los romances de Jeniffer López, Madonna, las borracheras de algún actor en declive de Hollywood son tema de conversación en *pubs*, cafés y peluquerías. Pero insisto, nada como el chisme cercano que involucre a conocidos, a ese o esa que deseamos y odiamos en secreto.

Chismecitos literarios

En febrero de 2001 estaba de visita en la Casa de Poesía Silva junto al escritor Jaime Manrique Ardila.

Su gran amiga María Mercedes Carranza nos guiaba por los interiores del caserón mientras señalaba con su dedito: «Esta es la sala Rafael Maya, esta es la sala Porfirio...». Al pasar por uno de los baños, exclamó: «Esta es la sala Julio Flórez». Quedamos todos en silencio hasta que la anfitriona dijo que ya era hora del almuerzo. Cuando se lo conté a mi amigo Harold Alvarado Tenorio, uno de los poetas más exquisitos de este país, y cuya lengua tiene siete filos, se atoró de la risa y solo atinó a apurarse un *whisky* que tenía en la mano.

Harold es una cantera ambulante de chismes. Lo tachan de odioso y maledicente, pero es un hombre divertido. Los tiene de presidentes, poetas, actrices, políticos, novelistas. Hay uno que siempre recuerdo con mucho humor y era el de tres conocidos poetas que coincidieron en el apartamento de un colega escritor. Los tres poetas se odiaban y envidiaban entre sí. Y según cuenta Harold que le contó su amigo anfitrión, ninguno de los poetas se levantó un segundo de su silla en toda la noche ni para ir al baño. Al parecer ninguno quería exponerse a que hablaran mal de ellos a sus espaldas.

El libro *Plegarias atendidas* de Truman Capote es el vivo ejemplo de cómo llevar el chisme al terreno literario. Aunque los críticos ven esta obra como un texto decadente y menor, creo que Capote expuso a toda una sociedad sin anestesia. Él fue el confidente que luego se transformó en delator. Al revelar tantos «secretos» de toda esa gente poderosa que lo rodeó, les dijo: «Ustedes son esto, son el producto de cada acto público o privado que cometen. ¿Pagarán por ello?». Un retazo de chismes, así definieron a este póstumo e inconcluso libro de Capote. Yo creo que va más allá de eso. Nos muestra cómo somos: humanos e imperfectos. Gente que siempre quiere saber más, solo un poco más.

p. 88 La figura de Juan Gabriel, «El Divo de Juárez», quedó para siempre inmortalizada como un meme. Como quien escucha tras la palmera lo que se cuenta, la imagen de «JuanGa» simboliza el chisme. La versión completa de la foto cuenta con la participación de Anahí, quien hacía de Mía Colucci en *RBD*. A pie de playa en Quintana Roo, México, estaban allí promocionando las versiones de *Con tu amor* y *Déjame vivir* en 2011.



El nuevo sentido de las librerías

Frente a la soledad digital, la información sin verificar y las cámaras de eco, las librerías se han consolidado como espacios de encuentro y comunidad con libros editados con cuidado y una inteligencia colectiva que ningún algoritmo puede replicar.

«Pa la pena un libro» [sic], se lee en una bolsa de tela de la librería Oromo de Cali. En nuestros tiempos terapéuticos, en los que combatimos una soledad cada vez más íntima con sesiones de psicoanálisis o refuerzos positivos en el *coaching* de baja intensidad de las redes sociales, esos anaqueles divididos entre autores y autoras, esas mesas de café en el patio del fondo o el programa cultural de charlas y tertulias –fugaces en el local, para siempre en formato de video o pódcast– se revisten de consuelo y significado, particularmente durante las tardes de lluvia en un mundo que cada vez reclama más refugios.

En una de las estanterías destaca un libro rojo. El mismo libro se repite en librerías, cafés, restaurantes y tiendas de esta ciudad del Valle del Cauca. Se trata del *Diccionario salsero* del colectivo Salsa Sin Miseria –es decir, sin escatimar–, un vocabulario de cerca de quinientos términos vinculados con esta música que atañe aquí tanto a los cuerpos como a los espíritus. Incluye ilustraciones del artista pastuso Gavilán y una *playlist* en Spotify que podría ser la banda sonora de esta metrópolis de más de dos millones de habitantes definida culturalmente, sobre todo, por un género de ritmos.

Las nuevas librerías parecen reivindicar otras frecuencias, otros imaginarios. En este cambio de siglo los espacios del libro han dejado definitivamente de ser exclusivamente librescos y se han abierto hacia lenguajes afines a la literatura, que comparten con ella protocolos de encuentro ritual, como la música en vinilo, las artes gráficas y plásticas, las catas de café o vino o incluso el tarot. Oromo abrió en 2019; Lobo de Páramo existe desde la pandemia entre Cali y Bogotá, con el lema «Libros de viejo con cartas de amor entre páginas»; a finales del año pasado se inauguró María, del Fondo de Cultura Económica, en la Casa Obeso Mejía y, por tanto, en la órbita del Museo La Tertulia y su cafetería, esa isla cultural; y este año

2025, el prestigioso estudio de diseño Cactus ha decidido abrir un local de novelas gráficas, fotolibros y libros de artista, fanzines, joyas gráficas de aquí y de allá, llamado La Indómita.

En las mesas de novedades de esas librerías caleñas encuentro libros de Corazón de Lobo Editores, Caín Press, Sic Semper Ediciones, Angosta Editores y Zaíno, todos ellos sellos muy independientes. Incluso me compro un artefacto precioso, titulado *El acabóse*, de Paula Ronderos, que parece una autoedición. Las librerías independientes son el espacio natural de esos proyectos que, como dice Zaíno en la contratapa de sus libros, construyen catálogos «con cuidado y cariño». Ambas instituciones más o menos contraculturales convergen en el apoyo al talento local. No solo de escritores, también de diseñadores, autoras de cómic, todo tipo de artistas. Las librerías y las editoriales responden al mismo impulso creativo, a una misma necesidad de emergencia. Y se retroalimentan.

El pasado 6 diciembre abrió en Ibagué, Tolima, Pérgamo, que se define como «librería y casa cultural» y que es el resultado de la alianza entre una universidad privada, un colegio también privado y ciento ochenta y seis personas que reunieron capital para construir una pequeña utopía. Y en Honda, también en Tolima, la conocida librería bogotana Prólogo Libros ha abierto recientemente una nueva sucursal. Pero el fenómeno no es solo colombiano, sino absolutamente global. En la mayor parte de los países de todo el mundo —o, al menos, esa es la sensación, esos son los datos que traigo conmigo de mis viajes— se abren más librerías de las que cierran. Pequeñas y grandes, sobre todo urbanas pero también rurales, especializadas y generalistas, independientes y de cadena.

Es uno de los efectos positivos de la pandemia. Nos volvió más conscientes de la importancia de la cercanía en todos los niveles: el abrazo, el tacto, la conversación y los afectos; los vecinos y sus redes; el comercio de proximidad; en un contexto en que el aislamiento social crece al mismo ritmo en que lo hace el poder de las corporaciones multinacionales, porque el objetivo de Meta, Netflix o Amazon no es propiciar

lazos o difundir la cultura, sino enriquecerse consiguiendo que pases el mayor tiempo posible conectado a la plataforma y, por tanto, desconectado del mundo físico. Las librerías se encuentran en la trinchera, en el grado cero de la cultura. Es difícil que el habitante de una ciudad cualquiera viva cerca de un gran museo o un auditorio, en cambio las pequeñas bibliotecas y las librerías casi siempre están en un radio razonable de nuestro deseo o nuestra necesidad. Y brindan un acceso cotidiano al consuelo del papel y a la posibilidad de una presentación o un club de lectura.

Las redes sociales, no obstante, pueden ser sus aliados: se genera en ellas la ilusión espiritual de que el trato entre la librería y su cliente es continuo, aunque el cuerpo acuda al local solo una vez a la semana o al mes. La apertura de las librerías a otros lenguajes también pasa por los canales de internet. Mediante *posts* en Instagram, videos en YouTube, grupos de recomendación en WhatsApp o Telegram, la librera o curadora se convierte en una pequeña *influencer*. En su propio círculo de influencia establece cada día un doble circuito que se retroalimenta, cuyo objetivo es que el lector cambie de vez en cuando su condición por la de espectador; y la de usuario, por la de cliente. Así es la circularidad de la economía de la cultura en el siglo XXI. Vivimos atravesados por suaves flujos electromagnéticos que nos vinculan audiovisualmente con ciertos proyectos comerciales y culturales, para tratar de que convirtamos periódicamente esa relación virtual en adquisiciones, en gasto. Transacciones económicas que son, por suerte, también espirituales.

La vigencia de las librerías invita a preguntarnos por las razones de que sigan siendo pertinentes y necesarias en 2025. La pandemia de covid-19, en el marco de la pandemia mayor de la soledad, explica la fuerza de su regreso, tras la suspensión de las relaciones sociales y afectivas, porque todos nos dimos cuenta durante aquellos meses kafkianos de lo que significa vivir sin espacios de convergencia física: desapareció de golpe la ilusión de que es posible establecer contacto visual por videollamada (cuando ambas miradas se dirigen a la vez hacia sus respectivas cámaras tiene lugar un doble efecto espejo, no un puente de energía entre cuatro pupilas temporalmente imantadas). La apertura de los espacios tradicionales del libro al resto de manifestaciones culturales y artísticas, aunque parezca lógica y natural, tiene que ver sobre todo con la adaptación a los nuevos tiempos —el siglo XXI es más transmedia que el XX— y con la necesidad de aumentar el margen de beneficio, que es bajo en el precio del libro (y alto en el del café o en la cuota de un taller literario o un concierto en directo). Pero, más allá, está la pregunta por el sentido profundo. Merece la pena ensayar una respuesta.

Aunque hay sentidos que acompañan a las librerías desde siempre, surgen, se reciclan o se refuerzan en cada nuevo contexto. Si en la primera década del siglo

Las nuevas librerías parecen reivindicar otras frecuencias, otros imaginarios. En este cambio de siglo los espacios del libro han dejado definitivamente de ser exclusivamente librescos y se han abierto hacia lenguajes afines a la literatura, que comparten con ella protocolos de encuentro ritual, como la música en vinilo, las artes gráficas y plásticas, las catas de café o vino o incluso el tarot.

XXI, durante la irrupción del libro electrónico y mientras el periodismo se entregaba sin ambages a la lectura digital, las librerías fueron los espacios de resistencia de la lectura en papel; si en la segunda nos recordaron que no debíamos olvidarnos de todos los niveles de la experiencia física y corporal, mientras Amazon y las redes sociales vivían su máximo esplendor, la logística crecía como industria, la conversación dependía de nuestros avatares, amigos y seguidores; ahora, revitalizadas por el trauma de un virus, en el contexto del aislamiento y la terapia en todos los niveles de la vida cotidiana, las librerías no solo enfatizan su condición analógica, de espacio del volumen y del cruce directo de miradas, también se han vuelto inesperadamente el ámbito por excelencia de lo común. El lugar al que acudimos para encontrar lo que compartimos. El ámbito de la convergencia en el conjunto, tan necesaria en una realidad cada vez más fragmentada (como cada uno de nuestros cerebros).

Estamos viviendo el vigésimo aniversario del nacimiento de YouTube y Facebook. Google irrumpió en 1998 y cambió para siempre nuestra relación con el mundo. Los buscadores, las redes sociales, la publicidad digital y la inteligencia artificial han construido millones de entornos individuales, millones de esferas personalizadas, en las que cada ser humano percibe realidades distintas. Por eso seguimos necesitando la radio o la televisión, dos medios que no conocen la decadencia: nos recuerdan el interés general, lo que nos afecta a todos, nuestros temas de conversación más allá de las filias y las fobias de cada cual. Por eso necesitamos también las librerías, porque en ellas hay miles de libros que no sabes todavía que te pueden interesar, que ningún sistema automático puede adivinar, y que pueden hipervincularte directamente con seres humanos lejanos, además de con tus vecinos.

Como dice Daniel Innerarity en su indispensable *Una teoría crítica de la inteligencia artificial* (Galaxia Gutenberg): «La lógica de las recomendaciones es conservadora y reiterativa. Los algoritmos de personalización y las recomendaciones se configuran a partir de la información sobre las decisiones, intereses y preferencias pasadas». Nuestro historial de búsquedas, compras o visualizaciones es por naturaleza pretérito. El algoritmo es incapaz de predecir nuestro capricho por un nuevo director de cine o una nueva novelista, el cambio radical de rumbo en nuestros deseos de música o de consumo. Los libreros y las librerías, en cambio, habitan el estricto presente y, aunque conozcan los títulos que más te han gustado durante los últimos meses o años, abren tus horizontes hacia tu progreso personal e intelectual, hacia el futuro, no tanto según tu historial, sino según su intuición, tu necesidad de sorpresa o sencillamente, sin cálculo alguno, por casualidad.

También lo hacen los escaparates, las mesas de novedades, los anaqueles: todo en una librería está

diseñado para abrir portales inesperados. Se trata por lo general de diseños basados en decisiones colectivas. Las secciones de una librería mediana o grande acostumbra a ser responsabilidad de diferentes profesionales, que colaboran para decidir qué hay que exhibir en las principales plataformas de visibilidad del espacio. Como dice Richard Sennett en *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación* (Anagrama): aunque «la cooperación natural comienza con el hecho de que no podemos sobrevivir en solitario», en el esquema capitalista ha encontrado su forma en «la división del trabajo», que «nos ayuda a multiplicar nuestras capacidades insuficientes» y que «opera mejor cuando no es rígida, porque el medio mismo está en constante proceso de cambio». Esa flexibilidad, que pasa por la construcción de sistemas mutantes de inteligencia colectiva, fruto del diálogo entre el equipo de libreros y la experiencia de la comunidad de lectores, es de momento inasequible a las máquinas. Los humanos hemos sobrevivido durante millones de años porque —como nos recuerda Sennett— al cuarto o quinto mes de vida ya iniciamos un proceso consciente de colaboración, con nuestra madre durante la lactancia. ChatGPT basa su identidad en la negativa a cooperar con Gemini o CoPilot. Su relación con el mundo de los datos es vertical y extractiva. La nuestra, en cambio —menos en los casos más extremos de psicópatas y sociópatas—, pese al egoísmo, es de relaciones de intercambio constante en un horizonte compartido y cambiante.

Las librerías y las librerías nos ofrecen un espacio de objetos culturales comunes, abierto al porvenir y al cambio, que es además seguro. Lo que hasta el año pasado era una obviedad que dábamos por sentada, ahora hay que recordarla y subrayarla. Los libros que podemos comprar en una librería están editados. Es decir, han sido discutidos, pulidos, corregidos, contrastados, verificados. La vigencia de las librerías en el mundo físico es, en ese sentido, paralela a la de Wikipedia en el virtual. Es conocida la guerra que le han declarado figuras oscuras como Vladimir Putin o Elon Musk, que no soportan su independencia a prueba de bombas. La obsesión por imponer la posverdad y la falsificación del neofascismo choca con ese ejército de editores voluntarios que defienden los datos históricos y científicos. Lo mismo hacen los libreros y los editores profesionales: en un mundo cuantitativamente dominado por la autopublicación sin filtros y el *fake* sistemático, siguen creyendo en el rigor y el cuidado de las obras, los textos, los contenidos que hacen que tenga valor sus continentes.

«¡Lo viejo funcional!», exclama el ingeniero electrónico Favalli en la serie argentina de ciencia ficción *El Eternauta*, al descubrir que los alienígenas que han ocupado Buenos Aires, y quizá el mundo entero, solo han cancelado las tecnologías más recientes. Las estaciones de radio de operadores aficionados, los coches

a gasolina y los fusiles de la guerra de Malvinas, todo lo que no está controlado digitalmente abre la posibilidad de la resistencia. Que se organiza y planta cara al poderoso invasor. Y en otro momento dice Ana, la esposa de Favelli, ante el pesimismo y la violencia de este y de muchos de sus amigos: «La gente buena tiene que seguir existiendo».

Ese es el horizonte en el que intervienen los libros en papel, las librerías y sus prescriptores. En el de una tecnología muy antigua que sigue siendo la mejor para la lectura, el anacronismo deliberado, los valores clásicos, lo emocional, la solidaridad, la cooperación, la curación, el cuidado. La posibilidad de que emerja localmente la inteligencia colectiva; de que aflore lo que tenemos en común. Todos esos viejos sentidos –tras dos décadas de redes sociales, cuyas miserias han opacado la dimensión mágica de la inteligencia artificial– se han vuelto de pronto nuevos, en un ámbito de encuentro entre personas y libros. Personas conscientes de que viven en burbujas digitales. Libros que han sido debidamente editados y que esperan la oportunidad de encontrar lectores que no puede predecir ningún algoritmo. Al menos, todavía.

Ese es el horizonte en el que intervienen los libros en papel, las librerías y sus prescriptores. En el de una tecnología muy antigua que sigue siendo la mejor para la lectura, el anacronismo deliberado, los valores clásicos, lo emocional, la solidaridad, la cooperación, la curación, el cuidado. La posibilidad de que emerja localmente la inteligencia colectiva; de que aflore lo que tenemos en común.

p. 92 **Álvaro Castillo Granada:** «Una librería de segunda mano es un espacio de conjunción en el tiempo. El pasado que trae cada ejemplar, las manos, geografías y lecturas que pasan por él; el presente del encuentro, la sorpresa del hallazgo, la invitación a la lectura; contiene el futuro de un destino que habita en la memoria. Un libro usado es una invitación a no olvidar que somos poseedores pasajeros. Que haremos parte de ese libro mientras nos acompañe. Alguien más vendrá después de nosotros. Las librerías de segunda mano son, también, una posibilidad más de supervivencia. Una alternativa para lectores y lectoras que saben “que basta cerrar los ojos y recomenzar de nuevo”». Foto de **San Librario**.

→ *Vorágine materia prima* (instalación número 9, 2009-2025) de **Felipe Arturo**, se compone de ediciones informales de *La vorágine* entretejidas y sujetadas con ganchos de pelo. Aquí se muestra un detalle de la instalación como parte de la exposición «Oh Selva» presentada en la Casa de América Latina de Lisboa en 2025.



Escrituras del hallazgo

El principio de la correlación orgánica explica que un animal puede ser reconstruido teóricamente a partir de sus fragmentos, de modo que algo tan pequeño como el hueso de un pie es suficiente para proyectar con exactitud la estructura ósea del ser vivo al que pertenece. Más allá de la importancia que este principio pueda tener en la paleontología, lo que el abandono de ese hueso entre la tierra excavada comunica para mí, es sobre todo una lección de escritura: la posibilidad que tiene una sola frase de proyectar, de anticipar y de imaginar la anatomía completa de un texto literario, o el estilo de una novela en construcción. Al igual que los huesos, las palabras son piezas que pertenecen también a un organismo; a un lenguaje que se organiza o se desorganiza en función de un conjunto y de una correlación estética y rítmica. Escarbar, sin embargo, no es una labor que me interese hacer entre los libros de mi biblioteca, sino en la selva, en el campo y en los pueblos, porque lo que escribo está jugado casi siempre en la oralidad, en la plasticidad con que las frases fueron dichas; así como en los rastros y las huellas que esas palabras dejan ocultos en la tierra antes de removerse. La dificultad radica en que el habla popular, como recurso de la escritura proyecta un horizonte de posibilidades estéticas que desborda y supera las líneas de la pantalla, precisamente por esa tridimensionalidad que tienen las resonancias del habla. Los viajes se me han convertido por eso en el recurso fundamental del oficio, y los aprovecho para charlar, para preguntar, para escuchar conversaciones entre las que, a punta de tamizar el habla una y otra vez entre el cedazo, desentierro y escojo frases que me alcanzan para proyectar el *estilo* del libro que quiero escribir. Lo que me propongo cuando escribo, es entonces adaptar el aspecto vivo de esa frase que me produjo un goce inesperado para construirle una anatomía y una estructura ósea capaz de alojar todo el alcance de su contundencia, de su belleza o de su brillo. Como no puedo quedarme a vivir en el taxi o en la lancha donde hice el hallazgo, llevo su hueso en la memoria hasta mi estudio para trabajarlo; para restituirle a ese organismo las partes esqueléticas y las orgánicas que se desintegraron durante su proceso de fosilización. Como escritora, cuando pienso en mi propio estilo, entiendo que la movilización de esas gramáticas al texto, es un gesto fundamentalmente político.

Digo que no me interesa escarbar en mi biblioteca, pero eso no quiere decir que las lecturas de ciertos libros no sean fundamentales para construir las herramientas con las que, como paleontóloga,

despejo el área del hallazgo literario. El *Eisejuaz* de Sara Gallardo, *El llano en llamas* de Juan Rulfo, o *Yawar Fiesta* de José María Arguedas, me han dado una brújula de búsqueda y un sistema completo de navegación. El proyecto de oralidad en estos libros absorbe las estéticas de un habla popular y de por sí tremendamente sofisticada, que se agudiza luego hasta la extenuación en cada una de sus páginas. Solo después de estudiar, incluso de repetir a mano en mis libretas la anatomía de ciertas frases, mi oído estuvo listo para escuchar y entender la absoluta belleza de hallazgos que hice en viajes posteriores, en los que me di cuenta de que en mis novelas lo que quería era construirles a esas frases el conjunto de un lenguaje correlativamente armónico. Alguna vez en Oaxaca, un taxista me señaló el cerro que se veía en la carretera y de repente me dijo, *señorita, mire allá al fondo del valle la cantera, que cuando la toca el agua se pone verde*. Algunos oaxaqueños me contaron que el conductor se refería a la Verde Antequera, el fenómeno natural que explica el color que aflora en la roca cuando llueve, pero mi desconcierto tenía que ver con la forma en como la frase estuvo dicha, y que me hacía dudar si había abordado un taxi o a Pedro Páramo. Un par de años después me subí a una lancha en Quibdó para recorrer los ríos Quito y Atrato. En el momento menos esperado, el lanchero señaló un punto estrecho del río y me dijo, *durante el verano el sol lo cubre de pampa y uno puede atravesarlo sin mojarse ni siquiera el calzado*.

Desde estos dos vehículos de lenguaje me hablaron con tanta plasticidad, con frases tan poco trajinadas, con tanta extrañeza y a la vez con tanta sencillez que, al regresar a mi estudio, solo pude pensar en escribir un libro que proyectara al animal que rebotaba dormido entre esas dos hablas distantes.

DON GUILLERMO

Un extracto de la biografía ilustrada



GUILLERMO CANO PASÓ A SER EL ENCARGADO DEL **DOMINICAL**, LA SECCIÓN CULTURAL DEL PERIÓDICO.



PASABA LARGAS JORNADAS ORGANIZANDO CADA DETALLE DE LA EDICIÓN SEMANAL. SU ALIADO PRINCIPAL EN ESA MISIÓN FUE ÁLVARO PACHÓN DE LA TORRE. CON ESTA NUEVA RESPONSABILIDAD, GUILLEMO CANO EMPEZÓ A MOSTRAR SU TALENTO NO SOLO COMO EDITOR SINO COMO CAZATALENTOS.



POR SUS PÁGINAS PASARON ARTISTAS Y ESCRITORES COMO



Gabriel
García Márquez



Germán
Pinzón



Alberto
Galindo



Ciro
Mendía

Y ENTRE LOS COLABORADORES ESTUVIERON



Félix
Martí



Gustavo
Wills
Ricaurte

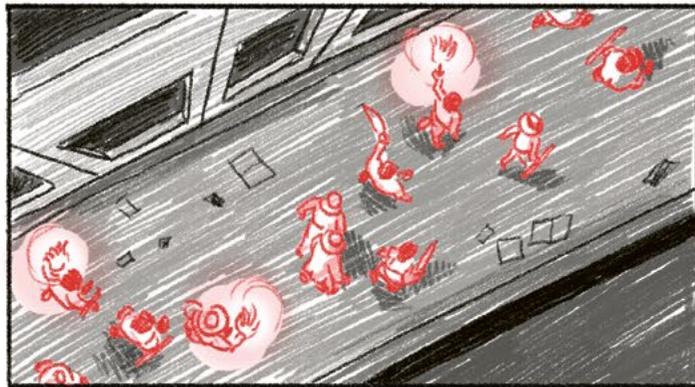


Darío
Bautista



Gonzalo
González

ESE MISMO AÑO, LA HISTORIA DEL PAÍS DIO UN GIRO DETERMINANTE: EL 9 DE ABRIL FUE ASESINADO EL LÍDER POLÍTICO JORGE ELIÉCER GAITÁN, LO QUE DESENCADENÓ LOS DISTURBIOS CONOCIDOS COMO EL BOGOTAZO Y AGRAVÓ LA VIOLENCIA PARTIDISTA.



EN MEDIO DE ESTE MOMENTO DE POLARIZACIÓN, APARECIÓ EL **DOMINICAL**, UN ESPACIO DE VOCACIÓN UNIVERSAL PARA LA EXPRESIÓN Y EL PENSAMIENTO CRÍTICO.



Como menciona **Marisol Cano** en la presentación de *Don Guillermo*, «la coral de creadores que nos presenta este libro comparte un marcado interés por la historia de nuestro país, por la memoria, por interpretar los acontecimientos y leer críticamente cómo nos hemos constituido como sociedad, cuáles son nuestros dolores y nuestros problemas».

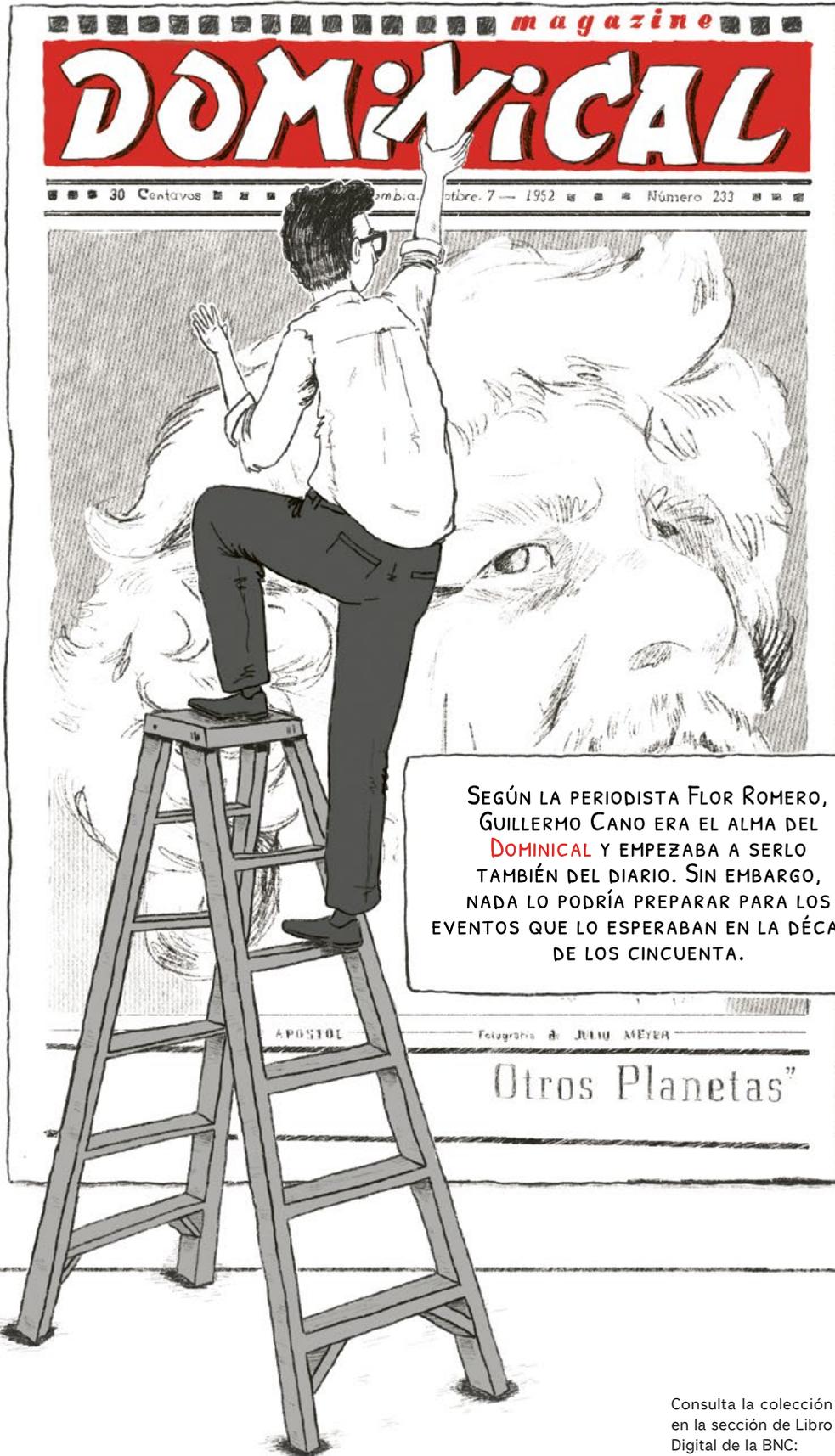
Esta biografía ilustrada en formato cómic es uno de los tres libros que componen *El País de Guillermo Cano*, una colección que es un

homenaje a la vida y obra de uno de los más importantes defensores del periodismo y de la libertad de prensa de nuestro país, realizada por la Biblioteca Nacional de Colombia con el apoyo de *El Espectador*.

Guion: **Pablo Guerra**.

Dibujos: **Laura V. Álvarez, Laura Guarisco, Pavel Molano, Diego Zhaken Ruiz, Franc Sara**.

Color: **Niña Tigre**.



magazine

DOMINICAL

30 Centavos Septiembre 7 - 1952 Número 233

SEGÚN LA PERIODISTA FLOR ROMERO, GUILLERMO CANO ERA EL ALMA DEL **DOMINICAL** Y EMPEZABA A SERLO TAMBIÉN DEL DIARIO. SIN EMBARGO, NADA LO PODRÍA PREPARAR PARA LOS EVENTOS QUE LO ESPERABAN EN LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA.

APÓSTOL

Fotografía de JULIO MEYER

Otros Planetas

Consulta la colección en la sección de Libro Digital de la BNC:



Colaboradores

Felipe Arturo

Arquitecto y artista radicado en Bogotá. Su trabajo explora arquitecturas temporales y culturas materiales como vehículos narrativos de la historia. Actualmente es profesor de la Facultad de Creación de la Universidad del Rosario.

Isabella Bernal

Periodista y documentalista. Su trabajo ha examinado la vulneración de los derechos humanos como consecuencia del conflicto armado y el narcotráfico en Colombia, y los efectos sociales y ecológicos de las relaciones de los hombres y las mujeres con la naturaleza.

Jonh Templanza Better

Cronista y escritor. Es autor del poemario *China White* (Salida de emergencia, 2006), del libro de crónicas y relatos *Locas de felicidad* (La iguana ciega, 2009) y de la novela *A la caza del chico espantapájaros* (Emecé, 2017).

Jorge Carrión

Es doctor en Humanidades por la UPF de Barcelona y codirector del Máster en Creación Literaria de la UPF-BSM. Entre 2000 y 2005 fue miembro del consejo de redacción de la desaparecida revista *Lateral*. Entre 2006 y 2009 fue codirector de la revista literaria *Quimera*. Colabora desde hace más de quince años con el suplemento «Cultura/s» de *La Vanguardia* y escribe regularmente en varios medios, entre ellos, *The New York Times*.

Paola Caballero Daza

Literata, Maestra en Creación Literaria. Acompaña procesos de escritura a través de la Fundación g_b (guionbajo.org). Su novela *Camas gemelas* fue finalista del Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura en 2022.

Jorge Carrión

Autor de *Contra Amazon* (Galaxia Gutenberg, 2019) y *Librerías* (Galaxia Gutenberg, 2025, que cuenta con edición colombiana). Su serie *Booklovers* está disponible en la plataforma Caixaforum+.

Estefanía Carvajal

Nació en Medellín en 1993, pero creció entre Bello y Girardota. Es periodista de la Universidad de Antioquia y magíster en Escrituras Creativas de la Universidad de Nueva York. Ha pasado por las redacciones de *El Tiempo* y *El Colombiano*; hace parte del comité editorial de Universo Centro. Publicó *Niebla en la yarda* en 2017 y *Las vanidades del mundo* en 2022.

Sara Castillejo Ditta

Periodista, analista, desarrolladora y estudiante de maestría en Matemáticas Aplicadas y Ciencias de la Computación. Le interesa la intersección entre tecnología y derechos humanos. Trabajó en *El Tiempo*, *La Liga Contra el Silencio*, *Cambio* y, actualmente, en *Mutante*. Fue Premio Gabo a mejor cobertura 2018 y a la excelencia periodística en Periodismo de Datos de la SIP en 2019.

María José Castillo

Diseñadora gráfica de la Universidad Nacional con una maestría en Estudios Visuales del Minneapolis College of Art and Design. En su práctica artística experimenta con caligrafía, tipografía y el diseño de libros.

Carlos Castro

Artista, profesor y músico colombiano cuya práctica multidisciplinaria se centra en la apropiación de imágenes históricas y en la recontextualización formal y simbólica de objetos encontrados. En 2024 el Museo de Arte Moderno de Bogotá presentó una retrospectiva de su producción artística curada por Eugenio Viola y Juaniko Moreno; precedida por una similar en 2022 en el Museo Universidad de Antioquia, Medellín, curada por Óscar Roldán. Se espera una exposición suya en la Bial de Arte de Medellín (2025) y una retrospectiva en el Archivo Arkhé de Madrid, España.

Carolina Caycedo

Artista multidisciplinaria colombiana. A través de su práctica y su trabajo de campo con comunidades afectadas por grandes proyectos de infraestructura extractivista, invita a los espectadores a considerar el ritmo insostenible de crecimiento bajo el capitalismo y cómo podríamos abrazar la resistencia y la solidaridad.

Santiago Cembrano Escobar

Antropólogo y periodista cultural. Editor web de **GACETA**. Su trabajo ha sido publicado por *El País*, *El Tiempo*, *VICE*, *Shock* y otros medios. Ha sido conferencista del Banco de la República y editor invitado de la revista *El Malpensante*. Es el autor de *La Época del Rap de Acá* (2019) y *Normas Rappa* (2020).

Ramiro Chimuris

Doctor en Derecho y Ciencias Sociales, profesor universitario, investigador y coordinador de redes académicas de grado y posgrado. Cofundador, coordinador general (2015-2021), y en la actualidad presidente de la Red Internacional de Cátedras,

instituciones y personalidades sobre el estudio de la Deuda Pública (RICDP), institución que tiene presencia en veinticinco países y en la que participan más de quinientos docentes e investigadores universitarios.

Mónica Echeverría

Doctora en investigación en medios de comunicación con Maestría en Igualdad de Género en Ámbito Público y Privado y Máster en Derechos Fundamentales. Tiene experiencia en el análisis del quehacer periodístico sobre la prevención de violencias basadas en género y derechos humanos.

Gustavo Gómez-Mejía

Profesor asociado de Ciencias de la Información y la Comunicación en la Universidad de Tours (Francia) donde dirige el laboratorio Prim. Sus trabajos académicos analizan las culturas digitales, la semiología de internet y la investigación-creación. Es autor del libro *Les Fabriques de soi* (2016) y coautor de *Le Numérique comme écriture* (2019). Ocasionalmente publica *collages* de literatura digital en Instagram.

Melissa Gutiérrez Morales

Comunicadora social y periodista de la Universidad de Antioquia, con estudios de Maestría en Comunicación Política Eafit. Editora de contenidos en *El Colombiano*, *Teleantioquia* y *Telemedellín*. Experiencia dirigiendo comunicaciones para sectores público, privado y fundaciones. Durante tres años en Bogotá coordinó estrategias digitales para la Alcaldía de Bogotá y el Ministerio de Culturas. Actualmente es líder de estrategia y comunicaciones en **GACETA**.

Ana Hurtado

Terapeuta enfocada en trauma. Enseña la Justicia Restaurativa como una filosofía de vida y posibilita espacios entre personas que buscan restaurar el vínculo. Trabaja en temas de paz, reconciliación y restauración del tejido social.

Vladan Joler

Cofundador de la SHARE Foundation y profesor en el departamento de Nuevos Medios de la Universidad de Novi Sad. Dirige SHARE Lab, un laboratorio de investigación y análisis de datos dedicado a explorar distintos aspectos técnicos y sociales de la transparencia algorítmica, la explotación del trabajo digital, las infraestructuras invisibles, las cajas negras y muchos otros fenómenos contemporáneos situados en la intersección entre tecnología y sociedad.

Vanessa Londoño

Es abogada de la Universidad del Rosario, Bogotá, y maestra en Escritura Creativa de la Universidad de Nueva York. Su trabajo ha sido publicado en medios como *Revista Brando* (Argentina), *The Clinic* (Chile), *El Malpensante* (Colombia), *VICE* (Mexico), *Americas Quarterly* (Estados Unidos) y *El Faro* (El Salvador). En 2017 obtuvo el Premio Aura Estrada y el Premio Nuevas Plumas de la FIL Guadalajara.

Kevin Mancera

Maestro en Bellas Artes de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Sus dibujos, ilustraciones y grabados reflejan la complejidad psicológica del ser humano valiéndose del humor, el desarraigo, la cotidianidad y el absurdo.

Vivian Newman

Es abogada de la Universidad Javeriana, con maestría en Derecho Público Interno de la Universidad de París II, en Cooperación y Desarrollo de la Universidad de Barcelona y en lucha contra la corrupción de la Universidad de Pisa. Fue directora de Dejusticia de 2019 a 2022 y en la actualidad es socia e investigadora de Dejusticia.

Juan Obando

Artista que trabaja entre Colombia y Estados Unidos desde 2010. Tiene un grado en Diseño Industrial de la Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia) y una maestría en Bellas Artes en Arte de Medios Electrónicos y del Tiempo de la Universidad de Purdue (West Lafayette, EE. UU.).

Pere Ortín

Periodista, ensayista, documentalista y profesor. Recorta, repinta y colorea historias de ensayo collage basadas en hechos reales, orgullosamente hechas a mano. Ha cultivado el reportaje, la crónica, el documental y la novela gráfica en todo tipo de formatos. Es creador del *#PeriodismoDaDá*. Fue reportero de Televisión Española, escribió en *La Vanguardia* de Barcelona y dirigió la revista *Altair Magazine*.

Juan David Ortiz Franco

Periodista y magister en Gobierno y Políticas Públicas. Trabajó en *El Colombiano*, *Pacifista* y Caracol Radio. Cursa un doctorado en Ciencias Sociales, es profesor de la Universidad de Antioquia y periodista de *El Armadillo*. Hace parte la junta directiva de Corporación Región y del Consejo Directivo de la FLIP. En 2018 ganó el Premio Simón Bolívar en la categoría de Periodismo de Investigación.

Mónica Páez

Artista visual y diseñadora gráfica del estudio Tangrama. Tiene un título de pregrado en Artes de la Universidad de los Andes, Bogotá, y una maestría en Artes con especialización en Medios Digitales del Pratt Institute, Nueva York.

Andrés Páramo Izquierdo

Periodista. Ha sido editor de varios medios impresos y de televisión. Publica en *El Espectador*, *VICE*, *Arcadia* y el *Washington Post*. Es jefe de investigación de los documentales *Diomedes*, de Netflix; y *El Estallido*, de la Organización Artemisas. Coescribió la obra de teatro *Ya qué HP's*. Participa en un podcast de crítica de medios, *Presunto Podcast*; y tiene una videocolumna de cine en *Desigual*. Es profesor.

David Peña Lopera

Artista y profesor bogotano. Tiene un pregrado en Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Colombia y una maestría en Artes del San Francisco Art Institute (EE. UU.). Es profesor de planta del Departamento de Arte de la Universidad de los Andes.

Fernanda Pineda

Fotógrafa y documentalista enfocada en la narración visual que explora la identidad, la memoria y el territorio. Su metodología de trabajo se basa en la inmersión y la colaboración con comunidades rurales.

Omar Rincón

Periodista, académico y ensayista colombiano en temas de cultura mediática y periodismo, entretenimiento y comunicación política.

Juan Sebastián Rosillo

Su trabajo, centrado en el dibujo, la pintura y el diseño gráfico, gira alrededor de las imágenes de poder y los símbolos, con un interés especial en cómo circulan y hacen parte de la vida cotidiana. La reproducibilidad de las imágenes y el uso de diferentes sustratos han acercado al artista a los métodos de impresión, a los procesos editoriales y a la instalación.

Edwin Sánchez

Es artista plástico y diseñador industrial. Su obra parte de la crónica y explora lo ilegal, inmoral y oculto en las dinámicas sociales, cuestionando la corrección política y el deber ser. Mediante instalaciones multimedia, construye archivos y narrativas envolventes para el espectador.

Julián Santana

Rodríguez

Artista plástico y gestor cultural que explora las tensiones entre patrimonio, memoria y tecnología. A través de plataformas como Posmonumenta y Videocrática, articula intervenciones que combinan prácticas audiovisuales, realidad aumentada y archivos comunitarios. Su trabajo resignifica el espacio público, transformándolo en un escenario para la memoria colectiva, la soberanía digital y la resistencia territorial.

Octavi Serra

Artista gironés. Cursó estudios de Diseño del Producto, pero prefirió dedicarse a crear poesía visual, ya que tiene un gran dominio del diseño y de la fotografía. Sus obras se caracterizan por retratar las frustraciones de la vida moderna siempre con un toque de ironía.

Sara Tufano

Socióloga feminista italo colombiana. Autora del libro *Colombia: una herida que no cierra. Los procesos de paz de los años ochenta* (Planeta, 2023). Actualmente es columnista de *El Tiempo* y estudiante del Doctorado en Sociología de la Universidad de São Paulo. Se ha especializado en el estudio del conflicto armado, la historia de los procesos de paz, y la relación entre izquierdas y feminismos.

Giovanni Vargas

[Cali, 1976 - Bogotá, 2024]. Su trabajo giró en torno a la arquitectura, el espacio urbano y la idea de habitar. También tenía un interés por las formas de vida reclusa de ciertos personajes y sus biografías intelectuales, así como las ideas de finitud y soledad. La exploración del espacio y el espíritu de una época llena de interrogantes ecológicos, morales y metafísicos también fueron elementos centrales de su reflexión artística.

HAY FUTURO SI HAY VERDAD

DE LA COLOMBIA HERIDA A LA COLOMBIA POSIBLE

En Colombia compartimos una herida. Algunas personas la sienten más que otras, mientras que algunas no la notan. Pero a todas las personas, sin excepción, la guerra en Colombia nos ha dejado una marca profunda. A las víctimas y toda la sociedad.



Conflicto armado interno

9.342.426

víctimas del conflicto armado interno en Colombia

Si hiciéramos un minuto de silencio por cada víctima del conflicto armado en Colombia, tendríamos que callar durante 17 años.

Fuente: RUV

4.692.987 MUJERES
4.644.189 HOMBRES
2.010.689 MENORES DE EDAD

Próximamente, la exposición iniciará su itinerancia en:

Cali, Biblioteca Departamental del Valle del Cauca,
octubre de 2025

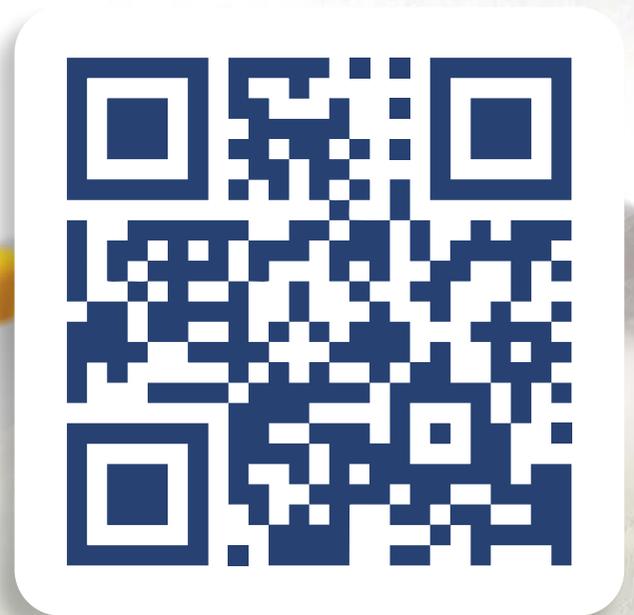
Pasto, Museo Juan Lorenzo Lucero,
noviembre de 2025





¿Ya conoces la nueva Revista Digital Fontur?

Descubre los destinos más impresionantes y toda la actualidad del turismo de Colombia en nuestra **nueva publicación mensual.**



Entra a www.revistafontur.com y suscríbete para que la recibas todos los meses en tu correo electrónico.

#EIPaísDeLaBelleza



IMPRESA PATRIÓTICA



AÑOS DE HISTORIA

Un lugar emblemático para la cultura editorial y la producción literaria en Colombia. Aquí, los procesos de impresión con tecnologías de los siglos XIX y XX siguen vivos, preservando la tradición tipográfica.



Participa en
nuestros talleres
mensuales.

Agenda tu
visita guiada.

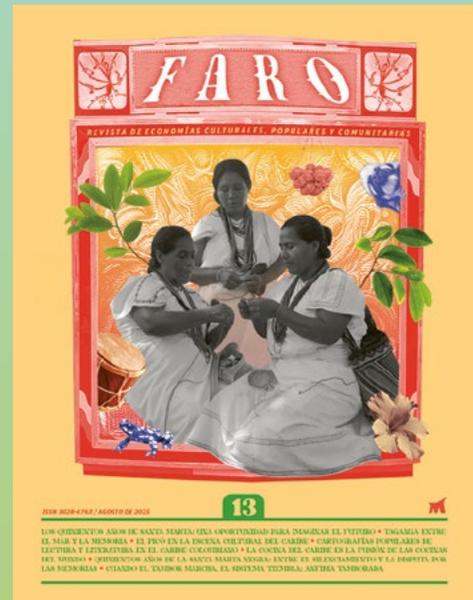
**El patrimonio
te espera.**

MiCAsa es el sello editorial del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes

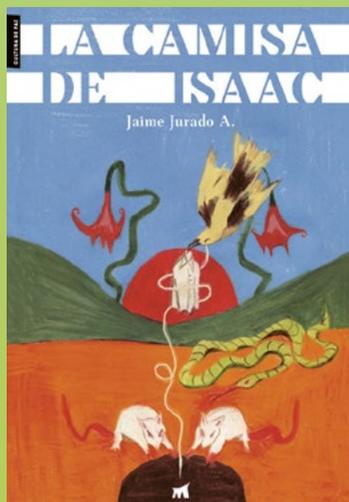
Próximos títulos



Cuadernos de la COP 16 sobre Foros Megadiversos
Varios autores.



Faro # 13
Revista de economías culturales, populares y comunitarias de la Dirección de Estrategia, Desarrollo y Emprendimiento de MinCulturas.



La camisa de Isaac
Una novela de Jaime Jurado.



El San Juan en tu lente
Varios autores. Fotografías para no olvidar al Hospital San Juan de Dios.



Descarga estas y otras publicaciones de MiCAsa aquí



EN 2025

PARQUES CON MEMORIA



SAN AGUSTÍN
90 AÑOS
DE FUNDACIÓN

**ALTO DE
LOS ÍDOLOS**

**ALTO DE
LAS PIEDRAS**

**TIERRA
DENTRO**
80 AÑOS
DE FUNDACIÓN



**30 AÑOS
PATRIMONIO MUNDIAL DE LA UNESCO**

El Instituto Colombiano de Antropología e Historia conmemora en 2025 los 90 años de la creación del Parque Arqueológico de San Agustín. Esta celebración también destaca la historia compartida de los parques del Alto Magdalena: Alto de los Ídolos y Alto de las Piedras.

En este mismo marco, el Parque Arqueológico Nacional de Tierradentro celebra 80 años de su fundación, reafirmando su lugar como símbolo de la memoria histórica y del legado cultural del Macizo Colombiano. Estas conmemoraciones coinciden con los 30 años de la inclusión de los Parques Arqueológicos de San Agustín, Alto de los Ídolos, Alto de las Piedras y Tierradentro en la Lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO.

¡Ven y celebra con nosotros los Parques vivos del ICANH!



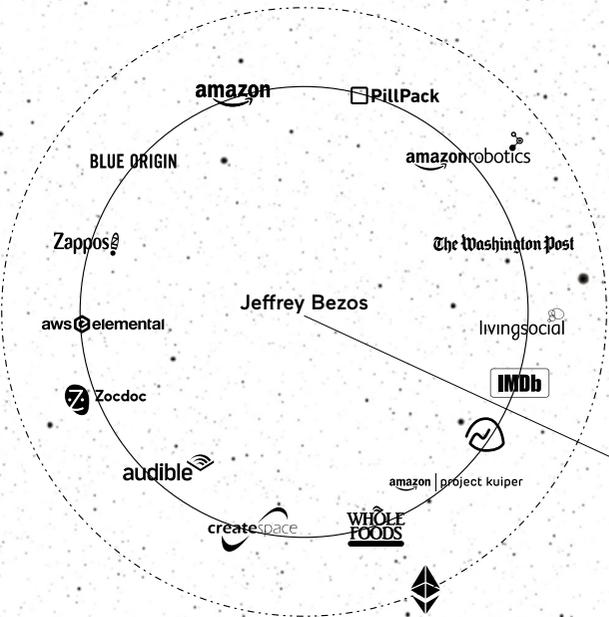
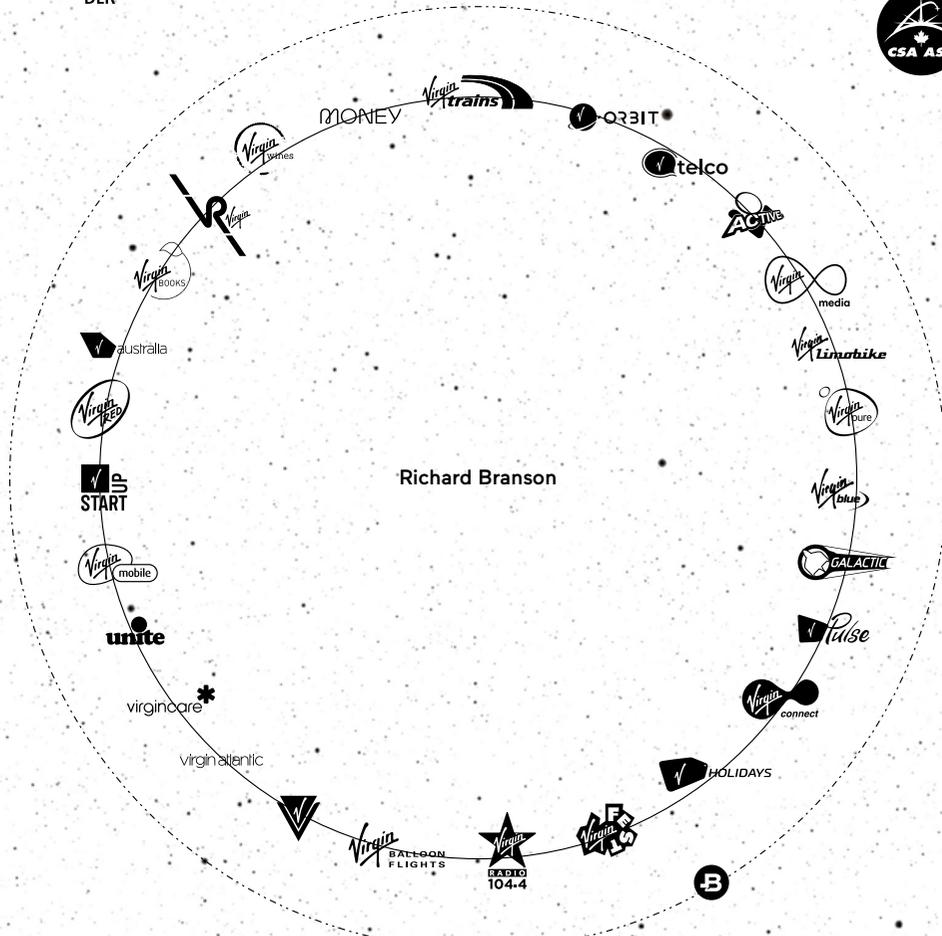
ICANH



ARTES PARA LA PAZ

**POR UN PAÍS QUE SE FORMA
DESDE LAS CULTURAS**

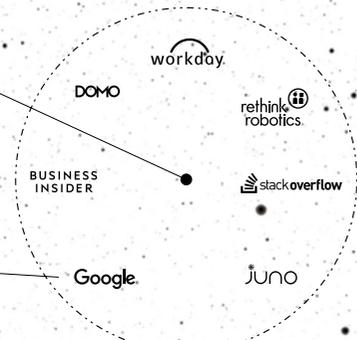




Space Policy Institute
THE GEORGE WASHINGTON UNIVERSITY



PURDUE
UNIVERSITY



UCCS University of Colorado
Colorado Springs



Entre jurásicos, zombies y extasiados	Omar Rincón	11
Anatomía de una industria fantasma	Melissa Gutiérrez Morales	15
¿Por qué creemos en noticias falsas?	Andrés Páramo Izquierdo	21
Burbujismo	Sara Castillejo Ditta	27
Manosfera	Sara Tufano	33
Datos infinitos, verdades escurridizas	Vivian Newman	38
Homo economicus	Ramiro Chimuris Sosa	43
Información privilegiada	Juan David Ortiz Franco	47
Digerir el trauma	Isabella Bernal, Mónica Echeverría, Ana Hurlado - Fernanda Pineda	52
Las Confusas	Estefanía Carvajal	58
Periodismo dada	Pere Ortín	66
Una historia supuestamente verdadera	Santiago Cembrano Escobar	74
Parranda mutante	Gustavo Gómez-Mejía	79
¡Guasáááááá!	Paola Caballero Daza	85
Humanos e imperfectos	John Templanza Better	89
El nuevo sentido de las librerías	Jorge Carrión	93
Escrituras del hallazgo	Vanesa Londoño	99
Don Guillermo. Un extracto de la biografía ilustrada	Varios autores	100



- gaceta.co
- 📄 gacetarevista
- ✂ gacetarevista
- 🎧 gaceta podcast

Consumimos más datos de los que podemos procesar. Unos salen de bodegas que reproducen mensajes de forma masiva y otros de granjas que cultivan likes. Cada vez son menos los desiertos digitales. Creemos en las fake news y aceptamos verdades a medias, divulgamos secretos en la nube, encriptamos el dinero y si la

INFORMACIÓN

ya no importa?

Editorial 7

Colaboradores 104